

20144

Duplicado

CUENTOS DE CALLEJA

DE ARTESANO A EMPERADOR

CON CENSURA ECLESIASTICA

ILUSTRACIONES DE DÍAZ HUERTAS



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

**PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS**



DE ARTESANO Á EMPERADOR

En la capital del Imperio chino, uno de los más poderosos de la tierra, vivía hace muchos siglos un sastre llamado Kin-Fó, acreditado de muy hábil en su oficio. Kin-Fó el sastre, á pesar de su habilidad y destreza, era muy pobre, y apenas le producía su trabajo con qué vivir en compañía de su mujer y de un hijo que habían tenido de su matrimonio.

El hijo se llamaba Aladino, y era de gran inteligencia y de muy buen natural, pero nada aficionado al oficio de su padre. En China es costumbre que las profesiones sean hereditarias; de modo que el padre de Aladino tenía verdadero empeño en que su hijo fuera sastre como él; pero el muchacho, que se aprendía los libros más difíciles con sólo leerlos, y que retenía con gran facilidad los conocimientos científicos, no sabía manejar la aguja, aunque, por complacer á su padre, trató sinceramente de aprovechar

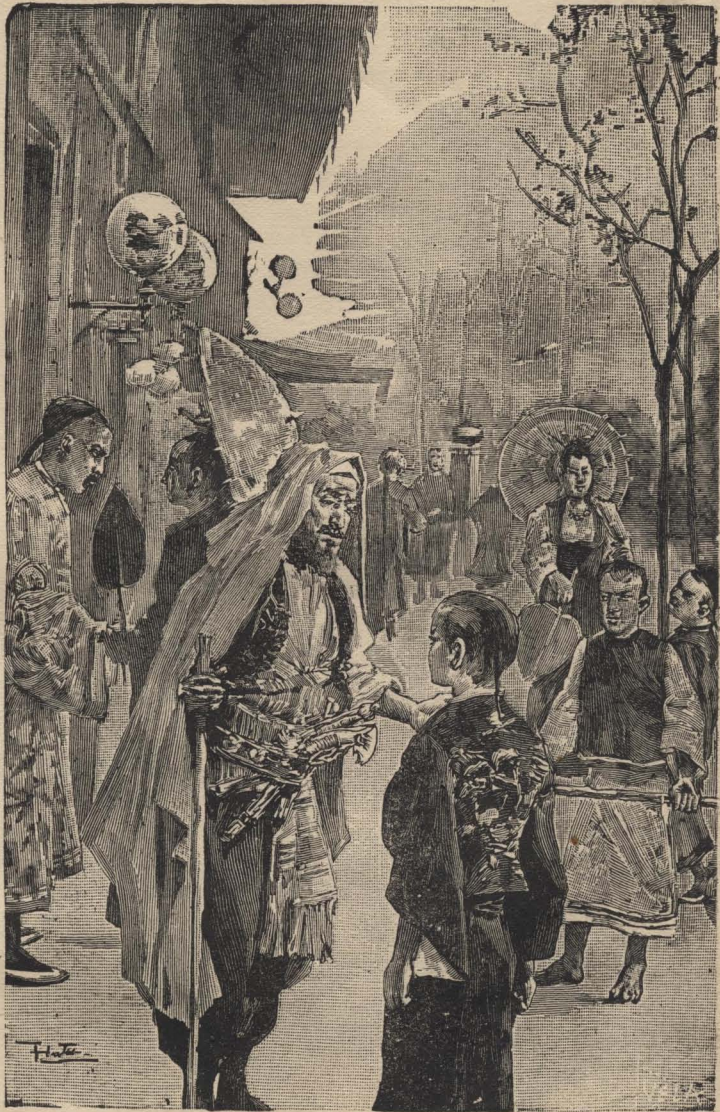
sus lecciones. Su vocación era muy distinta; con gusto habría sido letrado, profesión muy estimada en China, y tampoco le habría disgustado ser militar, pues no tenía nada de cobarde y le gustaban mucho los brillantes uniformes de los guerreros. Desgraciadamente su familia carecía de recursos para darle una de estas carreras, y el sentimiento de no poder educar á su hijo como habrían deseado ocasionó al padre de Aladino una enfermedad, que le causó la muerte.

La madre, viendo que su hijo no llevaba trazas, á pesar de su buen deseo, de aprender el oficio de su padre, cerró la tienda y vendió todos los útiles de su oficio para mantenerse á sí misma y á su hijo con lo que ella pudiese ganar dedicándose á trabajos de costura. Mientras tanto, Aladino seguía consagrado á los estudios de su afición, bien que deplorando que no le fueran de utilidad, pues ardientemente deseaba ayudar á su excelente madre y confiaba en que andando los tiempos hallaría algún bienhechor que le costeara una carrera. Así llegó á los quince años.

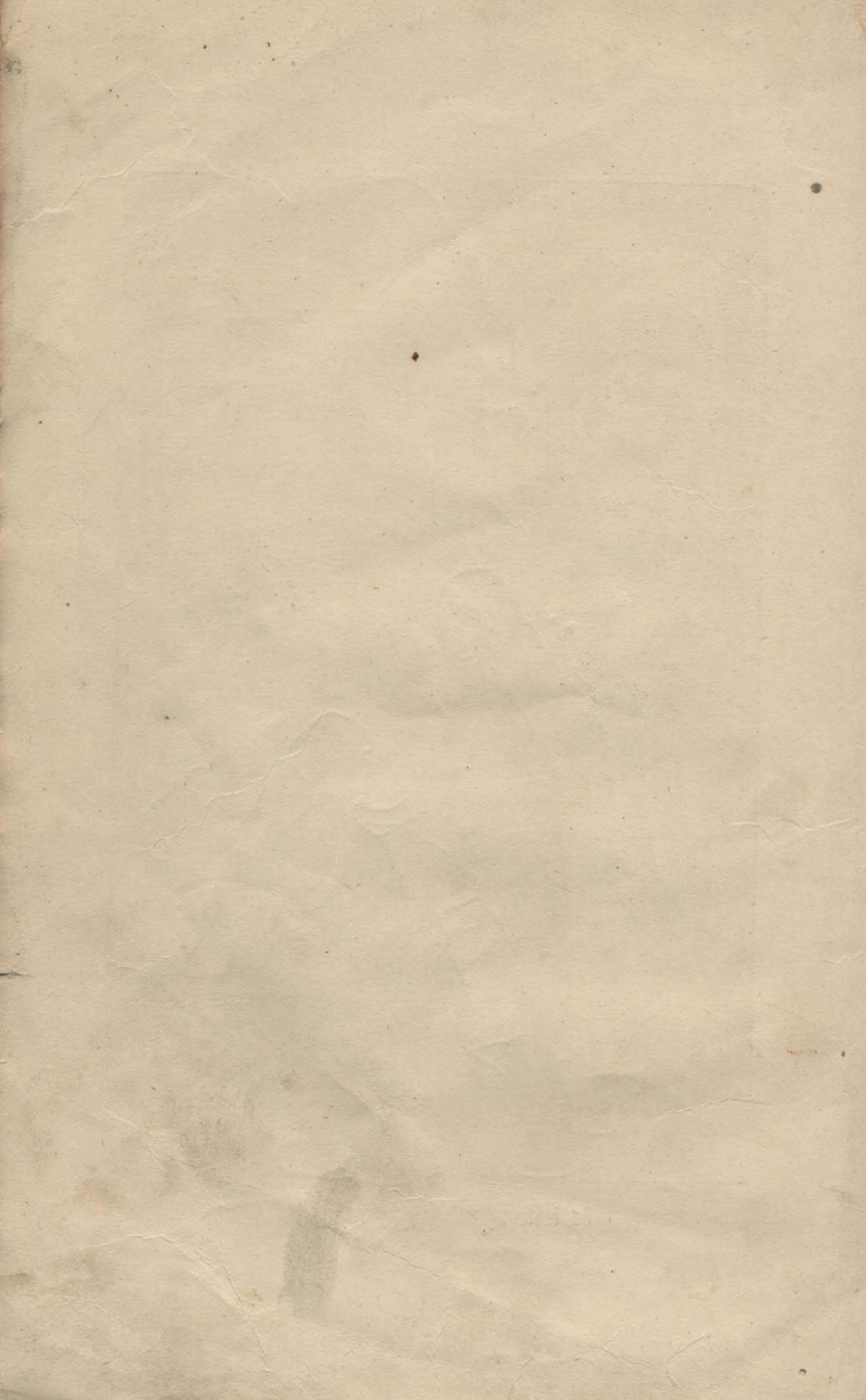
Cierto día, en que paseaba por una de las plazas más populares de la ciudad, abstraído en sus meditaciones y pensando qué podría hacer para no ser gravoso á su madre, se detuvo á mirarle un extranjero.

Era este un mago famoso, á quien los autores que han escrito su historia nos dan á conocer con el nombre de el Mago africano. Así, pues, le llamaremos, con tanta más razón, cuanto que era verdaderamente de un país de África, el Egipto, y no hacía más que dos días que había llegado á Pekín.

Bien porque el Mago africano, que sabía estudiar las fisonomías, hubiera observado en el rostro de Aladino la expresión que le convenía para ejecutar el proyecto que había motivado su largo viaje, ó bien por cualquiera otro motivo, lo cierto es que se informó con sagacidad de todo lo concerniente á su familia, á él y á sus inclinaciones. Cuando llegó á reunir todos los informes que deseaba, se aproximó al joven, y tocándole ligeramente en el hombro, le hizo esta pregunta:



Se detuvo á mirarle un extranjero.



—Hijo mío, ¿se llama por casualidad tu padre Kin-Fó y es de oficio sastre?

—Sí, señor—le respondió Aladino con tristeza;—pero hace mucho tiempo que ha muerto.

Al oír estas palabras se arrojó el Mago africano al cuello de Aladino, y lo abrazó y besó muchas veces, con las lágrimas en los ojos y exhalando tristes suspiros. Aladino, sorprendido ante tales demostraciones, le preguntó qué motivo tenía para afligirse de aquel modo.

—¡Ah, hijo mío!—exclamó el Mago africano—¿cómo es posible que deje de llorar? Yo soy tu tío, y tu padre era mi hermano. Hace muchos años que salí de aquí para buscar fortuna por el mundo; ¡y en el momento en que llego con la esperanza de verle y regocijándome con la idea del gozo que le hubiera dado mi vuelta, me dices que ha muerto! ¡Cuánto siento verme privado del consuelo que yo me prometía! Pero lo que calma un tanto mi dolor es que, según lo que puedo acordarme, reconozco sus facciones en tu rostro, y veo que no me he engañado dirigiéndome á ti.

Preguntó á Aladino, sacando su bolsillo, dónde vivía su madre; y una vez satisfecha su pregunta, sacó el mago un puñado de monedas de plata y se lo dió, diciéndole:

—Hijo mío, vete al lado de tu madre, salúdala en mi nombre y dile que mañana iré á visitarla, para lograr el consuelo de ver el sitio en que mi hermano ha vivido tanto tiempo, y en donde ha concluído su laboriosa existencia.

Apenas el Mago africano dejó al que llamaba su sobrino, corrió Aladino á casa de su madre, muy contento con el dinero que su tío acababa de darle, y al llegar dijo:

—Madre mía, ¿cómo es que no me había hablado usted de un tío que tengo, hermano de mi padre?

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?—le respondió la madre:—no tienes ningún tío, ni por parte de tu difunto padre, ni por la mía.

—Sin embargo, madre—repuso Aladino—acabo de ver á un señor como de cincuenta años que dice ser mi tío por parte de mi padre, pues era su hermano, según afirma, y

aun ha comenzado á llorar y abrazarme cuando le he dicho que había muerto mi padre. Y como muestra de que digo la verdad—añadió enseñándole el dinero que había recibido—aquí tiene usted lo que me ha dado. También me ha encargado que salude á usted en su nombre, y que le diga que mañana sin falta vendrá á visitarla, así como á ver la casa en que ha vivido y muerto mi padre.

—Hijo mío—contestó la madre—verdad es que tu padre tenía un hermano, pero hace mucho tiempo que murió, y nunca le he oído decir que tuviese otro. De todos modos, me da mucho que pensar lo que me has dicho.

Al día siguiente se acercó otra vez el Mago africano á Aladino cuando paseaba por el sitio de costumbre. Le abrazó con el mismo cariño que el día anterior; y poniéndole en la mano dos monedas de oro, le dijo:

—Aladino, lleva esto á tu madre, y dile que iré á verla esta noche, y que compre algunas provisiones á fin de que cenemos juntos; pero antes dame las señas de tu casa.

Aladino se las dió y el Mago africano se despidió de él.

Aladino llevó las dos monedas de oro á su madre, y habiéndola transmitido el encargo de su tío, salió la buena mujer á comprar viveres y alguna vajilla. Empleó toda la tarde en preparar la cena, y al anochecer, cuando todo estuvo preparado, dijo á Aladino:

—Hijo mío, puede que tu tío no acierte con la casa; vete á buscarle, y tráele si le encuentras.

Aunque Aladino había dado las señas de la casa al Mago africano, se disponía á salir cuando llamaron á la puerta. Abrió el joven y reconoció al Mago africano, que entró cargado de botellas de vino y de algunas clases de frutas escogidas, que llevaba para ayudar á la cena.

Después que el Mago africano entregó á Aladino lo que llevaba, saludó á su madre, y la suplicó le mostrase el sitio en que su hermano Kin-Fó acostumbraba á sentarse en el sofá. Se lo indicó, y al punto se prosternó en el suelo y besó aquel sitio repetidas veces, con lágrimas en los ojos, diciendo:

—¡Pobre hermano mío! ¡Cuán grande es mi pena por no



Aquí tiene V. lo que me ha dado.

haber llegado á tiempo para abrazarte una vez siquiera antes de tu muerte!

Por más que se lo rogaba la madre de Aladino, no consintió en sentarse en el mismo sitio que su hermano.

—No—dijo;—respeto demasiado su memoria; pero permítame usted que me ponga aquí en frente, á fin de que ya que no puedo tener la satisfacción de verle en persona como padre de una familia que tanto amo, pueda á lo menos mirar el sitio que ocupaba.

No le rogó más la madre de Aladino, y lo dejó en libertad de tomar el asiento que más le gustara.

Una vez instalado el Mago africano en el sitio que prefería, empezó á hablar con la madre de Aladino.

—Querida hermana—la decía—no se admire usted de no haberme visto en todo el tiempo que ha estado en casa con mi hermano Kin-Fó, de feliz memoria; hace más de treinta años que salí de este país, donde he nacido, lo mismo que mi difunto hermano. Desde entonces, después de haber recorrido las Indias, la Arabia, la Siria y el Egipto, deteniéndome en las más hermosas ciudades de aquel país, pasé al África, en donde he residido mucho tiempo y he reunido alguna fortuna. Por último, como es propio del hombre, por distante que se halle de su país natal, el recordarlo con cariño y ansiar ver de nuevo á sus parientes y á todos aquellos con quienes se ha criado, me entró un deseo tan vehemente de volver á ver el mio y abrazar á mi querido hermano, que á pesar de lo largo del viaje no he vacilado en ponerme en camino. Sería muy largo hablaros del tiempo que he empleado, de los muchos obstáculos que he tenido que salvar y de las innumerables fatigas que he sufrido para llegar hasta aquí; pero sí puedo aseguraros que nada me ha mortificado ni afligido tanto en todos mis viajes, como la inesperada noticia de la muerte de mi hermano, á quien siempre he amado entrañablemente. He visto retratadas sus facciones en el rostro de mi sobrino, su hijo de usted, y esto es lo que me ha hecho distinguirle en seguida. Él habrá dicho á usted la impresión que me causó la triste noticia de que ya no existía su padre; pero

me queda el consuelo de encontrarlo reproducido en un hijo que se parece á él como una gota de agua á otra gota.

Observando el Mago africano que la madre de Aladino se enternecía con el recuerdo de su marido, renovando su pena, cambió de conversación, y volviéndose hacia el joven, le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Aladino—contestó.

—Pues bien, Aladino. ¿En qué te ocupas? ¿Cuál es tu oficio?

A esta pregunta bajó los ojos Aladino y se quedó turbado. Entonces dijo su madre:

—Aladino carece de oficio. Su padre hizo todo lo posible por que aprendiera el suyo, y no pudo conseguirlo. Mi hijo tiene demasiado viento en la cabeza; se ha empeñado en ser letrado ó mandarín, y como no tiene medios de fortuna para seguir una carrera, está tan triste, que sufro al verle. Reconozco que tiene buen deseo; pero se muestra tan torpe para aprender algún oficio, que voy perdiendo las esperanzas de que pueda servir jamás para nada. Su padre no ha dejado ningunos bienes; y yo, hilando todo el día, como lo hago, apenas puedo ganar un pedazo de pan. Aseguro á usted que estoy verdaderamente desesperada.

Apenas la madre de Aladino acabó de hablar en estos términos, dijo el Mago africano:

—Es malo hacerse ilusiones, sobrino mío; hay que pensar en cosas prácticas y ponerse en disposición de poder ganar la vida, sin soñar imposibles. Hay muchas clases de oficios; mira si encuentras alguno que te guste. Tal vez te sea desagradable el de tu padre y tengas más vocación por otro, propio de tu esfera social; no ocultes tus inclinaciones pues no trato más que de serte útil.

Al ver que no respondía Aladino, añadió:

—Si sientes repugnancia á aprender un oficio—continuó—y quieres ser hombre de bien, yo te costearé una carrera ó te pondré en disposición de que seas oficial del ejército. Consulta contigo mismo, y dime francamente lo que piensas. Siempre me hallarás dispuesto á cumplir lo que te he prometido, que considero un deber mío.

Esta oferta llenó de alegría á Aladino, á quien, como sabemos, desagradaba el trabajo manual, tanto más, cuanto que tenía bastante buen criterio y aspiraciones elevadas. Manifestó al Mago africano, á quien miraba como á su tío, que su inclinación se dirigía más hacia la vida militar que á ninguna otra carrera, y que toda su vida le estaría agradecido al favor inmenso que iba á hacerle.

—Ya que tanto te gusta esa honrosa profesión—dijo el Mago africano—yo te llevaré mañana conmigo, y te haré vestir primorosamente, y en seguida pensaremos en presentarte á algunos personajes de importancia.

La madre de Aladino, que no tenía motivos para dudar de que el Mago africano fuese realmente hermano de su marido, se afirmó en su creencia, al ver el mucho bien que quería hacer á su hijo. Le dió enternecida las gracias por sus buenas intenciones, y después de haber exhortado á Aladino para que supiera ser digno de los grandes favores que su tío le hacía esperar, les sirvió la cena, que estaba muy bien condimentada. La conversación giró sobre el mismo objeto durante toda la cena, hasta que el Mago, viendo que la hora avanzaba mucho, se despidió de madre é hijo y se retiró, dejándoles llenos de alegría.

A la mañana siguiente volvió el Mago africano á casa de la viuda de Kin-Fó, el sastre, como había prometido. Salió con Aladino y lo llevó á casa de un comerciante que vendía vestidos hechos de toda clase de telas, y de diversas calidades y precios. Hizo que le enseñase algunos trajes proporcionados á la estatura de Aladino, y después de haber puesto á un lado los que más le gustaban y apartado los que no eran tan lujosos como él quería, dijo á Aladino:

—Querido sobrino, elige entre todos estos vestidos el que más te guste.

Encantado Aladino de la generosidad de su nuevo tío, escogió el traje que más le gustó. El Mago lo compró con todos los accesorios, y lo pagó todo sin regatear lo más mínimo.

Cuando Aladino se vió así lujosamente vestido de pies á

cabeza, dió á su tío mil gracias, y el Mago le prometió no abandonarlo y tenerlo siempre en su compañía. En seguida lo llevó á los sitios más frecuentados de la ciudad, le hizo ver las pagodas más hermosas y más grandes, y lo condujo á todos los parajes del palacio del Emperador á donde era permitido entrar. Después de haber recorrido juntos todos los sitios hermosos de la ciudad, llegaron al barrio en que el Mago había tomado una habitación. Se encontró allí con algunos señores muy bien portados, con quienes había comenzado á hacer conocimiento después de su llegada, y á los que había citado en su casa expresamente para obsequiarles espléndidamente y hacerles conocer al mismo tiempo á su pretendido sobrino, á quien les recomendó calurosamente para que le ayudasen en sus propósitos de hacer de él un joven de provecho.

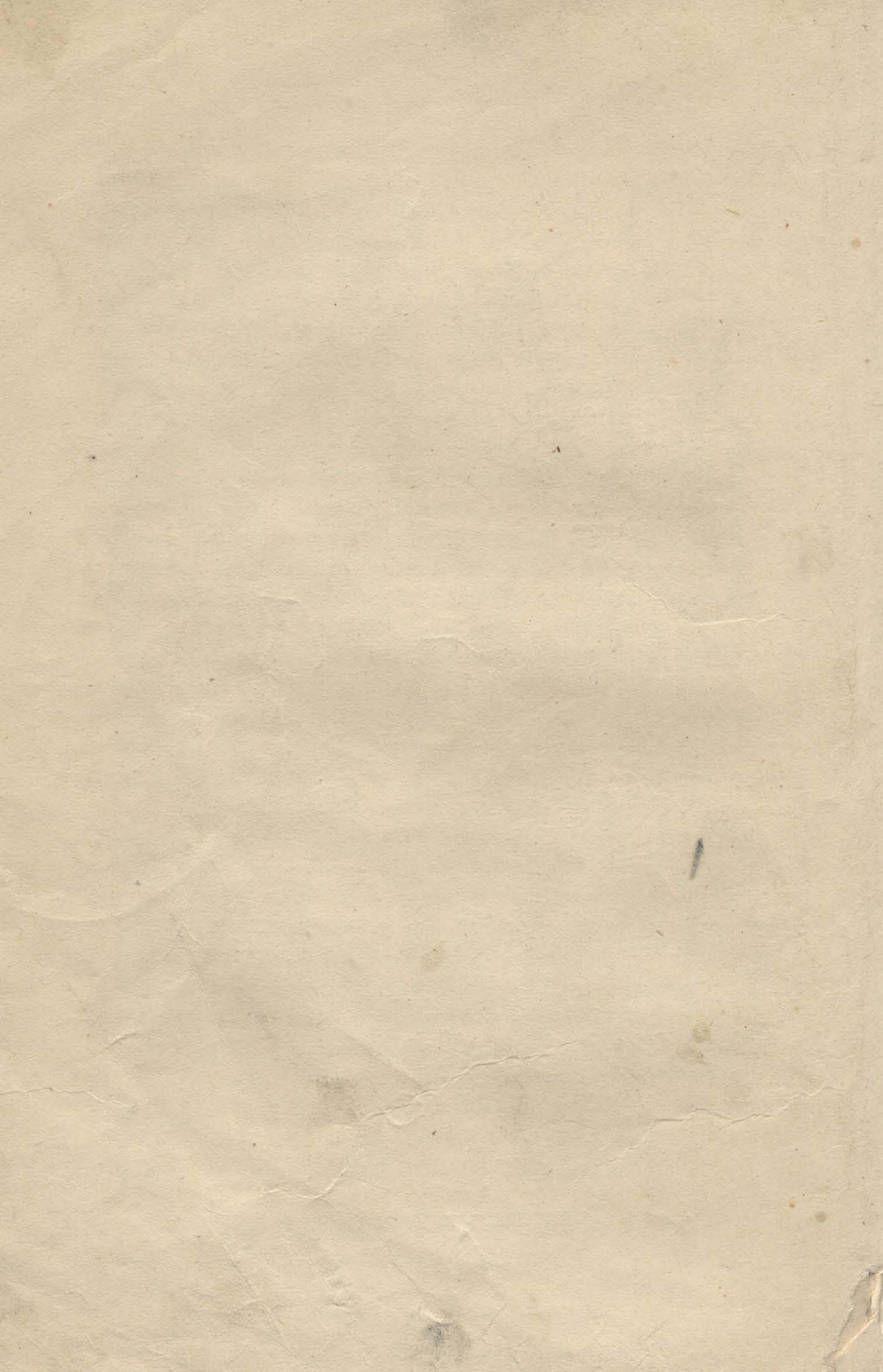
Terminó el banquete muy entrada ya la noche, y cuando Aladino quiso despedirse de su tío para volver á su casa, no permitió el Mago africano que se marchara solo, y él mismo lo acompañó hasta dejarlo con su madre. Cuando ésta vió á su hijo tan elegante, se llenó de júbilo, y no cesaba de dirigir mil bendiciones al hombre generoso que estaba haciendo tan grandes sacrificios por su hijo.

—Bondadoso pariente—le dijo—yo no sé cómo agradecer lo que hace usted por nosotros, y deseo que mi hijo sepa merecer los beneficios que usted le hace, pues sería enteramente indigno de ellos si no fuese reconocido y olvidase corresponder á la buena intención que usted tiene de darle una carrera noble y distinguida. Yo, por mi parte—añadió—vuelvo á dar á usted las gracias con toda mi alma, y le deseo una existencia bastante larga para que pueda ser testigo del reconocimiento de mi hijo, que no podrá demostrarlo mejor que siguiendo escrupulosamente sus buenos consejos.

—Aladino—contestó el Mago africano—es un buen chico: me oye con respeto y atención, parece dócil y creo que llegará á ser un joven de provecho. Pasado mañana visitaré á algunos generales para ver el modo de facilitar su entrada en el Colegio militar, á fin de que pronto vista el uniforme



Descansemos para tomar fuerzas



de oficial. De todos modos, yo vendré por él mañana, y lo llevaré á pasear á los jardines, en donde la gente de buen tono acostumbra exhibirse. Acaso no tendrá idea todavía de las diversiones que allí se disfrutaban, y es preciso que vaya adquiriendo modales distinguidos.

Despidióse cariñosamente de madre é hijo el Mago africano, y se fué. Mientras tanto, Aladino, que estaba gozoso al verse tan elegante, esperaba con impaciencia el prometido paseo por los jardines de los alrededores de la ciudad. Jamás había visto los citados jardines, que eran muy hermosos y agradables.

Levantóse y vistióse al día siguiente muy de mañana para estar pronto á partir cuando llegase su tío. Después de haber esperado largo tiempo, la impaciencia le hizo abrir la puerta, y pasear los alrededores de su casa por si lo veía. Apenas le divisó, se lo advirtió á su madre, y despidiéndose de ella, cerró la puerta y corrió á reunirse con el Mago.

Hizo el Mago muchas caricias á Aladino cuando lo vió.

—Vamos, hijo mío—le dijo con aire risueño;—he de hacerle ver hoy muy bellas cosas.

Echaron á andar y le llevó por una puerta de la ciudad que conducía á grandes y suntuosas casas, ó más bien palacios magníficos, cada uno de los cuales tenía tres hermosos jardines, cuyas entradas eran libres. A cada palacio que encontraban preguntaba el Mago á Aladino si le parecía hermoso; y el joven decía, cuando se presentaba otro:

—Mi querido tío, este es todavía más hermoso que los que acabamos de ver.

Mientras tanto seguían avanzando por el campo; y el astuto Mago, que necesitaba ir más lejos para ejecutar el designio que había motivado su viaje, se aprovechó de la ocasión de entrar en uno de aquellos jardines. Sentóse en el borde de una fuente que recibía una agua clarísima por un mascarón de león de bronce, y fingió que estaba cansado, á fin de hacer que se detuviese Aladino.

—Muchacho—le dijo—no hay duda de que también tú estarás fatigado: descansenos aquí un rato para cobrar

fuerzas, y tendremos así más ánimo para seguir nuestro paseo, pues aún nos falta por ver lo más hermoso.

Cuando se sentaron, sacó el Mago africano de un lienzo que llevaba atado á la cintura tortas y varias clases de exquisitas frutas, de que había hecho provisión, y las puso sobre el borde de la fuente. Partió para los dos una torta de pasta, muy sabrosa, y en cuanto á las frutas, dejó á Aladino la libertad de elegir las que fuesen más de su agrado. Mientras tomaban esta merienda, dió á su pretendido sobrino muchos consejos para exhortarle á que fuese poco á poco limitando sus ambiciones y contentándose con su estado; que huyese de los jóvenes desarreglados, y se uniese y arrimase más bien á los sabios y prudentes; que los escuchase y se aprovechase de sus conversaciones.

—Bien pronto—le decía—serás un hombre, y ya es tiempo de que te vayas acostumbrando á pensar con seriedad.

Cuando hubieron acabado de tomar la merienda, se levantaron y prosiguieron su paseo por entre los jardines. Insensiblemente llevó el Mago africano á Aladino al otro lado de los jardines, alejándose mucho de la población, y le hizo atravesar campos que lo condujeron hasta muy cerca de unas montañas que desde la ciudad se veían.

Aladino, que en su vida había andado tanto, empezó á sentirse muy fatigado de tan largo paseo.

—Tío—dijo al Mago africano—¿no es ya tiempo de volver atrás? Hemos dejado los jardines muy lejos, y no veo más que montañas. Si pasamos adelante, yo no sé si tendré bastante fuerza para volver á la ciudad.

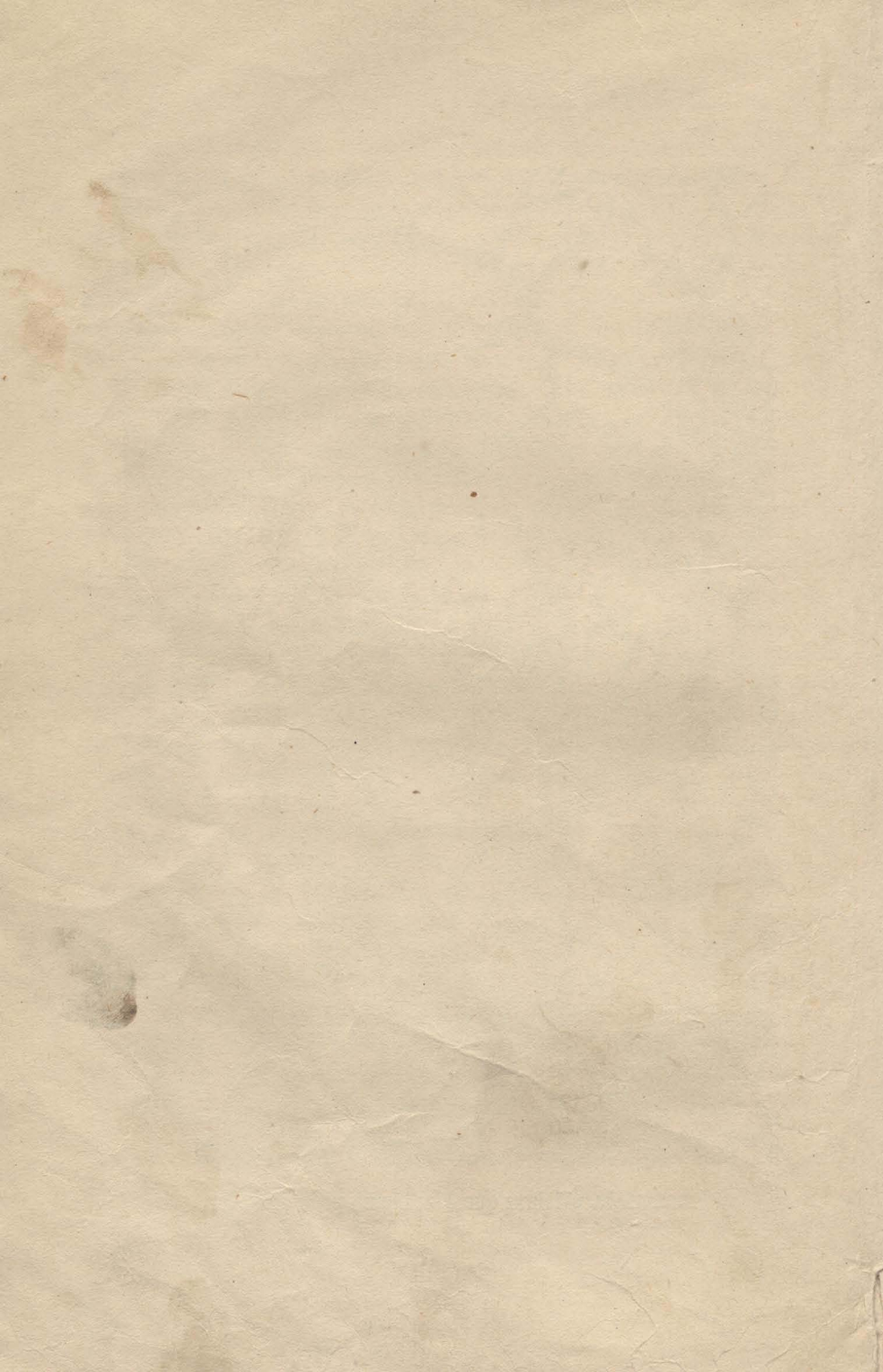
—Anímate, sobrino—le dijo el falso tío;—quiero que veas otro jardín que sobrepuja á todos los que acabas de ver; no está lejos de aquí; no hay más que dos pasos, y cuando hayamos llegado á él, tú mismo habrás de confesarme que hubieras sentido no verlo, después de haber estado tan cerca.

Dejóse persuadir Aladino, y el Mago lo llevó aun más lejos, contándole algunas historietas divertidas para hacerle el camino menos fastidioso y la fatiga más soportable.

Entraron al fin entre dos cerros de una altura mediana,



Pronunciaba palabras que Aladino no pudo entender.



é iguales con corta diferencia, separados por un valle poco extenso. Aquel era el sitio á donde el Mago africano había querido llevar á Aladino para la ejecución de un gran proyecto, que le hacía venir desde la extremidad del Africa hasta la capital china.

—Ya hemos llegado al fin del paseo—dijo á Aladino;—ahora verás aquí cosas extraordinarias y desconocidas á los demás mortales; y cuando las hayas visto, me darás las gracias por haberte hecho presenciar tantas maravillas que nadie en el mundo ha visto sino tú. Mientras que yo enciendo lumbre con el pedernal, veş recogiendo todas las malezas que encuentres secas para encender fuego.

Había por allí bastantes malezas, y muy pronto juntó Aladino un montón más que suficiente, mientras que el Mago encendía la yesca. Dió fuego á las ramas secas, y en el momento en que se encendieron, echó el Mago africano un perfume que tenía dispuesto, el cual produjo un humo muy espeso, que se arremolinaba á uno ú otro lado, á medida que el Mago pronunciaba algunas palabras que Aladino no pudo entender.

Cuando el humo empezó á disiparse tembló un poco la tierra, y se abrió en aquel sitio, delante del Mago y Aladino, dejando descubierta una losa como de pie y medio en cuadro, y uno de profundidad, colocada horizontalmente, con un anillo de oro sellado en medio, que servía para levantarla. Espantado Aladino ante lo que estaba presenciando, ruvo miedo y quiso huir; pero era necesaria su presencia para aquellos misterios, y el Mago lo detuvo y regañó mucho, dándole un bofetón tan terrible, que lo tiró al suelo y le hizo derramar mucha sangre por la nariz y los dientes. El pobre Aladino, temblando como un azogado, y derramando lágrimas:

—Tío mío—exclamó—¿qué he hecho yo para que me maitrate usted de ese modo?

—Tengo motivos de sobra para hacerlo—le respondió airado el Mago.—Soy tu tío, hago contigo las veces de padre, y no debes replicarme. Pero, hijo mío—añadió mudando de tono—no temas; nada más exijo de ti, sino que

me obedezcas exactamente, si quieres contar con mi afecto y hacerte digno de las grandes ventajas que quiero proporcionarte.

Estas promesas del Mago calmaron un poco el temor y resentimiento de Aladino, y cuando el Mago lo vió más sereno, le dijo:

—Ya has visto lo que acabo de hacer por la virtud de mi incienso y de las palabras que he pronunciado. Sabe, pues, que bajo esta piedra que estás viendo hay un tesoro oculto, que está destinado para ti, y que en un día puede hacerte más rico que todos los reyes del mundo. Es esto tan cierto, que no hay persona en el mundo, sino tú, á quien le sea permitido tocar esta piedra y levantarla para entrar aquí. Aun á mí me está prohibido tocarla y poner el pie en el tesoro. Para esto es preciso que ejecutes punto por punto lo que yo te diga, sin faltar á ello en lo más mínimo: la cosa es de la mayor trascendencia para ti y para mí.

Maravillado Aladino por lo que estaba viendo y por lo que acababa de decirle el Mago acerca del tesoro que debía hacerle feliz para siempre, olvidó su reciente disgusto.

—Pues bien, tío—dijo al Mago levantándose:—¿qué es lo que tengo que hacer? Mande usted, que estoy pronto á obedecerle.

—Mucho me alegro, hijo mío—le dijo el Mago africano—de que te muestres dócil; ven, acércate, coge este anillo y levanta la piedra.

—Pero, tío—replicó Aladino—yo no tengo bastante fuerza para levantarla; es preciso que usted me ayude.

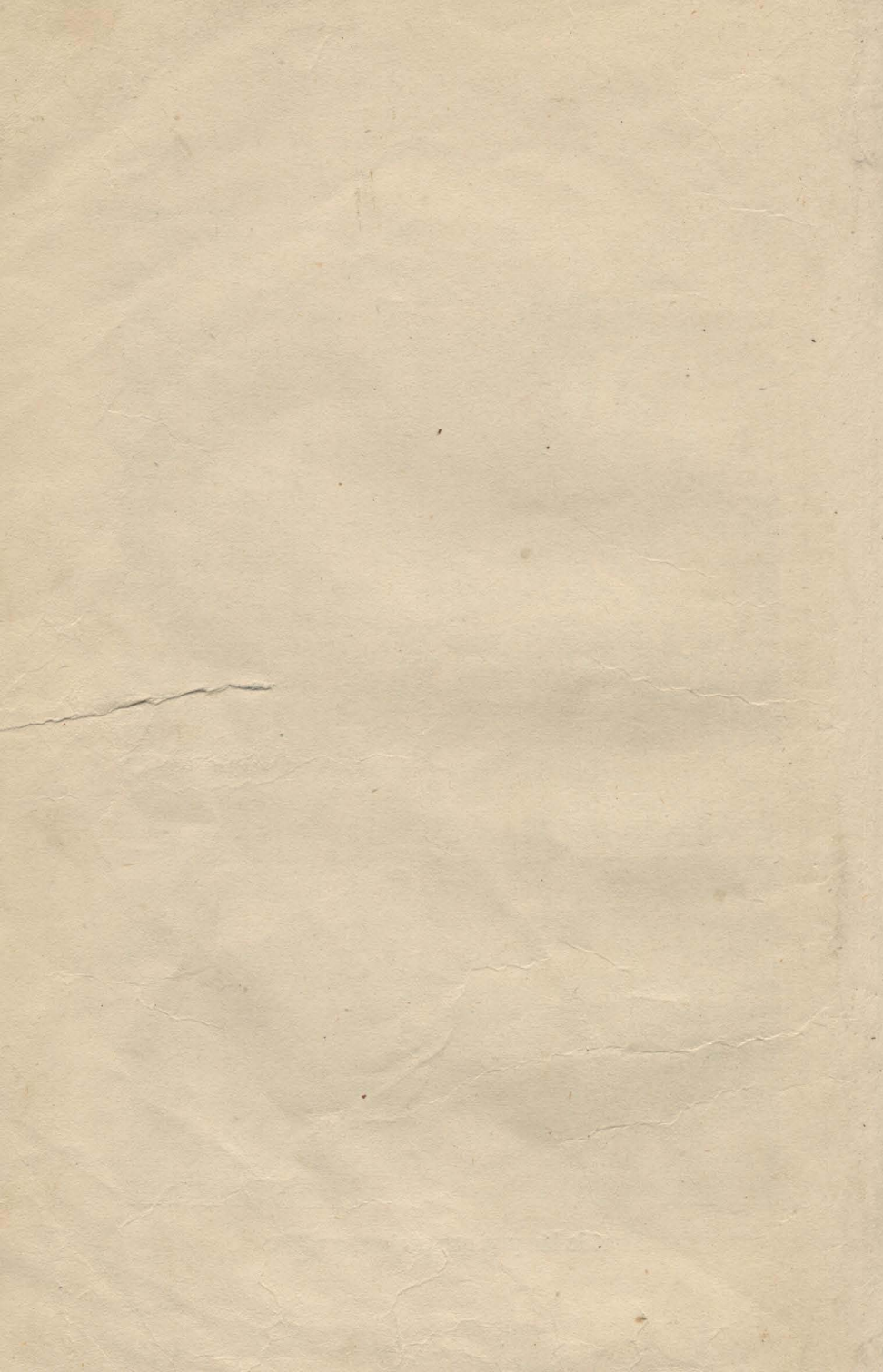
—No—contestó el Mago africano;—no tienes necesidad de mi ayuda, y nada conseguiríamos si yo te ayudase; es preciso que la levantes tú solo. No tienes que hacer más que pronunciar el nombre de tu padre y de tu abuelo al coger el anillo, y verás qué poco te cuesta el alzar la cosa.

Hizo Aladino lo que el Mago le aconsejaba; levantó la piedra con facilidad y la dejó á un lado.

Alzada la piedra, apareció una cueva de tres ó cuatro pies de profundidad, con una puerta pequeña y unos escalones de piedra para ir más abajo



Tomó la lámpara que estaba encendida.



—Hijo mío—dijo entonces el Mago africano á Aladino— haz exactamente todo lo que voy á decirte. Baja á esa cueva, y cuando llegues al fin de la escalera que estás viendo, encontrarás una puerta abierta, que te conducirá á un sitio espacioso, abovedado y repartido en tres grandes salas, colocadas una tras de otra. En las tres salas encontrarás á derecha é izquierda cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata; pero no caigas en la tentación de tocarlos. Antes de entrar en la primera sala, levántate el vestido y ciñetelo bien alrededor del cuerpo. Cuando hayas entrado, pasarás á la segunda sala enseguida, y de allí á la tercera también sin detenerte. Sobre todo guárdate bien de arrimarte á las paredes, y de tocarlas ni aun con la ropa, porque si las llegas á tocar, te quedarás muerto inmediatamente; por eso te he dicho que tengas apretado el vestido alrededor del cuerpo. Al final de la tercera sala hay una puerta, por la que entrarás en un jardín lleno de hermosos árboles, cargados enteramente de frutas; camina derecho y atraviesa ese jardín por una senda que va á parar á una escalera de cincuenta gradas, que conduce á una azotea. Cuando estés ya en la azotea, verás delante de ti un nicho, y en el nicho una lámpara encendida; coge la lámpara, apágala, y después de arrojar la torcida y verter el líquido que contiene, métela en tu pecho y tráemela. No temas mancharte el vestido; el líquido de la lámpara no es aceite, y la lámpara estará seca en cuanto lo hayas derramado. Si las frutas del jardín te gustan, puedes coger todas las que quieras sin inconveniente alguno.

Dichas estas palabras, sacó el Mago africano un anillo que tenía en el dedo, y lo puso en uno de los de Aladino, diciéndole que era un preservativo contra todo mal que pudiera amenazarle, y le repitió de nuevo todo lo que acababa de decirle.

—Vete, hijo—añadió;—baja sin temor alguno; tú y yo vamos á ser ricos para toda nuestra vida.

Aladino bajó con presteza y llegó hasta el fin de la escalera, en donde encontró las tres salas cuya descripción le había hecho el Mago africano. Las atravesó con mucho

cuidado, porque temía morir si dejaba de observar escrupulosamente lo que su tío le había prescrito. Atravesó también el jardín sin detenerse, subió á la azotea, tomó la lámpara que estaba encendida en el nicho, arrojó la torcida y el líquido que tenía; y viéndola sin humedad, como se lo había dicho el mago, la metió en su pecho; bajó de la azotea y se detuvo en el jardín á mirar las frutas que pendían



Cogió piedras de cada color.

de los árboles. Cada árbol de aquel misterioso jardín tenía frutas de diferentes colores: las había blancas, lustrosas y traslucidas como el cristal; encarnadas, de matiz más ó menos subido; verdes, azules, moradas, amarillas, y de otras muchas clases de colores compuestos. Las blancas y opacas eran perlas; las relucientes, diamantes; las rojas

obscuras, rubíes; las que no lo eran tanto, balajes, es decir, rubíes de superior calidad; las verdes, esmeraldas; las azules, turquesas; las de color morado, amatistas; las que tiraban á amarillo, zafiros, y así de las demás. Todas estas piedras eran de un tamaño y perfección cual no se habían visto jamás en el mundo. La vista de estas frutas, que observó Aladino que no se podían comer, y cuyo mérito y valor desconocía, no hizo tanta impresión en él, como hubieran hecho los higos, uvas, naranjas y otras frutas comunes en la China. Como tampoco estaba en edad de conocer la riqueza que representaban, pensó que todas aquellas frutas no eran más que vidrios de diferentes colores, y sin valor alguno. De todas suertes, la diversidad de tan bellos colores, la hermosura y extraordinario tamaño de cada fruta, excitaron sus deseos de recoger de todas clases. En efecto, cogió en abundancia piedras de cada color, y llenó con ellas sus bolsillos y dos grandes bolsas nuevas que le había comprado el Mago, con el vestido que le había regalado, para que todo lo tuviese nuevo; y como no podía meter las bolsas en los bolsillos, porque éstos estaban ya llenos, se las ató alrededor de la cintura; envolvió también algunas en los pliegues de su cinto, que era de una tela de seda ancha y daban muchas vueltas, y las puso de manera que no se pudiesen caer, no olvidando el meterse también las que pudo entre la camisa y el vestido.

Cargado así Aladino con tantas riquezas sin sospecharlo, volvió á tomar rápidamente el camino de las tres salas para no hacer esperar mucho tiempo al que creía su tío, y después de haberlas atravesado con la misma precaución que antes, volvió á subir por donde había bajado, y se presentó en la entrada de la cueva, en donde el Mago estaba esperándole con la mayor impaciencia. En cuanto lo vió Aladino, le dijo:

—Tío, haga el favor de darme la mano para subir.

El Mago africano le respondió:

—Hijo mío, dame antes la lámpara, para que no te estorbe.

—No me estorba la lámpara, tío—dijo Aladino temiendo

que se le cayeran algunas piedras;—en cuanto suba se la daré á usted.

El Mago africano se obstinó en querer que Aladino diera la lámpara antes de sacarlo de la cueva; y Aladino, que la tenía cubierta por todas partes de las frutas que se había ido metiendo por donde pudo, se excusó de dársela, hasta que estuviesen fuera de la cueva. Entonces se apoderó una fu-



Tío, deme la mano para subir.

ria espantosa del Mago africano, desesperado ante la resistencia del joven: echó un poco de incienso en el fuego que había tenido cuidado de mantener encendido; y apenas hubo pronunciado dos palabras mágicas, cuando se puso en su lugar por sí misma la piedra que servía para cerrar la entrada de la cueva, con la tierra por encima, en el mismo estado en que se hallaba cuando llegaron ambos.

El Mago africano no era hermano ni siquiera pariente de Kin-Fó, el sastre, como él había dicho, ni, por consiguiente, tío de Aladino. Procedía realmente de

Africa, pues había nacido en Egipto, y como este es un país en donde se cultiva la magia más que en otro alguno, se había dedicado á ella desde su juventud, y después de más de treinta años de hechicerías, de operaciones de geomancia, de fumigaciones y lectura de libros de magia, había llegado por fin á descubrir que había en el mundo una lámpara

maravillosa, cuya posesión le haría más poderoso que todos los monarcas reunidos si llegaba á tenerla en su poder.

Merced á una operación de geomancia había llegado á saber que aquella lámpara se hallaba en un sitio subterráneo, cerca de la capital de la China, en el paraje y con todas las circunstancias que acaban de explicarse. Persuadido de la verdad de este descubrimiento, había emprendido su viaje desde las orillas del Nilo, y después de mil peripecias había llegado á la ciudad que estaba próxima al tesoro. Pero aunque la lámpara estaba realmente en el sitio que él sabía, no le era permitido, sin embargo, sacarla por sí mismo, ni entrar en persona al subterráneo en que estaba. Era preciso que bajase otro, fuese á cogerla y se la entregase antes de salir del pozo. Por eso se había dirigido á Aladino, que le había parecido un joven dócil y muy á propósito para prestarle aquel servicio que esperaba de él, bien resuelto á hacer, luego que hubiese cogido la lámpara, la última fumigación que hemos dicho y pronunciar las dos palabras mágicas que debían producir el efecto que hemos visto, y sacrificar al pobre joven á su avaricia y perversidad, á fin de que no hubiese ningún testigo de lo ocurrido. El bofetón que dió á Aladino y la autoridad que había tomado sobre él, no tenían más objeto que acostumbrarlo á temerle y á obedecerle cuidadosamente, á fin de que cuando le pidiese esta famosa lámpara mágica, se la diese enseñada; pero le sucedió todo lo contrario de lo que se había propuesto. En fin, no cerró el subterráneo con tanta precipitación solamente para perder al pobre Aladino, sino porque temió que si disputaba más tiempo con él llegaría á enterarse alguna persona que pasara por allí, con lo que se haría público lo que le convenía tener muy secreto.

Cuando el Mago africano vió desvanecidas para siempre sus grandes y risueñas esperanzas, no le quedó otro partido que tomar, que volver á su país, y emprendió su viaje aquel mismo día, dando un rodeo para no pasar por la ciudad de donde había salido con Aladino. Debía temer, en efecto, el que se fijaran en él muchas personas que lo podían haber visto pasearse con aquel niño y volver sin él.

Todo indicaba que no se volvería á oír hablar más del pobre Aladino; pero el mismo que había creído perderle para siempre no recordaba que le había puesto en el dedo un anillo que podía servir para salvarlo. En efecto, aquel anillo fué la causa de la salvación de Aladino, que no tenía la menor idea de su virtud, y es de admirar que esta pérdida, agregada á la de la lámpara, no causara al mágico la mayor desesperación; pero los hechiceros están tan acostumbrados á las desgracias y á los acontecimientos contrarios á sus deseos, que los soportan con paciencia y no cesan, mientras viven, de alimentarse de ilusiones y quimeras.

Aladino, que no podía esperar tanta maldad en su falso tío, después de las caricias y los beneficios que le había prodigado, se quedó sorprendido hasta el extremo más fácil de imaginar que de expresar con palabras. Al verse encerrado vivo, llamó mil veces á su tío, gritando entre sollozos que estaba pronto á darle la lámpara: pero eran inútiles sus gritos, y no había medio de que le oyesen. Así quedó desesperado en medio de las tinieblas y de la obscuridad.

Después de haber dado alguna tregua á sus lágrimas, bajó hasta el fin de la escalera de la cueva para ir á buscar la luz al jardín en que había estado antes: pero la pared que se había abierto por encanto, se había vuelto á cerrar y unir misteriosamente. Anduvo tentando en todas direcciones muchas veces, y no encontró puerta alguna: redobló sus gritos y sus lágrimas, y al fin se dejó caer sin aliento en las escaleras de la cueva, sin esperanza de volver á ver la luz, y con la triste certeza, por el contrario, de pasar desde las tinieblas en que estaba, á las de una muerte lenta y horrible.

En tan horrible situación, y sin comer ni beber, pasó Aladino dos días, que le parecieron dos siglos; al tercer día, por fin, mirando la muerte como inevitable, levantó las manos juntas, y con una completa resignación en la voluntad de Dios, exclamó:

—¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, y cuanto dispone está bien dispuesto! ¡Hágase su voluntad!

Al juntar las manos, restregó sin pensar en ello el anillo que el mágico africano le había puesto en el dedo, y cuya virtud no conocía. De repente se elevó delante de él, como salido de debajo de la tierra, un genio enorme y de semblante horrible, que tocó con la cabeza en la bóveda, y dijo á Aladino estas palabras:

—*¿Qué me quieres? aquí me tienes pronto á obedecerte como tu esclavo, y esclavo de todos los que tienen el anillo en el dedo, yo y los demás esclavos del anillo.*

En cualquiera otra circunstancia, en vista de una figura tan espantosa, se hubiera sobrecogido Aladino de terror, y no hubiera acertado á articular una palabra; pero preocupado únicamente del peligro en que se encontraba, respondió sin vacilar:

—Cualquiera que seas, hazme salir de este subterráneo, si alcanza á eso tu poder.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando la tierra se abrió, y él se encontró fuera de la cueva, y precisamente en el sitio á donde el mágico lo había llevado.

Como Aladino había permanecido tan largo tiempo en las más densas tinieblas, le costó al principio mucho trabajo el soportar la claridad del sol; pero al fin fué acostumbrando poco á poco sus ojos á ella; y mirando en derredor suyo, quedó muy sorprendido de no ver abertura alguna en el suelo. No podía comprender de qué manera se encontraba tan repentinamente fuera del subterráneo: sólo el sitio en que se habían quemado las malezas le hizo conocer poco más ó menos en dónde se hallaba la cueva en que había estado encerrado. Después, volviéndose hacia la parte de la ciudad, la divisó á lo lejos por entre los jardines que la rodeaban, y reconoció el camino por donde lo había llevado el mago. Emprendió su marcha, dando gracias á Dios por verse otra vez en el mundo cuando ya había perdido las esperanzas de volver á él. Llegó á la ciudad, y al entrar en casa de su madre, lo que le costó no poco trabajo, el placer de verla, unido á la debilidad en que se hallaba por no haber comido en casi tres días, le produjeron un desmayo, que le duró algunos minutos. Su

madre, que lo había llorado ya como perdido ó como muerto, viéndolo en aquel estado, se esmeró cariñosamente para hacerle volver en sí. Volvió al fin de su desvanecimiento, y las primeras palabras que pronunció fueron éstas:

—Madre mía, ante todo ruego á usted que me dé de

comer; hace tres días que no pruebo bocado.

Su madre le llevó lo que tenía, y poniéndoselo delante, le dijo:

—Hijo mío, no comas con ansia, porque es peligroso: come poco á poco y con toda comodidad, y reponte de la gran necesidad que tienes. Ni aun quiero que me hables: bastante tiempo tendrás para contarme lo que te ha sucedido cuando te hayas restablecido. Muy feliz me siento al verte á ver, después de



Hijo mío, no comas con ansia.

la aficción horrible en que me has tenido desde el viernes, y de las diligencias inútiles que he hecho por saber qué había sido de ti, al ver que llegaba la noche y no volvías á casa.

Siguió Aladino el consejo de su madre, comió pausadamente y poco á poco, y bebió á proporción. Cuando hubo acabado le dijo:

—Madre mía, grande ha sido nuestro descuido al abandonarnos tan fácilmente á merced de un hombre que tenía

el designio de perderme, y que en este momento tiene mi muerte por tan segura, que está cierto, ó de que ya he perecido, ó de que dejaré de existir de un momento á otro; pero usted ha creído que era mi tío, y yo lo he creído lo mismo que usted. ¿Y cómo podíamos pensar mal de un hombre que me colmaba de caricias y beneficios, y me hacía tantas promesas ventajosas? ¡Sepa usted, madre mía, que no es sino un traidor, un malvado y un infame! Si me ha hecho tanto bien y tantas promesas, no ha sido sino para conseguir sus designos y perderme, sin que usted ni yo podamos adivinar la causa. Por mi parte puedo asegurar que no le he dado el más leve motivo, no digo para hacerme perder la vida, sino ni aun para maltratarme en lo más mínimo. Usted misma se convencerá de ello por la relación que va á oír de todo lo que me ha sucedido desde que me separé de usted.

Dicho esto, empezó á contar á su madre todo lo que le había pasado con el Mago, desde que fué por él á fin de llevarlo consigo á ver el palacio y los jardines de fuera de la ciudad; lo que le sucedió en el camino hasta llegar al sitio de las dos montañas en donde debía tener efecto el misterioso prodigio del Mago; y cómo, merced á un perfume echado en el fuego y algunas palabras misteriosas pronunciadas al mismo tiempo, se había abierto la tierra en un instante, dejando ver la entrada de una cueva, que conducía á un jardín comparable al Paraíso. No olvidó el terrible bofetón que por leve causa le había dado el mago, y de qué modo, después de haberse ablandado un poco, le había hecho grandes promesas, y poniéndole su anillo en el dedo, le había decidido á bajar á la cueva.

No olvidó tampoco circunstancia alguna de cuanto había visto al pasar por las tres salas, en el jardín, y sobre la azotea, en donde había encontrado la lámpara maravillosa que enseñó á su madre, sacándola de su pecho, lo mismo que las frutas transparentes y de diferentes colores que había recogido en el jardín al retirarse, á las que juntó las dos bolsas llenas de piedras preciosas, que dió á su madre,

y de que ella hizo poco aprecio, ignorando su valor. El resplandor brillante que despedían, merced á un candil que alumbraba el cuarto, debía hacer sospechar su gran precio; pero la madre de Aladino no estaba sobre esto más instruída que su hijo. Se había criado en una condición muy humilde, y su marido no había tenido nunca bastante dinero para comprarle alhajas con piedras preciosas, que tampoco había visto á sus parientes ni vecinas. No es, pues, extraño que las mirase como cosas de poco valor, y buenas sólo para recrear la vista por la variedad de sus colores; por lo que Aladino, sin pensar más en ellas, las puso detrás de uno de los cojines del sofá sobre que estaba sentado. Terminó la relación de su aventura diciendo que cuando volvió y se presentó á la entrada del subterráneo dispuesto á salir, y habiéndose negado á dar al mago la lámpara que él quería, se había cerrado en un instante la entrada de la cueva, merced al incienso que aquél había echado al fuego que conservaba encendido, y por las palabras que había pronunciado. Al recordar lo que después le había ocurrido, no pudo menos de derramar lágrimas, recordando el horrible estado en que se había visto, encontrándose enterrado vivo en la funesta cueva, hasta el momento que había salido de ella, y en que, por decirlo así, había vuelto al mundo por el roce de su anillo, cuya virtud no conocía aún. Cuando hubo acabado esta relación:

—Nada más tengo que decir á usted—añadió;—usted sabe en qué estado llegué á casa. A esto se reduce mi aventura; ya ve usted los peligros que he corrido desde que usted no me ha visto.

La madre de Aladino lloró más de una vez al oír aquella relación maravillosa y singular, y al mismo tiempo tan triste para una madre que amaba tiernamente á su hijo. En los puntos más patéticos de su relación, y que más daban á conocer la perfidia del Mago africano, no pudo dejar de manifestar cuánto detestaba á aquel hombre, dando muestras de su indignación; y apenas hubo acabado Aladino se desencadenó en mil injurias contra aquel malvado.

Le llamó traidor, infame, bárbaro, asesino, engañador, mágico y enemigo del género humano.

—Sí, hijo mío—añadió;—ese hombre, es un mago y los magos son calamidades públicas; tienen trato con los demonios por sus encantos y brujerías. ¡Bendito sea Dios, que no ha permitido que su criminal proyecto se haya realizado contigo! ¡Bien debes darle las gracias por los beneficios que te ha hecho! Era inevitable tu muerte, si no te hubieras acordado de Dios y no hubieses implorado su socorro.

Añadió otras muchas cosas, condenando la traición que el mago había hecho á su hijo; pero mientras estaba hablando, le ocurrió que Aladino apenas había dormido en tres días y tendría necesidad de reposo. Le hizo, pues, acostarse, y poco despues se acostó ella también.

Aladino, que no había podido descansar en el subterráneo en que había sido sepultado con el intento de que perdiese la vida en él, estuvo durmiendo toda la noche con un sueño profundo, sin despertarse hasta el día siguiente muy tarde, en que se levantó, y lo primero que le dijo á su madre fué que tenía hambre, y que no podía proporcionarle mayor gusto que darle de almorzar alguna cosa.

—¡Ay, hijo mío!—le respondió su madre—ni siquiera tengo un pedazo de pan que poder darte; ayer tarde te comiste las pocas provisiones que había en casa; pero ten un poco de paciencia, que no tardaré mucho en traerte algo. Tengo un poco de algodón hilado, voy á venderlo y compraré pan y alguna otra cosa para comer.

—Madre mía, deje usted para otro día el hilo de algodón, y deme usted la lámpara que traje ayer; voy á venderla, y con el dinero que saque tendremos para almorzar y comer, y quizá también para cenar.

La madre de Aladino cogió la lámpara del sitio en que le había puesto.

—Aquí la tienes—dijo;—pero está bastante sucia, y limpiándola un poco, darán más por ella.

Dicho esto, tomó agua y un poco de arena fina para ñim-

piarla; pero apenas comenzó á restregarla, cuando en el momento y en presencia de su hijo se elevó y presentó delante un genio horrible, de una estatura gigantesca, y que preguntó con voz de trueno:

—¿Qué me quieres? Aquí me tienes pronto á obedecerte como tu esclavo y de todos los que tienen la lámpara en la mano, yo y los demás esclavos de la lámpara.



Tomo agua y un poco de arena fina.

No pudo responder la madre de Aladino; no había podido soportar la horrible y espantosa figura del genio, y tal fué el espanto que le habían producido las primeras palabras de aquel monstruo, que cayó desmayada.

Aladino, que había tenido ya una aparición semejante en el subterráneo, sin perder el tiempo ni la serenidad, se apoderó en seguida de la lámpara, y su-

pliendo el silencio de su madre, respondió por ella con voz firme:

—Tengo hambre; tráeme que comer.

El genio desapareció, y un momento después volvió cargado con una enorme bandeja de plata sobre la cabeza, con doce platos del mismo metal, llenos de excelentes manjares, seis grandes panes blancos sobre los

platos, dos botellas de vino exquisito y dos tazas de plata en la mano. Lo puso todo sobre el sofá y desapareció en seguida.

Sucedió esto en tan pocos momentos, que aún no había vuelto en sí de su desmayo la madre de Aladino cuando desapareció el genio la segunda vez. Aladino, que había comenzado ya á echar agua en la cara á su madre sin lograr que volviera en sí, quiso buscar alguna esencia para que, oliéndola, se repusiese; pero sea que los nervios de la buena señora, que se habían excitado, se hubiesen vuelto á calmar, ó sea que el olor que despedían los ricos manjares que el genio acababa de traer contribuyese á ello, lo cierto es que volvió en sí espontáneamente.

—Madre mía—le dijo Aladino—eso no ha sido nada; levántese y venga á comer; aquí hay manjares con qué reponer su estómago, y al mismo tiempo con qué saciar la gran necesidad que tengo de comer. Pongamos, pues, manos á la obra antes que se enfrien tan excelentes manjares.

Grande fué la sorpresa de la madre de Aladino cuando vió la gran bandeja, los doce platos, los seis panes, las dos botellas y las dos tazas, y percibió el delicioso olor que exhalaban aquellos manjares.

—Hijo mío—preguntó á Aladino—¿de dónde nos viene esta abundancia, y á quién debemos tan excelente regalo? ¿Habrá llegado á conocer el Emperador nuestra pobreza, y se habrá compadecido de nosotros?

—Madre mía, sentémonos á la mesa y comamos, que uno y otro lo necesitamos; luego que hayamos almorzado responderé á sus preguntas.

Sentáronse y comieron con tanto mejor apetito, cuanto que ni madre ni hijo se habían visto jamás en una mesa tan bien provista.

Mientras duró el almuerzo, no se cansaba la madre de Aladino de admirar la bandeja y los platos, aunque no sabía á punto fijo si eran de plata ó de otro metal, por lo poco acostumbrada que estaba á ver cosas semejantes; y sin pensar en su valor, que también le era desconocido, la

novedad era lo que producía la admiración en su hijo Aladino, que no tenía en la materia más conocimientos que su madre.

Aunque no contaban ambos con hacer más que un simple almuerzo, se encontraron todavía en la mesa á la hora de comer, pues unos manjares tan excelentes habían excitado su apetito; y como se conservaban calientes, les pareció que no harían mal en reunir las dos comidas y almorzar y comer á un tiempo. Acabó por fin tan delicioso banquete, y aun les quedó, no sólo con qué cenar, sino también para hacer al día siguiente otras dos comidas muy abundantes.

Cuando la madre de Aladino quitó la mesa y puso aparte los manjares que habían quedado intactos, fué á sentarse en el sofá junto á su hijo.

—Aladino—le dijo—espero que satisfarás la impaciencia que tengo por oír la relación que me has prometido.

Aladino le contó punto por punto todo lo que había pasado entre el genio y él, durante su desmayo, hasta que había vuelto en sí.

Quedó muy asombrada la madre de Aladino del relato de éste y de la aparición del genio.

—Pero, hijo mío—le repuso—¿qué genios son esos? Nunca oí decir que los haya visto ningún conocido mio. ¿Por qué razón ha venido ese horrible genio á presentarse á mí? ¿Y por qué se ha dirigido á mí y no á ti, á quien ya se había presentado en la cueva del tesoro?

—Madre mía—contestó Aladino—el genio que acaba de aparecerse á usted no es el mismo que se me presentó á mí, aunque se parecen algo en su agigantada estatura; pero son distintos en su figura y en su traje; también sirven á diferentes amos. Recuerde usted que el que yo vi se llama esclavo del anillo que tengo en el dedo, y el que usted acaba de ver se dice esclavo de la lámpara que tenía usted en la mano. Verdad es que no lo ha oído usted, puesto que se ha desmayado en el momento en que el genio comenzó á hablar.

—De manera que, según eso—exclamó la madre—tu

lámpara ha sido la causa de que ese monstruo se haya dirigido á mí y no á ti? ¡Ah, hijo mío, quítala de mi vista, y ponla dond^e quieras; prefiero que la tires ó la vendas, que exponerme á morir de espanto si la toco! Y si me quieres creer, debes también deshacerte del anillo; no se pueden tener impunemente relaciones con los genios; pues hay en ellos mucho de infernal.

—Madre mía, aunque siento contrariar á usted—replicó Aladino—me guardaré muy bien ahora de vender, como estaba dispuesto á hacerlo un momento ha, esa lámpara que á usted y á mí puede sernos tan útil. ¿No ve usted lo que acaba de proporcionarnos? Es preciso que continúe suministrándonos con qué mantenernos. Debe usted reflexionar, lo mismo que yo, que no en vano se había tomado tanto trabajo el perverso mago que se llamaba mi tío, y había emprendido tan largo y penoso viaje, con el único objeto de poseer esta lámpara maravillosa, que había preferido á todo el oro y plata que sabía se hallaban en las salas, según me lo había advertido él mismo. Demasiado bien conocía las propiedades maravillosas de esta lámpara, para no desear otra cosa que tan rico tesoro. Ya que la casualidad nos ha hecho descubrir su virtud, debemos hacer de ella un uso que nos sea provechoso, pero guardando el secreto para no atraernos la envidia de nuestros vecinos. Me conformo en retirar la lámpara de la vista de usted y ponerla en un sitio escondido en que yo pueda encontrarla cuando sea necesario, ya que los genios le causan á usted tanto miedo. Respecto al anillo, jamás me resolveré á tirarlo, pues sin él nunca me hubiera usted vuelto á ver; y si á estas horas viviera aun, estaría en los horrores de la agonía más espantosa. Permítame usted, pues, que lo conserve y lo lleve siempre en el dedo como una alhaja preciosa. ¿Quién sabe si me amenaza algún otro peligro, que ni usted ni yo podemos prever, y podré librarme de él por su virtud?

Pareció tan discreto el razonamiento de Aladino á su madre, que nada tuvo ésta que objetar.

—Hijo mío—repuso—haz lo que te parezca; pero por lo

que á mí toca, no quisiera tener que ver nada con esos genios. Te declaro que me lavo las manos en este asunto, y que no te hablaré más de él.

A la noche siguiente agotaron la excelente comida que había llevado el genio, y á la otra mañana, no queriendo esperar Aladino á que sintieran hambre, cogió uno de los platos de plata bajo su vestido, y salió temprano para ir á venderlo. Para ello se dirigió á un judío que encontró al paso; lo llamó aparte, y mostrándole el plato, le preguntó si quería comprarlo.

El astuto y hábil judío cogió el plato, lo examinó, y mirando en seguida que era de excelente plata, le preguntó á Aladino cuánto quería por él. Aladino, que ignoraba su valor, y que jamás había comerciado en semejante género, se contentó con decirle que él sabría bien lo que podía valer el plato, y que lo dejaba á su buena fe. El judío quedó indeciso en vista de la ingenuidad de Aladino, y sin saber si Aladino conocería la materia y el valor, sacó de su bolsa una moneda de oro, que representaba á lo sumo un valor setenta veces más pequeño que el del plato, y se la presentó. Tomó la moneda Aladino con afán, y cuando la tuvo en la mano se retiró tan aprisa, que el judío, no contento con la exorbitante ganancia que acababa de hacer en aquella compra, estuvo tentado de llamar á Aladino para decirle que se había equivocado y que el plato valía mucho menos; pero Aladino, que iba corriendo, se había alejado ya tanto, que le hubiera costado mucho trabajo alcanzarle.

Al volver Aladino á casa de su madre entró en la tienda de un panadero, en la que compró pan para su madre y para él, y lo pagó con la moneda de oro, que le cambió el panadero. Cuando llegó á su casa dió la vuelta á su madre, que fué al mercado á comprar provisiones para alimentarse algunos días.

De este modo continuaron viviendo con economía, pues conforme les faltaba dinero, Aladino iba vendiendo todos los platos al judío, hasta que apuró la docena. El judío, que había dado una moneda de oro por el primero, no se atre-

vió á ofrecer menos por los demás, temiendo perder tan buena proporción; y así es que, aun ponderando el sacrificio que hacía, siguió pagándolos todos al mismo precio. Cuando llegó á gastarse el dinero del último plato, acudió Aladino á la bandeja, que pesaba sola como los doce platos juntos. Quiso llevarla á casa del avariento mercader; pero como pesaba mucho, se vió precisado á ir á buscar y llevar á casa de su madre al judío, quien, después de haber examinado el peso y calidad de la bandeja, le entregó inmediatamente diez monedas de oro, con lo que quedó muy contento Aladino. Mientras duraron las diez monedas de oro, las fueron empleando en el gasto diario de la casa.

Aladino, mientras tanto, se había abstenido de dar sus acostumbrados paseos, desde su aventura con el mágico africano. Pasaba los días al lado de su madre, ó en conversación con gentes ilustradas, con quienes había hecho conocimiento. Algunas veces se detenía en las tiendas de los primeros comerciantes, en donde escuchaba atentamente las conversaciones de la gente distinguida que se paraba en ellas, ó que acudía como á una especie de punto de reunión, y estas conversaciones le fueron dando poco á poco un barniz del conocimiento del mundo, y algo de la experiencia que le faltaba.

Cuando se gastaron las diez monedas de oro, recurrió Aladino á la lámpara; la cogió en la mano, buscó el mismo sitio que había tocado su madre, y habiendo reconocido la señal que había dejado en él la arena, la estregó como su madre lo había hecho, é inmediatamente se le presentó el mismo genio que se había dejado ya ver; pero como había estregado la lámpara con más suavidad que su madre, el genio le habló con un tono más templado.

—*¿Qué me quieres?*—le dijo en los mismos términos que la otra vez.—*Aquí me tienes pronto á obedecerte como tu esclavo, á ti y á todos los que tienen la lámpara en la mano, yo y los demás esclavos de la lámpara.*

Aladino le dijo:

—Tengo hambre; traeme de comer.

Desapareció el genio, y volvió á presentarse poco tiempo

después, cargado con un servicio de mesa semejante al que había traído la primera vez; lo puso todo sobre el sofá, y al punto desapareció.

Sabiendo la madre de Aladino el designio de su hijo, había salido á propósito á hacer un recado, á fin de no hallarse en casa al tiempo de la aparición del genio; pero habiendo entrado poco después, y viendo la mesa y el armario tan bien provistos, se quedó tan asombrada del prodigioso efecto de la lámpara como la primera vez. Sentáronse á la mesa madre é hijo, y después de haber comido con excelente apetito, les quedó aún con qué comer en abundancia los dos días siguientes.

Cuando vió Aladino que no había ya en su casa con qué comer, ni dinero para comprarlo, cogió un plato de plata y fué á buscar al judío á quien conocía para vendérselo. Al tiempo de ir, pasó por delante de la tienda de un platero, respetable por su ancianidad, honradez y buena fe en los negocios. El platero le llamó y le hizo entrar.

—Joven—le dijo—he visto á usted pasar ya diferentes veces cargado como va ahora, reunirse á un judío, á quien conozco más de lo que él quisiera, y volver luego sin carga, y me imagino que usted le vende lo que lleva; pero usted no sabe, sin duda, que ese judío es un bribón de los más avarientos de su raza, y que nadie de cuantos le conocen quiere tener tratos con él. Por lo demás, en lo que yo le digo á usted no tengo más objeto que servirle; si quiere usted enseñarme lo que lleva, y es algo para vender, yo le daré fielmente su justo precio, si es cosa que me conviene, y si no, le enviaré á casa de otros comerciantes que no le engañarán.

La esperanza de sacar más dinero por su plato determinó á Aladino á sacarlo de debajo del vestido y mostrarlo al platero. El anciano, que conoció desde luego que era de plata fina, le preguntó si había vendido otros semejantes al judío y cuánto le había dado por ellos. Aladino le dijo ingenuamente que le había vendido doce, y que no había recibido del judío más que una moneda de oro por cada uno.



El platero le llamó y le hizo entrar.

—¡Ah, pícaro, ladrón!—exclamó el platero.—Hijo mío—añadió—lo hecho ya no tiene remedio; es preciso no pensar más en el asunto; pero haciendo á usted ver lo que vale su plato, que es de la mejor plata que se vende en nuestras tiendas, conocerá usted en cuánto le ha engañado ese mal hombre.

Dicho esto, tomó la balanza, pesó el plato, y después de haber explicado á Aladino lo que era un marco de plata, cuánto valía, y sus subdivisiones, le hizo notar que, según el peso del plato, valía setenta y dos monedas de oro, que le entregó inmediatamente.

—Este es—le dijo—el verdadero valor del plato; si usted lo duda, puede dirigirse al platero que guste, y si le dice á usted que vale más, me comprometo á pagarle el doble. Nosotros no ganamos más que la hechura en la plata que compramos, y esto es lo que hace á los comerciantes equitativos.

Aladino dió las más expresivas gracias al platero por su delicado comportamiento, y en lo sucesivo ya no se dirigió á otro que á él para vender los demás platos, así como también la bandeja, cuyo valor le fué siempre bien pagado, á proporción de su peso. A pesar de que Aladino y su madre tenían un manantial inagotable de dinero en su lámpara, y podían procurarse cuanto quisiesen cuando llegase á faltarles, continuaron, sin embargo, viviendo con la misma sencillez que antes, á excepción de lo que separaba Aladino para divertirse honradamente, y para otros gastos propios de su edad. Su madre, por su parte, no se vestía sino del producto del algodón que hilaba. Con tan arreglada conducta se comprende que les durara mucho tiempo el dinero de los doce platos y la bandeja, al precio que Aladino había vendido al platero. De este modo vivieron por espacio de algunos años, sin que Aladino recurriese más, por entonces, á su lámpara.

Mientras tanto, Aladino, que no dejaba de asistir á las reuniones de las gentes de distinción, en las tiendas de los principales comerciantes de paños de oro y plata, de telas de seda, alfombras, perfumes y joyería, y que se mezclaba

ya directamente en sus conversaciones, acabó de formarse y tomó poco á poco la distinción y los modales de la gente fina. En casa de los joyeros rectificó el erróneo concepto que tenía formado de las frutas transparentes que había cogido en el jardín á donde fué á tomar la lámpara. Creía que no eran sino vidrios de colores, y comprendía ahora que eran piedras naturales de gran precio. A fuerza de ver vender y comprar de toda clase de pedrería en las tiendas de los joyeros, llegó á conocer su mérito y su valor, y como no veía otras semejantes á las suyas, ni en hermosura ni en tamaño, comprendió que en lugar de trozos de vidrio, que había mirado como bagatelas, poseía un tesoro inmenso. Tuvo la prudencia de no hablar de ello á nadie, ni aun á su madre, y es indudable que su silencio le valió la eminente posición á donde veremos que llegó á elevarse.

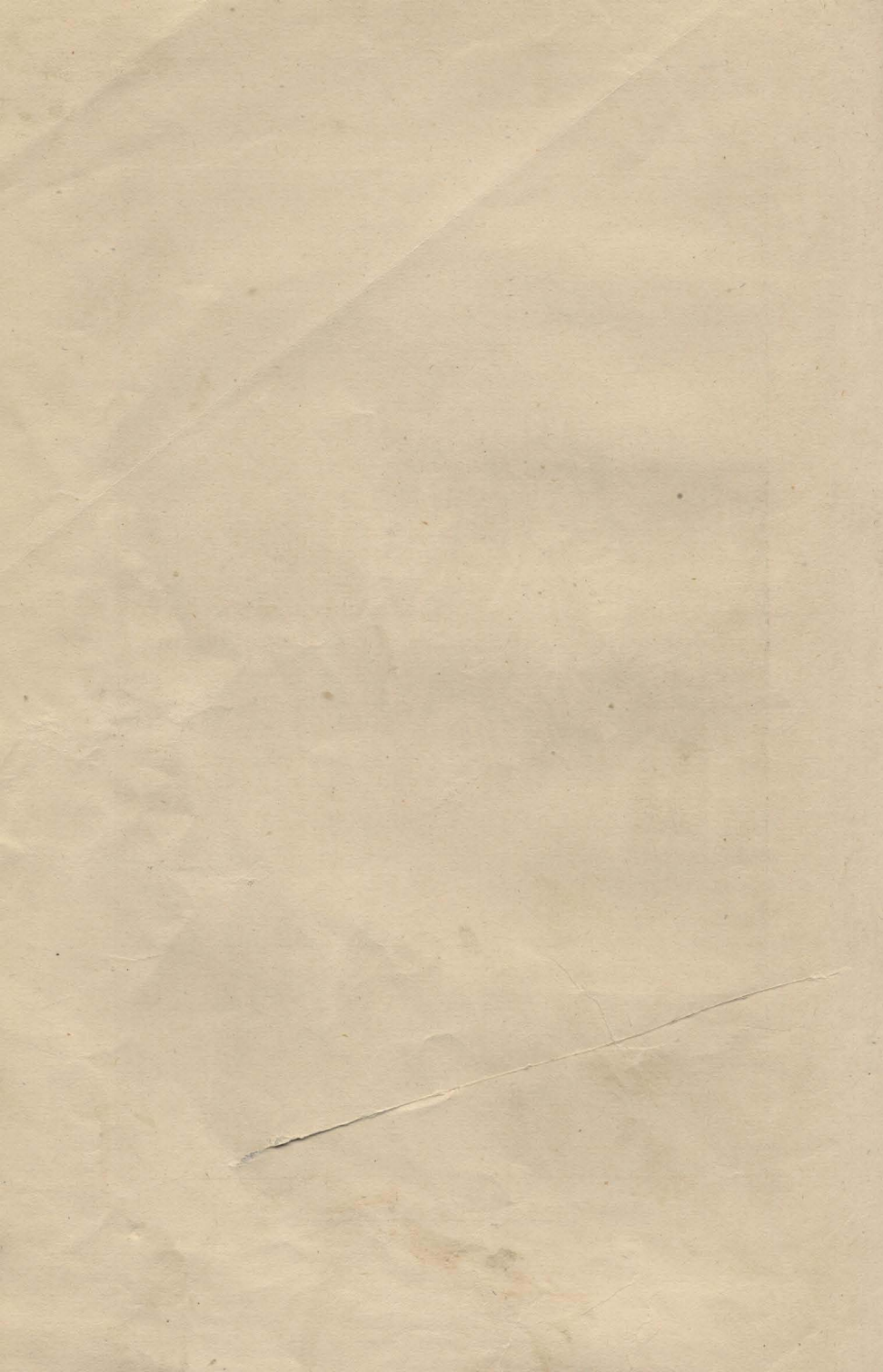
Paseábase un día Aladino por un barrio aristocrático de la ciudad, cuando oyó publicar en alta voz una orden del Emperador para que se cerrasen las tiendas y las puertas y todo el mundo se encerrase en la suya hasta que pasase de las casas y volviera del baño la princesa Badrulbudur, hija única y heredera del Emperador de la China.

Este bando excitó en Aladino la curiosidad de ver con el rostro descubierto á la Princesa; pero no podía conseguirlo sino desde alguna casa conocida y por entre las persianas, lo que no le satisfacía, porque la Princesa, según costumbre, debía llevar el velo echado sobre el rostro al tiempo de ir al baño. Para colmar sus deseos ideó un medio que le salió bien, y fué colocarse detrás de la puerta del baño, que estaba dispuesta de tal modo, que no podía dejar de verla venir de frente. Exponía así el joven su vida, mas no le vió nadie.

No tuvo que esperar mucho tiempo: llegó la Princesa, y la observó perfectamente á través de una rendija, desde la que pudo ver sin ser visto. Iba acompañada de una multitud de camareras y eunucos, que iban á sus lados y detrás de ella. Cuando llegó á tres ó cuatro pasos de la puerta del baño, se quitó el velo que le cubría el rostro y le incomodaba mucho, y de este modo dió lugar á Aladino para



Tomó el partido de retirarse.



poderla ver tanto más á su satisfacción, cuanto que iba derecha hacia él.

Hasta entonces no había visto Aladino á otras mujeres con el rostro descubierto que á su madre, que era ya de edad, ó á mujeres del pueblo, cuyas facciones no eran muy hermosas; pero había oído decir en las clases elevadas de la sociedad que se hallaban mujeres de una belleza extraordinaria; y por muy bien que se quiera ensalzar el mérito de una hermosura, jamás hacen tanta impresión las palabras como la hermosura misma.

Cuando vió Aladino á la princesa Badrulbudur, experimentó una emoción extraordinaria: sintióse presa de un delicioso éxtasis, y su corazón se entregó sin reservas al objeto que acababa de encantarle. Verdad es que la Princesa era la morena más hechicera que se pudiera ver en el mundo; tenía los ojos grandes, rasgados, vivos y brillantes, el mirar dulce y modesto, la nariz muy proporcionada y regular, la boca pequeña, los labios de carmín; en una palabra, todas las facciones de su rostro formaban un conjunto verdaderamente seductor. No tiene, pues, nada de extraño que Aladino quedase deslumbrado y casi fuera de sí al ver aquel dechado de bellezas reunida en una sola mujer. A todas estas perfecciones añadía la Princesa una proporcionada estatura y una elegancia de movimientos y aire tan majestuoso, que, con sólo verla, se atraía el respeto de todos.

Cuando hubo entrado en el baño la Princesa, quedó Aladino algún tiempo embargado y como delirante, impresionándose profundamente ante la contemplación de aquella hermosura, de que estaba encantado y penetrado hasta el fondo de su corazón. Al fin volvió en sí, y teniendo en cuenta que había pasado la Princesa y que sería inútil el que siguiera escondido para volverla á ver al salir del baño, toda vez que debía volverle la espalda y salir con velo, tomó el partido de retirarse.

Cuando Aladino volvió á su casa, no pudo ocultar su turbación y su inquietud de modo que no lo echase de ver su madre. Sorprendida al verle tan triste y pensativo con-

tra su costumbre, le preguntó si le había ocurrido algo ó si estaba indispuerto. Pero Aladino, respondiéndola con palabras vagas, se sentó con abandono en el sofá, y permaneció un gran rato en la misma actitud, ocupado siempre en representarse la imagen hechicera de la princesa Badrulbudur. Su madre, que estaba preparando la cena, no insistió en sus preguntas, y cuando estuvo dispuesta, puso la mesa junto al sofá y se sentó á ella; pero observando que su hijo apenas ponía atención en la cena, le advirtió que comiese, y le costó no poco trabajo el hacerle mudar de postura. Cenó el joven mucho menos de lo que acostumbraba, con los ojos siempre bajos y guardando un silencio tan profundo, que apenas consiguió su madre arrancarle una sola palabra á cuantas preguntas le hizo para procurar saber el motivo de un cambio tan extraño en su carácter.

Terminada la cena, insistió la excelente mujer en preguntarle el motivo de tan gran melancolía; pero nada pudo averiguar, y Aladino se acostó sin haber satisfecho la curiosidad de su madre.

Aladino pasó aquella noche en vela, evocando la imagen de la hermosa princesa Badrulbudur, y al día siguiente, estando sentado en el sofá frente á su madre, que se ocupaba, según su costumbre, en hilar algodón, le habló en los términos siguientes:

—Madre mía, voy á romper el silencio que he guardado desde ayer á mi vuelta de la ciudad, pues he notado que apesadumbra á usted mi reserva. No estaba enfermo anoche, como sin duda creía usted, y no lo estoy tampoco ahora; pero en vano trataría de explicar á usted lo que sentía y lo que no ceso de sentir, que es un desasosiego peor que una enfermedad. No me doy clara cuenta de lo que me pasa, pero no dudo que lo que va usted á oír se le hará conocer. No se ha tenido noticia en este barrio—continuó Aladino—y así no ha podido usted saber lo de que ayer por la tarde fué al baño la princesa Badrulbudur, hija del Emperador, lo que yo supe paseándome por el otro extremo de la población. Se publicó una orden para que se cerrasen

las tiendas y se retirasen las gentes de las calles para tributar á la Princesa los honores que le son debidos y dejarle el paso libre en las calles por donde había de pasar. Como yo estaba cerca del baño, la curiosidad de ver á la Princesa con el rostro descubierto me inspiró la idea de ir á colocarme detrás de la puerta del baño, reflexionando que probablemente se quitaría el velo al acercarse. Usted conoce la disposición de la puerta, y comprenderá que debía ver á aquella hechicera joven con toda comodidad si sucedía lo que yo me figuraba. En efecto, se quitó su velo al entrar, y tuve la dicha de ver el rostro angelical de la Princesa. He aquí, madre mía, el motivo del estado en que usted me vió ayer cuando entré, y la causa del silencio en que me he encerrado hasta ahora. Amo á la Princesa con un amor tan violento, que no acierto á explicarlo, y como crece por momentos mi pasión viva y ardiente, conozco que moriré desesperado si no logro la posesión de la encantadora princesa Badrulbudur, por lo que he resuelto pedírsela en matrimonio al Emperador, su padre.

La madre de Aladino había escuchado atentamente la relación de su hijo hasta estas últimas palabras; mas al oír que tenía el propósito de pedir en matrimonio á la princesa Badrulbudur, no pudo menos de interrumpirlo con una gran risotada. Quiso proseguir Aladino, pero volviendo á interrumpirle:

—Hijo mío—le dijo—¿qué es lo que estás diciendo? ¡Sin duda has perdido el juicio para expresarte de ese modo!

—Madre mía—repuso Aladino—puedo asegurar á usted que, lejos de haber perdido el juicio, le conservo muy cabal. No me admiran las reconvenciones de locura y extravagancia que me hace y podrá hacerme; pero he de repetir á usted que he tomado la resolución firmísima de hacer pedir al Emperador la princesa Badrulbudur en matrimonio.

—Parece imposible, querido hijo—replicó la madre con mucha seriedad—que te olvides hasta ese punto de quién eres; pues aun cuando quisieras ejecutar esta resolución, no encuentro de quién puedes valerte para que lleve á conocimiento del Soberano semejante pretensión.

—De usted, madre mía—contestó el hijo sin vacilar.

—¡De mí!—exclamó la madre con el mayor asombro.—
¡Ah, me guardaré muy bien de comprometerme en semejante locura! ¿Quién eres tú, hijo mío, para tener el atrevimiento de pensar en la hija del Emperador? ¿Has olvidado que eres hijo de un sastre de los más pobres de la capital, y de una madre cuyos antepasados han pertenecido á familias modestas? ¿Ignoras que los emperadores se niegan á dar sus hijas en matrimonio aun á los mismos hijos de los reyes que no pueden heredar el reino?

—Madre mía—replicó Aladino—ya he dicho que tenía previsto todo lo que acabáis de decirme y cuanto queráis añadir. Los argumentos y observaciones de usted parecen, sin duda, muy razonables; pero no me harán mudar de parecer. Ya he dicho que quiero que usted misma sea la que pida á la princesa Badrulbudur en matrimonio para mí: esta es una gracia que pido á usted con todo el respeto que la tengo, y la suplico no me la niegue, á menos que no prefiera verme morir de desesperación á hacerme dichoso para toda la vida.

Quedó turbada y confusa la madre de Aladino al ver la obstinación con que persistía éste en un designio tan descabellado.

—Hijo mío—le volvió á decir—soy tu madre, y como buena madre que te ha dado á luz, no hay nada razonable ni conveniente á mi estado y al tuyo que no esté dispuesta á hacer por el cariño que te profeso. Si se tratase de pedir para ti la mano de la hija de alguno de nuestros vecinos de una condición semejante ó aproximada á la tuya, nada omitiría, y emplearía con la mayor solicitud cuantos medios estuviesen á mi alcance para lograr tu deseo, y aun quizás para esto sería necesario que tuvieses algunos bienes de fortuna ó supieras algún oficio. Cuando quieren casarse las gentes pobres como nosotros, lo primero en que deben pensar es cómo han de reunir lo suficiente para vivir. Pero sin pensar en la humildad de tu nacimiento y en el poco mérito y bienes que posees, te atreves á remontar tu vuelo hasta la cúspide de la fortuna, y no te contentas con menos

que con la hija de tu soberano, que con una palabra que diga te puede aniquilar. Dejo aparte lo relativo á ti; pues, por poco juicio que tengas, harás las debidas reflexiones; y atendiendo sólo á lo que á mí toca, ¿cómo te ha podido venir á la imaginación una idea tan extravagante como el querer que vaya yo á pedir á nuestro Emperador que te dé en matrimonio la Princesa su hija? Supongamos que yo tuviese, no digo el atrevimiento, sino la desvergüenza de ir á presentarme al Monarca para hacer una pretensión tan descabellada; ¿á quién me he de dirigir para introducirme en palacio? ¿No comprendes que el primero á quien hablase del asunto me trataría de loca y me despacharía ignominiosamente? Pero quiero suponer que no haya dificultad en conseguir una audiencia del Emperador; yo sé que no es difícil llegar hasta él cuando hay que pedirle justicia, y que la hace con mucho gusto á sus vasallos cuando se la demandan. Sé también que cuando se le presenta alguno á pedirle una gracia, la concede con satisfacción si ve que el peticionario se la merece y que es digno de ella. Pero ¿estás tú en este caso? ¿Crees merecer la gracia que pretendes vaya á pedirle para ti? ¿Qué has hecho por tu Príncipe ó por tu patria? ¿En qué te has distinguido? Si nada has hecho para merecer una gracia tan extraordinaria, y por otra parte no eres digno de ella, ¿cómo me atreveré yo á pedirla? ¿Cómo he de acertar á abrir siquiera la boca en presencia del Emperador? Su majestuoso aspecto y el brillo de su corte me dejarían anonadada, á mí, infeliz mujer, que temblaba delante de mi difunto marido, tu padre, cuando tenía que pedirle el más pequeño favor. Hay además otra razón, en que tú sin duda no has pensado, hijo mío, y es que nadie se puede presentar delante del Emperador sin hacerle un regalo, cuando tiene que pedirle alguna gracia. Los regalos, por lo menos, tienen la ventaja de que, si rechaza la gracia que se le pide por las razones que pueda tener para ello, escucha á lo menos con afabilidad al que hace la solicitud. Pero ¿qué regalo puedes tú ofrecerle? Y aun cuando tuvieses alguna cosa que mereciera llamar la atención de tan gran

Monarca, ¿qué proporción habría entre tu presente y la pretensión que querías hacerle? Vuelve en ti, y hazte cargo de que aspiras á una cosa que te es imposible obtener.

Escuchó Aladino con mucho sosiego cuanto le dijo su madre para procurar retraerlo de su propósito, y después de haber reflexionado sobre todas sus observaciones, tomó por fin la palabra y le dijo:

—Confieso, madre mía, que es gran atrevimiento por mi parte atreverme á remontar mis pretensiones hasta el punto que lo hago, y una grande inadvertencia haber exigido de usted con tanto calor el que vaya á hacer la proposición de mi casamiento al Emperador sin tomar antes las disposiciones oportunas para que obtenga la audiencia y una acogida favorable. Le pido á usted por ello perdón; pero teniendo en cuenta la violencia de la pasión que me domina, y admire usted que no me haya fijado desde luego en todos los detalles que pueden contribuir á procurarme el reposo que anhelo. Yo adoro á la princesa Badrubudur con un ardor mucho más intenso de cuanto puede concebirse, y persisto siempre en el propósito de hacerla mi esposa: es una cosa decidida, y no he de renunciar á ella. Agradezco á usted las razonables manifestaciones que acaba de hacerme, y las considero como necesarias para procurarme el feliz resultado que me prometo. Dice usted que no es costumbre presentarse delante del Emperador sin un regalo de alguna valía, y que no tengo cosa que sea digna del Monarca. Pero ¿cree usted, madre mía, que lo que traje el día en que prodigiosamente me libré de una muerte segura, no sea muy á propósito para ofrecer un obsequio magnífico al Emperador? Hablo de las piedras que traje en mis dos bolsas y en el cinto, y que usted y yo tomamos por vidrios colorados; pero al presente sé lo que son, y aseguro á usted, madre mía, que son joyas de un precio inestimable, propias sólo para riquísimos monarcas. He formado idea de su valor frecuentando las tiendas de los joyeros más ricos, y cuantas he podido ver allí no son comparables á las nuestras ni en tamaño ni en hermosura, y sin embargo las venden á precios muy altos;

usted y yo no conocemos con certeza el precio de las nuestras; pero cualquiera que sea, según lo que puedo deducir de la poca experiencia que tengo en el asunto, estoy persuadido de que el regalo es muy superior á cuantos el Monarca ha podido recibir hasta hoy. En casa hay una fuente de porcelana fina bastante grande y de una forma y hechura muy á propósito para colocar en ella las piedras; tráigala usted, y veremos el efecto que producen después que las hayamos colocado, combinando bien sus diferentes colores.

Trajo la fuente de porcelana la madre de Aladino, y éste sacó las piedras que contenían las dos bolsas y las colocó en ella, procurando que armonizasen bien los colores. Era tal el efecto que á la luz del día produjeron las piedras por la variedad de sus colores, y por su resplandor y brillantez, que madre é hijo quedaron embelesados, causándoles tan hermoso espectáculo el mayor asombro, porque sólo habían visto las piedras á la luz de un candil. Verdad es que Aladino las había ya visto en los árboles como frutas, que debían producir un espectáculo maravilloso; pero como en aquel tiempo era todavía un niño, las había mirado como objetos agradables, propios sólo para jugar.

Después de haber estado un buen rato admirando la hermosura del presente que iban á hacer al Emperador, tomó Aladino la palabra, y dijo:

—Ahora, madre mía, no tiene usted por qué excusarse de ir á la presencia del Emperador bajo pretexto de no tener con qué hacerle un regalo; he aquí uno que en mi concepto le valdrá á usted la más favorable acogida.

Aunque la madre de Aladino, no obstante la hermosura y brillo del regalo, no lo creyere de tan gran precio como su hijo, juzgó, sin embargo, que podía ser bien recibido, y conoció que nada tenía que replicar sobre el particular; pero no dejaba de oponer reparos á la pretensión que quería Aladino que hiciese al Emperador, lo que la tenía muy azorada.

—Hijo mío—decía—comprendo que el regalo producirá buen efecto, y que el Emperador se dignará mirarlo con

agrado; pero cuando tenga que desempeñar la pretensión que me encargas, temo que me ha de faltar valor para ello, y que permaneceré muda; con lo que no sólo habré perdido los pasos que haya dado, sino también el regalo, que, según dices, vale un caudal inmenso, y habré de volver entristecida á anunciarte que se han frustrado tus esperanzas; ya te lo he dicho muchas veces, y no debes dudar que así sucederá. Pero—añadió—supongamos que tenga bastante ánimo para ofrecerme á hacer la pretensión que desees; lo que sin duda sucederá es que el Emperador se burlará de mí y me mirará como á una loca, ó que se dejará llevar de un arrebatado de cólera, cuyas víctimas seremos tú y yo.

Expuso aún otras muchas razones la madre de Aladino á su hijo para hacerle mudar de parecer; pero las gracias de la Princesa habían hecho una impresión demasiado fuerte en el joven para desviarlo de su propósito. Insistió Aladino en exigir de su madre que ejecutase lo que había resuelto; y ésta, por la ternura con que le amaba, y por el temor de que su hijo enfermara de tristeza, venció su repugnancia y se decidió á dar aquel grave paso.

Era demasiado tarde, y había pasado la hora de ir á palacio á presentarse al Emperador en aquel día, por lo que hubo de dejarlo para el siguiente. En el resto del día, apenas hablaron madre é hijo de otra cosa.

Ya bien entrada la noche se retiraron á descansar Aladino y su madre; pero el violento amor hacia la Princesa y los grandes proyectos de una inmensa fortuna con que tenía el joven ocupada su imaginación, apenas le dejaron cerrar los ojos. Se levantó antes de amanecer, y en seguida fué á despertar á su madre, á la que rogó que se vistiera lo antes posible, á fin de que fuese á presentarse á la puerta del palacio del Emperador, y entrar en él cuando se abriera, y al mismo tiempo que llegasen el primer ministro, los ministros subalternos y todos los altos funcionarios palaciegos para la sesión del Consejo, al que concurría siempre el Emperador.

Hizo la madre de Aladino cuanto la pedía su hijo; tomó

l: fuente de porcelana en que estaba el regalo de las piedras preciosas, la envolvió en dos pañuelos de seda, uno muy hermoso y limpio, y otro de menos valor, que ató por las cuatro puntas para llevarlo con más comodidad. Partió por fin, con gran satisfacción de su hijo y tomó el camino del palacio imperial; pero aunque se apresuró mucho cuando llegó á la puerta había entrado ya el primer ministro acompañado de otros ministros y de los grandes señores de la corte. Era grande el número de los que habían solicitado audiencia en la sala del Consejo, que era un salón muy hermoso, profundo y espacioso, cuya entrada era grande y magnífica. La madre de Aladino se detuvo, y se colocó de modo que estaba en frente del Emperador, del primer ministro y de los señores que tenían asiento en el consejo á derecha é izquierda. Fueron llegando sucesivamente los solicitantes, según el orden de las demandas que habían presentado, y sus asuntos fueron relatados, defendidos y juzgados hasta la hora ordinaria de la audiencia pública. Entonces se levantó el Emperador, despidió el Consejo, y entró en sus habitaciones seguido del primer ministro. Retiráronse los demás funcionarios y los ministros del consejo, haciendo lo mismo cuantos habían acudido para asuntos particulares, unos contentos por haber ganado sus pleitos, otros poco satisfechos de la sentencia dada en su contra, y otros, en fin, con la esperanza de ser atendidos en otra audiencia.

La madre de Aladino, viendo que el Emperador se retiraba, y viendo que todos salían, comprendió que la audiencia había concluído, por lo que se volvió á su casa. Aladino, que la vió entrar con el regalo destinado al Emperador, no supo al pronto qué pensar del éxito de su viaje; y temiendo que le anunciase alguna noticia siniestra, no se atrevía á abrir la boca para preguntarle lo que había ocurrido. Su buena madre, que jamás había puesto los pies en palacio, y no tenía conocimiento alguno de lo que allí se practicaba ordinariamente, sacó á su hijo de la incertidumbre en que estaba, diciéndole con la mayor ingenuidad:

—Hijo mío, he visto al Emperador, y estoy segura de

que él también me ha visto. Me he colocado frente á él y nada le impedía verme; pero estaba tan ocupado con todos los que le hablaban á derecha é izquierda, que me daba lástima ver el trabajo que se tomaba para escucharlos á todos, y la paciencia con que lo hacía. Esto ha durado tanto, que por fin creo que se ha aburrido, porque se ha levantado cuando menos se esperaba, y se ha retirado sin querer oír á otras muchas personas que estaban en fila para hablarle á su vez. Te confieso que no lo he sentido, porque yo también empezaba á impacientarme, y estaba ya muy cansada de estar en pie tanto rato; pero nada se ha perdido por eso; no dejaré de volver mañana, y quizá el Emperador no estará acaso tan ocupado.

Por grande que fuera la impaciencia de Aladino, hubo de conformarse con esta excusa, y armarse de paciencia. Tuvo al menos la satisfacción de ver que su madre había dado el paso más difícil, que era sostener sin turbarse la presencia del Soberano; lo que le permitía esperar que cuando le llegase la vez, sabría desempeñar su difícil cometido.

Al día siguiente, y aun más temprano que el anterior, volvió la madre de Aladino al palacio imperial con el regalo de las piedras preciosas; pero hizo el viaje en vano, pues encontró cerrada la puerta y supo que no había consejo sino cada dos días, por lo que era preciso que volviese al inmediato. Dió esta noticia á su hijo, que se vió en la precisión de armarse nuevamente de paciencia. Volvió la madre otras seis veces en los días indicados, y se colocaba siempre delante del Monarca; pero con tan poco resultado como el primer día; y quizá hubiese vuelto otras cien veces inútilmente, si el Emperador, que en todas las audiencias la veía, no hubiera fijado en ella su atención. Reparó en la anciana con tanto más motivo, cuanto que sólo aquellos que tenían que presentar algún memorial ó demanda se aproximaban al Emperador según les iba tocando el turno, para exponer sus pretensiones, y la madre de Aladino no se encontraba en este caso.

Finalmente, el octavo día, después de disuelto el Con-

sejo, cuando entró el Soberano en su habitación, dijo al primer ministro:

—Hace tiempo que me he fijado en una anciana que viene todos los días que tengo Consejo, y que trae un bulto grande envuelto en un pañuelo; se está de pie desde el principio de la audiencia hasta el fin, y procura ponerse siempre enfrente de mí. ¿Sabes que quiere?

El primer ministro, que no sabía sobre el particular más que el Emperador, no quiso, sin embargo, dejar de decir algo.

—Señor, respondió, no ignora V. M. que las mujeres formulan muchas veces quejas sobre cualquiera pequeñez; ésta vendrá sin duda á quejarse á V. M. de que le han vendido mala harina, ó de algún otro agravio de tan poca importancia como éste.

No quedó satisfecho el Emperador con esta respuesta, y así, dijo:

—Si el primer día de audiencia vuelve esa mujer, no dejes de hacerla llamar, á fin de que yo conozca su pretensión.

No dió otra respuesta el gran visir que besarle la mano y ponerla sobre su cabeza para indicar que estaba pronto á perderla si dejaba de ejecutar lo que se le mandaba.

Se había acostumbrado ya de tal modo la madre de Aladino á presentarse al Consejo, que para nada tomaba en cuenta aquella molestia, con tal de mostrar á su hijo que nada de cuanto estuviese á su alcance omitía por complacerlo. Volvió, pues, al palacio el primer día de audiencia, y se colocó á la entrada, frente al Emperador, según su costumbre.

Aun no había empezado el primer ministro á dar cuenta de los negocios públicos, cuando vió el Emperador á la madre de Aladino, y movido de compasión por la mucha paciencia que mostraba, dijo al ministro:

—Ante todo, no sea que me se olvide, allí tienes la mujer de que te hablé el otro día; hazla venir, y comencemos por oirla y despachar el asunto que la trae á palacio.

Al momento se la mostró el gran visir al jefe de los.

ujieres, que estaba de pie pronto á recibir sus órdenes, y le mandó que fuese á hacer que se acercara.

El jefe de los ujieres se dirigió á la madre de Aladino, y á la seña que le hizo vino tras él hasta el pie del trono del Emperador, en donde la dejó para ir á colocarse en su lugar junto al primer ministro.

Aleccionada la madre de Aladino por el ejemplo de tantos otros como había visto acercarse al Soberano, se prosternó con la frente contra la alfombra que cubría las gradas del trono, y permaneció en esta situación hasta que le mandó el Emperador que se levantase. Lo hizo así, y entonces le dijo el Monarca:

—Buena mujer, mucho tiempo hace que te veo en la audiencia y que te colocas á la entrada desde el principio hasta el fin: ¿qué pretensión es la tuya?

La madre de Aladino se prosternó de nuevo después de haber oído las palabras del Emperador, y luego de haberse levantado, le dijo:

—Monarca superior á todos los reyes del mundo; antes de exponer ante V. M. la pretensión extraordinaria, y aun casi increíble, que me hace aparecer ante su sublime trono, le suplico me perdone el atrevimiento, por no decir la insolencia, de la demanda que vengo á hacerle; es tan extraña, que tiemblo y me avergüenzo de exponerla ante el Emperador.

Queriendo darle una completa libertad para explicarse, mandó el Emperador que se desocupase la sala del Consejo, que se le dejara solo con el primer ministro, y entonces dijo á la anciana que podía hablar y explicarse sin reparo.

No se tranquilizó aun la madre de Aladino con la bondad del Emperador, que acababa de ahorrarla la vergüenza que le hubiera podido causar el hablar delante de todos los concurrentes, sino que quiso ponerse á cubierto de la indignación que temía le produjese la inesperada propuesta que iba á hacerle.

—Señor—le dijo volviendo á tomar la palabra—me atrevo aun á suplicar á V. M. que en el caso que la de-

manda que tengo que hacerle le parezca ofensiva é injuriosa, me conceda desde luego su perdón.

—Sea cualquiera tu pretensión—replicó el soberano—te la perdono desde ahora, y no te sucederá el menor mal; habla sin recelo.

Cuando la madre de Aladino hubo logrado todas estas seguridades, le contó fielmente al Emperador en qué ocasión había visto su hijo Aladino á la princesa Badruldur, la pasión violenta que le había inspirado su vista, la declaración que había hecho á su madre, y todo lo que ella le habia representado para desviarlo de una pasión tan injuriosa á S. M. y hacia la Princesa imperial.

—Pero mi hijo—añadió—en vez de aprovecharse de mis consejos y reconocer su atrevimiento, se ha obstinado en su pretensión, hasta el punto de amenazarme con algún acto desesperado si me negaba á pedir á V. M. la Princesa en matrimonio; y aunque haciéndome una violencia extraordinaria, me he visto precisada á tener para con él esta complacencia, por lo que suplico de nuevo á V. M. se sirva conceder su perdón, no solamente á mí, sino también á mi desventurado hijo, por haber concebido el temerario pensamiento de aspirar á tan ilustre alianza.

Escuchó el Emperador todo este relato con mucha benignidad y bondad, sin dar ninguna muestra de cólera ó indignación, y aun sin indicar que tomase tal pretensión como cosa de risa. Pero antes de responder á la anciana, le preguntó qué era lo que traía envuelto en aquel pañuelo. Al punto, la madre de Aladino tomó la fuente de porcelana, que había puesto al pie del trono antes de prosternarse, la descubrió y la presentó al Soberano.

Es difícil expresar la sorpresa y asombro del Emperador, cuando vió reunidas en aquella fuente tan gran número de piedras preciosas, tan perfectas, tan brillantes, y de un tamaño tal, que no las había visto ni aun parecidas; de modo que estuvo por algún tiempo inmóvil de admiración. Se repuso por fin, y recibió el presente de manos de la madre de Aladino, exclamando con un transporte de gozo:

—Ah, ¡qué cosa tan hermosa! ¡Qué preciosidad!

Después de haber examinado todas las piedras una por una, admirando sus primores, se volvió hacia el primer ministro, y mostrándole aquel tesoro, le dijo:

—Mira, y confesarás que no se puede hallar en el mundo cosa más rica ni más asombrosa.....

El ministro apenas podía responder, pues estaba embelesado.

—Ahora bien—continuó el Monarca;—¿qué dices de semejante regalo? ¿No es digno de la Princesa, mi hija, y no puedo darla á este precio al que me la pide?

Estas palabras produjeron gran sobresalto al primer ministro. Tiempo hacía que le había dado á entender el Monarca que su intención era dar la Princesa, su hija, en matrimonio á un hijo que aquél tenía: y temió, no sin motivo, que el Soberano, deslumbrado por un regalo de tan inmenso valor, mudase de idea. Se acercó al Emperador, y hablándole al oído, le dijo:

—Señor, no se puede negar que el regalo es digno de la Princesa; pero suplico á V. M. que me conceda tres meses antes de decidirse, pues espero que antes de ese tiempo mi hijo, á quien V. M. ha tenido la bondad de manifestar tanta benevolencia, tendrá con qué hacerle uno de mayor precio que el de ese Aladino, á quien V. M. no conoce.

El Emperador creyó justo otorgar esta gracia á su ministro, aunque persuadido de que era imposible que pudiese proporcionar á su hijo los medios de hacer un regalo de tanto valor á la Princesa. Volvióse, pues, á la madre de Aladino, y la habló así:

—Buena mujer, volveos á vuestra casa, y decid á vuestro hijo que acepto la proposición que me habéis hecho por su encargo, pero que no puedo casar á mi hija, la Princesa, hasta haberle hecho preparar un riquísimo ajuar de boda, que no estará dispuesto hasta que hayan transcurrido tres meses. Volved, pues, pasado ese tiempo.

Palpitándole el corazón de alegría volvió á su casa la madre de Aladino, con gozo tanto mayor, cuanto que había creído desde un principio imposible llegar hasta el

Monarca, y por otra parte había obtenido una respuesta con que no podía soñar, y en vez de la cual esperaba una repulsa, que la hubiera llenado de tanta mayor turbación, cuanto que la creía merecida.

Dos indicios hicieron sospechar á Aladino, cuando vió entrar á su madre, que llevaba una buena respuesta; el uno, que volvía más temprano de lo acostumbrado, y el otro, que tenía el semblante lleno de júbilo.

—Y bien, madre mía—le dijo—¿puedo tener alguna esperanza ó he de entregarme á la desesperación?

La madre se quitó el velo y se sentó en el sofá junto á Aladino.

—Hijo mío—le dijo—para no tenerte un sólo momento en la incertidumbre, empezaré por decirte que muy lejos de pensar en morir, sólo tienes motivo para estar muy contento;—y prosiguiendo su relación, le contó de qué manera había recibido audiencia antes que todos los demás, por lo cual volvía temprano; qué precauciones había tomado para hacer al Emperador, sin que se ofendiese, la proposición de casamiento de la princesa Badrulbudur con Aladino, y la respuesta del todo favorable que le había dado el Monarca por su propia boca; añadiéndole que, según podía juzgar por las muestras de asombro del Soberano, el regalo que le llevaba era el que había producido decisivo efecto en su espíritu para determinarle á la respuesta favorable que le traía. —Yo no podía esperar tan feliz desenlace—continuó—pues observé que el primer ministro le había hablado al oído antes que me diese su palabra, y temía que lo desviara de la buena voluntad que pudiese tener.

Después de oír á su madre se creyó Aladino el más feliz de los hombres; dió las gracias á la buena anciana por las molestias que se había tomado en la marcha de aquel asunto, cuyo feliz resultado era tan importante para su reposo; y aunque en su impaciencia por lograr el objeto de su pasión tres meses le parecían tres siglos, se preparó, sin embargo, á esperar con paciencia, fundado en la palabra del Monarca, que creía irrevocable. Mientras contaba, no

solamente las horas, los días y las semanas, sino hasta los momentos, aguardando que pasase el plazo fijado, pasaron poco más de dos meses, cuando una noche, queriendo su madre encender luz, advirtió que no había aceite en casa, y habiendo salido á comprarlo, internándose en la ciudad, vió que todo era fiesta y regocijo. En efecto, las tiendas, á pesar de la hora, estaban abiertas, sus dueños las adornaban con guirnaldas y se preparaban iluminaciones, esforzándose cada uno en ostentar la mayor pompa y magnificencia posible por indicar mejor su celo. Todo el mundo hacía demostraciones de júbilo y alegría; las calles estaban llenas de militares en trajes de gala, montados en caballos ricamente enjaezados y rodeados de un gran número de soldados, que iban y venían. Preguntó la anciana al tendero en cuya casa compraba el aceite qué significaba todo aquello, y éste la contestó:

—¿De dónde sale usted, buena mujer, que no lo sabe? Esta noche son los esponsales del hijo del primer ministro con la princesa Badrulbudur, hija del Emperador. El novio va á salir del baño, y los militares que está usted viendo formarán escolta para acompañarlo hasta el palacio, donde debe celebrarse la ceremonia.

No quiso saber más la madre de Aladino. Volvió á su casa tan á prisa, que entró en ella sin aliento, y encontró á su hijo, que estaba muy distante de esperar la fatal noticia que le llevaba:

—¡Hijo mío—exclamó—todo está perdido!—Contabas con la promesa del Emperador; pero ha faltado á ella.

Aladino se sobresaltó al oír estas palabras.

—Madre mía—repuso—¿cómo es posible que el Emperador deje de cumplirme su palabra? ¿Quién ha contado á usted eso?

—Esta noche—añadió la madre—celebra sus esponsales el hijo del gran visir con la princesa Badrulbudur en el palacio;—y le contó en seguida de qué modo acababa de saberlo, para que no pudiese dudarle.

Al oír á su madre se quedó inmóvil Aladino, como si hubiese caído un rayo á sus pies. Cualquiera otro hubiera

quedado anonadado; pero amaba demasiado á la Princesa para permanecer mucho tiempo en la inacción. Acordóse en seguida de la lámpara que le había sido tan útil en otras ocasiones, y sin desahogar su cólera en vanas palabras contra el Emperador, contra el gran ministro ó contra el hijo de éste, solamente dijo:

—Madre mía, quizá el hijo del primer ministro no sea esta noche tan feliz como se promete. Voy á mi cuarto por un momento; prepare usted la cena entre tanto.

Comprendió desde luego la madre de Aladino que su hijo quería hacer uso de la lámpara para impedir, si era posible, que llegara á verificarse el matrimonio del hijo del ministro con la Princesa, y no se engañaba. En efecto; en cuanto se vió Aladino solo tomó la lámpara maravillosa, que había llevado á su habitación, quitándola de la vista de su madre, en vista de que la aparición del genio le había causado tan grande espanto, y la estregó de igual modo que otras veces. En el momento se le apareció el genio:

—*¿Qué me quieres?*—le dijo;—*aquí me tienes dispuesto á obedecerte como tu esclavo, y de todos los que tienen la lámpara en la mano, yo y los demás esclavos de la lámpara.*

—Oye—le dijo Aladino;—hasta ahora me has traído que comer cuando te lo he pedido; ahora se trata de un asunto de mucha más importancia. He hecho pedir en matrimonio al Emperador la princesa Badrulbudur, su hija, y él me ha prometido su mano pidiéndome un plazo de tres meses; pero en vez de cumplir su palabra, antes que se acabe el término, la casa con el hijo del primer ministro. Ya sabes que antes de celebrarse el matrimonio precede el convite de esponsales, al que asisten los esposos con sus padres y algunos testigos. Lo que yo te pido ahora es que á cada bocado que tome el novio, le introduzcas en la boca, sin que él lo advierta, tal cantidad de manjares, que se la llenes completamente; y además, que vengas á darme cuenta de lo ocurrido, y á recibir mis órdenes.

—Eres mi amo—contestó el genio;—tengo el deber de obedecerte, y serás servido.—Y dicho esto, desapareció.

Aladino volvió al lado de su madre, cenó con la misma tranquilidad que de costumbre, y después de cenar, estuvo hablando del próximo matrimonio de la Princesa, como de una cosa que le era indiferente. Después se retiró á su cuarto, dejando á su madre en libertad de acostarse, mientras él aguardaba la vuelta del genio y la ejecución de sus órdenes.

Entre tanto se había preparado con la mayor magnificencia el banquete para la celebración de los esponsales. Asistían á la mesa el Emperador y la Emperatriz, teniendo en medio á su hija; en frente se había sentado el novio, acompañado de sus padres: á uno y otro lado ocupaban sus puestos los testigos, que eran ocho, cuatro de cada parte. La servidumbre, vestida de ricas y vistosas libreas, estaba de pie esperando órdenes. A una señal del Emperador, empezaron á servirse los manjares en magnificas fuentes de la más fina porcelana. El novio tomó con exquisita delicadeza un pequeño bocado; pero, sin saber cómo ni de qué manera, se encontró con la boca tan llena, que aun mascando á dos carrillos, apenas podía revolver tal masa de alimento. Sudando y trasudando logró, por fin, entre mil congojas, tragar lo que había tomado; pero estaba tan corrido y confuso, que no se atrevía á repetir. El accidente, sin embargo, había pasado inadvertido para todos, excepto para la Princesa, que á hurtadillas había visto que su novio comía de un modo tan grosero. Se sirvió el segundo plato, y viendo el Emperador que su futuro yerno estaba al parecer pensativo, le dijo con afabilidad:

—Parece que estás preocupado, como si se te viniera encima el grave peso del gobierno de mis dominios; déjate ahora de cuidados; que estos momentos deben de ser para ti de felicidad.

—Nunca, señor—contestó Serchun (así se llamaba el novio)—he sido tan feliz como ahora, en que voy á lograr lo que jamás hubiera osado pretender, gracias á la incomparable bondad....

—Pues hagamos los honores á este plato, que es la especialidad de mi cocinero—contestó el Emperador.

Eran, en efecto, unas grandes croquetas de faisán con salangana, capaces de excitar el apetito del más sobrio. Serchun, sin embargo, no se atrevía á tocarlas, hasta que el Emperador le dijo de nuevo:

—¿Cómo no pruebas este delicioso manjar?

Entonces el pobre Serchun cortó tímidamente un pedacito de una que pesaría cosa de una libra; pero apenas lo había tomado cuando la mitad de la croqueta, desapareciendo del plato, llenó la boca del melindroso joven, que por más que dilataba sus carrillos, apenas podía retener el enorme bocado. El Emperador, que le vió en tan apurado trance, no pudo menos de sonreirse: la Princesa hizo un gesto de displicencia; el ministro palideció de cólera al observar la grosería de su hijo; los testigos murmuraban por lo bajo; los criados se sonreían maliciosamente; la Emperatriz volvió la vista por no ver las angustias de su yerno; la madre de éste, modiéndose los labios de rabia, con mucho disimulo le clavó las uñas en el muslo con tanto coraje, que el pobre Serchun dió un salto en su asiento, y habría lanzado un grito si la croqueta no le hubiera cortado la respiración. Anheloso, y casi sin aliento, con el rostro encendido, alargaba desmesuradamente el cuello, para facilitar la deglución del voluminoso manjar, que le ahogaba. Después de indecibles angustias pudo pasarlo, no sin grandes esfuerzos y ridículas contorsiones.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó el Emperador.

El futuro príncipe estaba tan avergonzado, que no pudo contestar: y el ministro, para disculparle, se apresuró á decir:

—Sin duda mi hijo, por corresponder á la insinuación de V. M., ha tomado, sin advertirlo, un bocado demasiado grande, y.....

—Bebe, Serchun, bebe un poco de vino, para que se te pase el susto—dijo la Emperatriz.

El escanciador presentó con gran cortesía una gran copa llena de vino: el joven la aplicó á sus labios para tomar un sorbo, pero por arte del genio se tragó todo el líquido, dejando la copa vacía, con asombro de los asistentes. La

Princesa se inclinó hacia su madre, y le dijo algunas palabras al oído: hizo después además de levantarse; pero la Emperatriz la detuvo con suavidad, y la obligó á permanecer en su puesto. Comprendiendo el Emperador el papel desairado que estaba haciendo el yerno que él mismo se había elegido contra la voluntad de la Emperatriz y con alguna repugnancia de la Princesa, trató de alegrar el banquete, excitando á todos á hablar con mil diversas preguntas, y haciendo que menudearan las copas. La animación fué creciendo en tanto grado, que hasta Serchun, olvidando sus pasadas congojas, y estimulado por los vapores de la copa que había bebido, tomó parte en la conversación con inesperado discernimiento, porque nadie hubiera sospechado tanta discreción y galantería en aquel joven que se engullía una libra de croquetas de dos bocados. Sirviéronse varios platos y deliciosos vinos, pero el novio no quiso probarlos, ni el Emperador creyó prudente someterle á otra prueba.

Llegó por fin el llamado obsequio de novios. En una bandeja de oro, esmaltada de pedrería, presentaron delante de Serchun un gran pastel delicadamente confeccionado. El novio debía partirle en pequeñas porciones: había de dar una á la novia, la cual, antes de comerla, daba otra á su prometido; y los dos comían á un tiempo, mientras el que presidía la mesa repartía lo restante entre los convidados. Serchun tomó un pedacito, y poniéndose en pie se le ofreció á la Princesa, la cual, recibéndolo en su plato, tomó de la bandeja otra porción pequeña, y se la entregó al novio. Temiendo éste atragantarse, como le había acontecido antes, la dividió en menudos bocados; y con gran tiento tomó uno, esperando tragarle como una pildora. Pero vió con terror que, sin darse cuenta de ello, había tomado no sólo los fragmentos que tenía en su plato, sino también cuatro ó seis porciones de la bandeja, y toda aquella masa estaba embutida en su boca, sin poder masticarla ni tragarla. Intentó beber un poco de agua, pero en vano; á través de aquella barrera no podía pasar una gota: mantuvo, no obstante, la copa aplicada á los labios por algunos mo-

mentos, mientras á toda fuerza procuraba engullir el sofocante bocado. La Princesa, que le estaba mirando de hito en hito, retiró á un lado el plato sin probar el pastel, que equivalía á negar su consentimiento al proyectado enlace. Los testigos quedaron atónitos: la Emperatriz, aunque se alegraba interiormente, procuró dominarse, y se mostró triste y contrariada; el ministro, que vió destruidos sus ambiciosos planes, aventuró el todo por el todo, y se atrevió á decir al Emperador:

—Mucho siento, señor, no haber sospechado antes lo que había de suceder.

—¿Pues qué sucede?—preguntó el Emperador, que no había observado la acción de su hija.

—Lo que V. M. está viendo: que la Princesa no quiere comer el pastel de los esponsales.

El Emperador frunció el ceño, y, entre enojado y cariñoso, dijo á la Princesa:

—Come de ese pastel: ya sabes que es mi voluntad.

La Princesa, sin decir palabra, tomó un bocadito, mientras se enjugaba las lágrimas, que no pudo contener.

Este incidente aguó, por decirlo así, la fiesta; la conversación, antes tan animada, fué decayendo poco á poco, y la tristeza se iba apoderando de los ánimos; sólo el ministro y su mujer estaban satisfechos, pero todos deseaban que se acabase la fiesta. Sólo faltaba ya una ceremonia para dar por terminados los esponsales. A una señal del Emperador, el intendente de palacio colocó en medio de la mesa una copa de cristal de roca caprichosamente cincelada, guarnecida de oro. El Emperador tomó la copa, y se la presentó á Serchun, que la recibió haciendo profunda reverencia; en seguida el ministro la llenó de vino generoso, cuya mitad debía beber el novio, ofreciendo después la otra mitad á la novia. Serchun trató de beber con gran tiento, pero de un ligero sorbo se tragó, sin saber cómo, todo el líquido, de modo que al entregar la copa á la novia, estaba completamente vacía.

—Aquí no hay nada—dijo la Princesa con sarcástica sonrisa.

—Nada—repitieron los testigos—damos fe de ello.

—Habrá sido un descuido de ese atolondrado—repuso el Emperador con mal reprimido enojo;—llenad otra vez la copa.

Serchun la tomó temblando, y para beber con más pulso apoyó el codo en la mesa; pero tan pronto como tocó el vino con los labios, la copa quedó vacía. Al ver esto el ministro, que le observaba con la mayor atención, le dió tan fuerte golpe en el brazo, que la copa saltó con violencia, y fué á estrellarse contra un precioso jarrón que había en frente.

El Emperador, sobremanera irritado, se levantó de la mesa, y todos hicieron lo mismo. La Emperatriz y su hija se retiraron á otra habitación para dar rienda suelta al gozo, que no les cabía en el pecho.

—¿Has visto—dijo la Emperatriz—qué yerno, ó mejor dicho, qué avestruz me quería regalar el gran visir?

—Algún ángel vela por nosotras—contestó la Princesa:—de otro modo no puedo explicarme lo ocurrido.

Serchun, más corrido que una mona, no sabía dónde meterse. Su madre, viéndole tan arturdido, le tomó de la mano, y acercándose al Emperador, le dijo sollozando:

—Vuestra Majestad me permitirá retirarme con mi hijo, que.....

—Podéis retiraros cuando queráis; pero que ese mostrenco no vuelva á comparecer en mi presencia.

El Emperador quedó solo con el visir, que á pesar de su sangre fría estaba consternado, y no sabía cómo calmar la justa indignación de su señor.

—¿Qué especie de bestia es ese hijo, que tanto me has alabado?

—Señor—contestó con humildad el ministro:—no sé qué decir, ni cómo defender á mi desgraciado hijo; pero creedme, señor, no es lo que ahora parece, yo os lo juro. Algún mal genio le persigue para labrar la desgracia de vuestro más fiel servidor.

—Sea lo que quiera, se ha concluido: tu hijo es indigno de la Princesa. Ahora, para dar una solución honrosa á este

negocio, es preciso que ese estúpido no salga de casa en mucho tiempo; diremos que esta misma noche ha enfermado gravemente; haremos creer que no se cura, y así saldremos del paso.

—Está bien, señor; se cumplirán fielmente las sapientísimas disposiciones de Vuestra Majestad.

El ministro se retiró no poco satisfecho de haber librado tan bien de las iras del Emperador; pero muy preocupado respecto á su hijo, á quien creía rematadamente loco. Mas no tardó en tranquilizarse, pues el desventurado joven estaba tan cuerdo como siempre, sin poder explicarse cómo aquella noche había cometido tantos y tan graves desaciertos.

Entretanto, estaba Aladino impaciente por la llegada del genio; las horas se le hacían siglos. Cansado de esperar, iba á tomar la lámpara maravillosa; pero antes de tocarla se presentó el misterioso mensajero, y le refirió todo lo sucedido, añadiendo que al día siguiente se anunciaría la enfermedad del hijo del visir. En efecto, al otro día se divulgó por toda la ciudad que el noble y generoso Serchun estaba gravemente enfermo. La noticia dió ocasión á muchos comentarios entre la gente maliciosa, que nunca falta, sospechando que aquello era un pretexto para deshacer el proyectado matrimonio: sólo Aladino conocía el secreto de la verdadera causa.

Lo extraño es que ni el Emperador, ni el primer ministro, que ya no se acordaban de Aladino, ni de la pretensión que se había hecho en su nombre, creyeron por un solo instante que pudiese tener parte en el prodigio que acababa de motivar la disolución del matrimonio de la Princesa.

Aladino dejó pasar los tres meses que el Monarca había fijado para su matrimonio con la princesa Badrulbudur. Había estado contando los días escrupulosamente, y en cuanto pasó el término, envió á su madre al palacio para recordar al Emperador su palabra.

La madre de Aladino fué á palacio como se lo había dicho su hijo, y se presentó á la entrada de la sala del Con-

sejo en el mismo sitio que antes. No bien hubo el Emperador dirigido la vista hacia ella, cuando la reconoció, y se acordó al mismo tiempo de la demanda que había hecho y de la época á que la había remitido. Estaba en aquel momento haciéndole el ministro relación de un asunto de Estado.

—Aguarda—le dijo el Emperador interrumpiéndole;—estoy viendo á la anciana que me hizo tan hermoso regalo hace algunos meses; hazla venir, y continuarás tu relación cuando yo la haya escuchado.

El ministro volvió la vista hacia la entrada de la sala y viendo á la madre de Aladino, al punto llamó al jefe de los ujieres para que la hiciese adelantar.

Llegó la anciana hasta el pie del trono, en donde se prosternó, y después de haberse levantado le preguntó el Emperador qué es lo que quería.

—Señor—le respondió—me presento ante el trono de vuestra majestad para recordarle, en nombre de Aladino, mi hijo, que ya han pasado los tres meses á cuyo tiempo defirió V. M. la pretensión que tuvo el honor de hacerle para que le diera su hija en matrimonio.

Cuando el Emperador se tomó el plazo de tres meses para responder á la pretensión de aquella buena mujer, había creído que no volvería á oír hablar más de un matrimonio que miraba como impropio é inconveniente á la Princesa su hija, á juzgar por la modestia de la madre de Aladino, que se presentaba con un traje bastante humilde. Sin embargo, la intimación que acababa de hacerle, de que cumplierse su palabra, le pareció embarazosa, y no creyó oportuno contestarla enseguida. Consultó á su ministro y le manifestó el reparo que tenía en concertar el casamiento de la Princesa con un desconocido, cuya fortuna, á juzgar por el aspecto de su madre, debía ser escasa.

El ministro expuso su parecer.

—Señor—dijo—creo que hay un medio seguro para evitar un casamiento tan desproporcionado, sin que ese Aladino tenga motivo de quejarse, y es poner á la Princesa á un elevado precio, que las riquezas de ese hombre, por

grandes que sean, no puedan alcanzar á tanto. Este será el medio de hacerle desistir de una idea tan osada, por no decir temeraria.

Le pareció bien al Emperador lo que su ministro le decía, y volviéndose hacia la madre de Aladino, le dijo después de algunos momentos de pausa:

—Buena mujer, los reyes deben cumplir su palabra, y yo estoy pronto á mantener la mía y otorgar á tu hijo la mano de la Princesa mi hija; pero como no puedo casarla sin saber las ventajas que le proporcionará este casamiento, dirás á tu hijo que cumpliré mi palabra cuando me envíe cuarenta grandes bandejas de oro macizo llenas de las mismas piedras preciosas que ya me has presentado de su parte, debiendo traerlas igual número de esclavos negros, á quienes acompañarán otros cuarenta blancos, jóvenes, arrogantes y de buena estatura, y vestidos todos con gran lujo; con estas condiciones estoy pronto á darle la mano de la Princesa mi hija. Marcha, buena mujer; quedo esperando la respuesta de tu hijo.

Volvió á prosternarse la anciana ante el trono del Emperador y se retiró seriamente preocupada.

—¿Dónde encontrará mi hijo—pensaba—tantas bandejas de oro, y tan gran cantidad de piedras preciosas como se necesita para llenarlas? ¿Volverá á aquella cueva, cuya entrada cerró el mago, para cogerlas en los árboles? ¿Y de dónde habrá de sacar todos esos esclavos que el Emperador le pide? Muy distante se halla de lograr su deseo, y temo que ha de quedar descontento de mi embajada.

Al volver la anciana á su casa hizo á su hijo exacta relación de cuanto le había dicho el Soberano, y de las pretensiones de éste. Después añadió:

—Hijo mío, él está esperando tu respuesta; pero me temo que tendrá que esperar buen rato.

—Quizá la cosa no sea tan difícil como parece, madre mía—dijo Aladino.—Mientras pienso en los medios de lograr mi deseo, vaya usted á buscar que comer, pues necesito estar solo.

Comprendió la madre de Aladino la intención de éste,

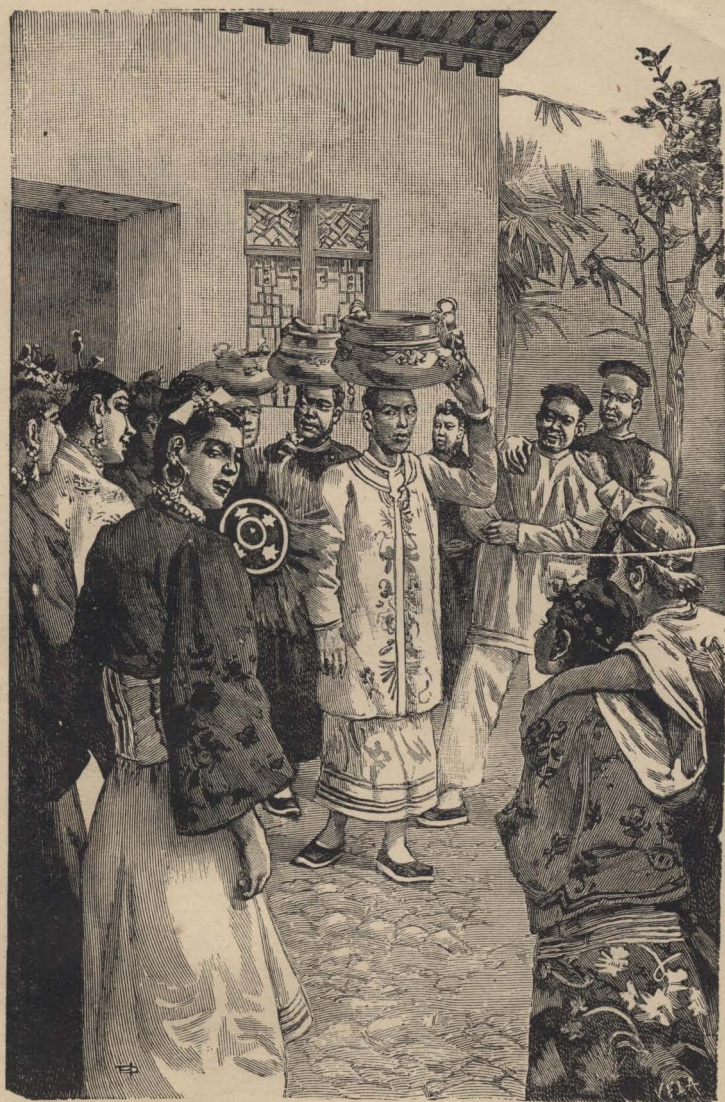
y salió á comprar provisiones. Entonces el joven tomó la lámpara y la estregó. Inmediatamente se le presentó el genio, y en los términos de siempre le preguntó qué tenía que mandar, manifestando que estaba pronto á servirle. Aladino le dijo:

—El Emperador consiente en darme la Princesa su hija en matrimonio; pero antes me pide cuarenta grandes bandejas de oro macizo y de mucho peso, enteramente llenas de las frutas del jardín en donde hallé la lámpara de que eres esclavo. Quiere también que las cuarenta bandejas las lleven otros tantos esclavos negros, que han de ir detrás de cuarenta esclavos blancos, jóvenes, de agradable figura y ricamente vestidos. Vete y tráeme este regalo lo más pronto posible, para que pueda enviárselo al Emperador antes de que levante la sesión del Consejo.—El genio le dijo que su mandato iba á ser ejecutado enseguida, y desapareció.

Poco después volvió el genio, seguido de los cuarenta esclavos negros, y otros cuarenta blancos, cargado cada uno de aquéllos con una bandeja de oro macizo del peso de dos arrobas y media sobre la cabeza. Todas las bandejas estaban llenas de diamantes, perlas, zafiros, amatistas, rubies y esmeraldas, más hermosas aún por sus reflejos y tamaño que las que le habían sido ya presentadas al Emperador; las fuentes iban cubiertas con una delicada tela de plata, tejida con flores de oro. Los esclavos, así negros como blancos, con sus fuentes de oro, ocupaban casi toda la casa, que era bastante reducida, y llenaban además un patio pequeño que había en la parte delantera y un jardincito que estaba en la trasera. El genio preguntó á Aladino si estaba contento, y si tenía aun alguna otra cosa que mandar; y como Aladino le manifestase que nada más le ocurriera, desapareció al punto.

Al volver del mercado la madre de Aladino y al entrar en su casa quedó extraordinariamente sorprendida al ver tanta gente y tantas riquezas; y cuando hubo dejado las provisiones que traía, quiso quitarse el velo que le cubría el rostro; pero su hijo no se lo permitió.

—Madre mía—dijo—no hay momento que perder; antes



Hizo detenerse llenos de asombro á todos.

de que el Emperador acabe de celebrar su consejo, es muy importante que vuelva usted al palacio, y que lleve en seguida el regalo que el Emperador me ha pedido como dote de la princesa Badrulbudur, á fin de que por mi diligencia y exactitud forme idea del celo ardiente y sincero que me anima por lograr tan alta alianza.

Accedió al punto la madre, y entonces abrió Aladino la puerta de la calle, é hizo desfilar sucesivamente á todos los esclavos, colocando detrás de cada esclavo blanco uno negro cargado con una fuente de oro sobre la cabeza; y luego cerró la puerta, quedándose muy satisfecho en su cuarto con la esperanza de que el Emperador, una vez en posesión del regalo que le había pedido, no vacilaría en admitirle por yerno.

La arrogante figura del primer esclavo blanco que había salido de casa de Aladino hizo detenerse llenos de asombro á todos los que lo vieron al pasar por allí; y antes que hubiesen acabado de salir los ochenta esclavos blancos y negros, estaba llena la calle de una inmensa muchedumbre, que acudió de todas partes por ver un espectáculo tan extraordinario. Eran tan lujosos los vestidos de los esclavos, así por la tela como por las piedras preciosas que les servían de adorno, que los más entendidos creyeron no engañarse haciendo subir el valor de cada uno á más de un millón de pesetas. La elegancia, el bien entendido adorno de los trajes, la gracia, la gallardía, la estatura uniforme y majestuosa de todos los esclavos, su paso grave á igual distancia uno de otro, así como el brillo de las piedras preciosas de gran tamaño engastadas alrededor de sus cinturones de oro en una hermosa simetría, y las insignias de piedras preciosas que llevaban en sus airosos birretes, que eran de una hechura muy elegante, causaron en aquella multitud de espectadores tanta admiración, que no podían cansarse de mirarlos, y les acompañaban con la vista lo más lejos que les era posible. Estaban las calles tan llenas de gente, que se veían precisados á permanecer en el sitio en que se hallaba cada uno.

Era preciso atravesar muchas calles para llegar al pala-

cio, y de aquí resultó que una gran parte de los habitantes de todos estados y condiciones fueron testigos del paso de aquella maravillosa comitiva. Cuando llegó el primero de los esclavos á la puerta del primer patio del palacio, los porteros, que se habían puesto en fila desde que habían visto que se aproximaba tan singular procesión, le tomaron por un rey, según iba de rica y magníficamente vestido, y se adelantaron para besarle la orla del manto; pero el esclavo, instruido por el genio, los detuvo, y les dijo con grave acento:

—Nosotros no somos más que esclavos; nuestro amo vendrá cuando sea tiempo.

Adelantóse el primer esclavo, seguido de todos los demás, hasta el segundo patio, que era muy anchuroso, y en el que los empleados de la casa imperial estaban colocados durante la sesión del Consejo. Los oficiales del Emperador ostentaban la mayor magnificencia; pero el asombroso lujo de los ochenta esclavos que llevaban el regalo de Aladino, y de que ellos mismos hacían parte, obscureció enteramente su pompa. Nada había comparable en todo el palacio; pues el esplendor de los señores de la corte era nada en comparación de lo que entonces veían.

Advertido el Emperador de la marcha y llegada de los esclavos, había dado sus órdenes para hacerlos entrar. Así es que desde que se presentaron hallaron libre la entrada del Consejo, y entraron en el mejor orden, unos por la derecha y otros por la izquierda. Cuando hubieron entrado todos y formado un gran semicírculo ante el trono del Emperador, dejó cada uno de los esclavos negros sobre la alfombra la bandeja que llevaba, y se prosternaron todos á la vez, tocando la alfombra con la frente, haciendo lo mismo los esclavos blancos. Después se levantaron todos, y al irlo á hacer los negros, descubrieron con destreza las bandejas que tenían delante, y quedaron todos de pie, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Entonces la madre de Aladino, que se había adelantado hasta el pie del trono, dijo al Emperador, después de haberse prosternado:

—Señor, mi hijo, Aladino, no duda que este presente que envía á V. M. es muy inferior á lo que merece la princesa Badrulbudur; espera, sin embargo, que será bien acogido por V. M., y que tendrá á bien hacérselo aceptar á la Princesa, y lo espera con tanta más confianza, cuanto que no ha vacilado en cumplir la condición que se le ha impuesto.

El Emperador estaba tan absorto, que sólo con un signo afirmativo pudo responder á la madre de Aladino. La primera ojeada que dirigió á las cuarenta bandejas de oro, llenas de joyas más brillantes, más resplandecientes y más preciosas que todas las que hasta entonces había visto, y aquellos ochenta esclavos que parecían otros tantos reyes, tanto por su arrogante figura como por la sorprendente riqueza y magnificencia de sus trajes, le había asombrado de tal manera, que no podía volver en sí de su admiración. No sabiendo qué responder, se dirigió al primer ministro, que tampoco podía comprender de dónde habria salido tan incalculable riqueza.

—¿Qué piensas—le dijo—de quien, sea quien fuere, me envía un regalo tan espléndido, y á quien ni tú ni yo conocemos? ¿Lo consideras indigno de casarse con la princesa Badrulbudur, mi hija?

Por más despecho y sentimiento que causase al ministro el ver que un desconocido iba á conseguir el ser yerno del Emperador con preferencia á su hijo, no se atrevió, sin embargo, á disfrazar su pensamiento.

—Señor—dijo — lejos de creer que el que hace á V. M. un regalo tan digno de su excelsa persona sea indigno del honor que V. M. quiere tributarle, me atrevería á decir que merecía más, si no estuviese persuadido de que no hay en el mundo tesoro bastante rico para poderse comparar con la posesión de la Princesa.

Los señores de la corte que asistían al Consejo manifestaron desde luego que sus opiniones eran las mismas que las del ministro.

El Emperador no vaciló ya, y ni aun trató de informarse si Aladino tenía las demás cualidades necesarias para poder aspirar á ser su yerno. La sola contemplación de tan inmen-

sas riquezas, y la rapidez con que Aladino acababa de satisfacer su deseo, sin haber opuesto la menor dificultad á condiciones tan exorbitantes, le persuadieron fácilmente de que era un partido inmejorable. Así, para despedir á la madre de Aladino de modo que quedase satisfecha, le dijo:

—Señora, id á decir á vuestro hijo que lo espero para abrazarlo, y que cuanta más prisa se dé á venir á recibir de mi mano el don que le hago de la Princesa mi hija, más gusto me causará, pues tengo impaciencia por conocerle.

Apenas se retiró la madre de Aladino con el gozo que puede suponerse al ver que llegaba su hijo á tanta elevación, dió fin el Emperador á la audiencia de aquel día; y al levantarse de su trono mandó que los eunucos que tenía dedicados al servicio de la Princesa fuesen á tomar las fuentes para llevarlas al cuarto de su ama, á donde se fué él mismo para examinarlas otra vez en su compañía; y esta orden fué ejecutada, no sin dificultad, por los cuidados del jefe de los eunucos, pues éstos apenas podían mover las bandejas.

No olvidó el Emperador á los cuarenta esclavos blancos y negros: les hizo entrar en el interior del palacio, y poco después mandó que se les hiciese pasar por delante de su habitación, á fin de que la Princesa pudiese verlos por entre las celosías, como lo hizo, convenciéndose de que, en vez de haber exagerado su padre en la relación que le había hecho, había quedado muy atrás de la realidad.

Mientras tanto llegó á su casa la madre de Aladino, con tal aspecto de júbilo, que manifestaba la fausta nueva que llevaba á su hijo.

—Hijo mío—le dijo—ya tienes motivos para estar orgulloso y contento; vas á llegar al colmo de tus deseos contra lo que yo temía, y no hay que decir que me siento feliz por haberme engañado. El Emperador, con toda la efusión de su alma, ha declarado que eres digno de poseer á la princesa Badrulbudur, y te está esperando para abrazarte y concertar tu matrimonio. Debes, por tanto, pensar en los preparativos para esta entrevista, á fin de que corresponda á la alta idea que el Soberano tiene de tu per-

sona; pero habiendo yo presenciado las maravillas que sabes hacer, estoy persuadida de que nada echarás en olvido. El Emperador te espera impaciente; así, no pierdas un momento en ir á palacio.

Lleno de júbilo el joven al oír á su madre, y enteramente poseído del recuerdo de la Princesa, se retiró á su cuarto. Allí, después de haber cogido la lámpara que le había servido tan bien hasta entonces en todas sus necesidades y deseos, no bien la hubo estregado, cuando el genio se presentó sin hacerse esperar.

—Genio—le dijo Aladino—te he llamado para que me dispongas un baño inmediatamente, y cuando lo haya tomado, deseo que tengas dispuesto para mí un traje, el más rico y magnífico que haya llevado jamás monarca alguno.

Apenas terminó estas palabras, cuando el genio, haciéndolo invisible, como él lo era, lo tomó y transportó á un suntuoso baño de mármol muy fino y de diferentes colores, los más hermosos y variados. Sin que pudiera ver quién lo servía, sintió que lo desnudaban en un salón espacioso y amueblado con esplendidez. Desde el salón lo hicieron entrar en el baño, cuya agua estaba en un grado muy templado de calor, y allí lo estregaron y lavaron con muchas clases de aguas perfumadas. Habiendo pasado por todos los grados de calor, para que su limpieza fuese completa, salió del baño, y al mirarse en los espejos apenas se reconocía; las aguas con que le habían frotado tenían la virtud de hermohear, y sintió su tez fresca, blanca y sonrosada, y su cuerpo mucho más ligero y ágil.

Al volver al salón ya no encontró las ropas que había dejado en él, pues el genio había tenido cuidado de poner en su lugar el traje que le había pedido, y quedó admirado de su magnificencia. Se vistió con ayuda del genio, admirando cada prenda á medida que se la iba poniendo, pues aquel lujo era superior á cuanto hubiera podido imaginarse. Apenas estuvo vestido lo trasladó el genio á su casa, al mismo aposento de donde lo había sacado. Entonces le preguntó si tenía alguna otra cosa que mandarle.

—Sí—respondió Aladino;—deseo que me traigas en se-

guida un caballo que sobrepuje en hermosura y bondad al mejor que pueda hallarse en las caballerizas del Emperador, y que gualdrapa, silla, brida y arreos sean un verdadero tesoro. Deseo también que al mismo tiempo hagas venir veinte esclavos, vestidos tan ricamente y con tanta gallardía como los que han llevado el regalo, para que me sirvan de comitiva, y otros veinte semejantes para que vayan delante de mí en dos filas. Haz venir también seis esclavas, vestidas tan ricamente por lo menos como las de la princesa Badrulbudur, para que sirvan á mi madre, y que traiga cada una un traje tan magnífico como si fuesen destinadas á la Emperatriz. También quiero diez mil monedas de oro en diez bolsas. Esto es cuanto tengo que mandarte; vete y vuelve en seguida.

Apenas Aladino hubo acabado de dar sus órdenes al genio, éste desapareció, y á los pocos momentos se dejó ver con el caballo, los cuarenta esclavos, diez de los cuales traían cada uno una bolsa con mil monedas de oro, y seis esclavas, cada una de las cuales llevaba sobre la cabeza un vestido diferente para la madre de Aladino, envuelto en una tela de plata.

De las diez bolsas, Aladino tomó cuatro, que dió á su madre para que se sirviese de ellas, dejando otras seis en manos de los esclavos, con orden de que las guardasen y fuesen echando al pueblo sus monedas á puñados al pasar por las calles, en la marcha que iban á hacer para ir al palacio imperial. Les mandó también que fuesen delante de él con los demás, tres á la derecha y tres á la izquierda. Por último, presentó á su madre las seis esclavas, diciéndole que eran suyas y que podía servirse de ellas, y que los trajes que traían eran para su uso.

Ultimados por el joven todos estos detalles, indicó al genio que ya podía irse, que estaba muy contento de él, y le llamaría cuando tuviese necesidad de su servicio. En seguida trató de corresponder lo más pronto posible al deseo que había manifestado el Emperador de verle. Mandó á palacio uno de los cuarenta esclavos, no el de mejor presencia, porque todos lo eran igualmente, con or-



Entonces Aladino montó á caballo.

M

den de dirigirse al jefe de los ujieres y preguntarle cuándo podría tener el honor de ir á postrarse á los pies del Monarca. Poco tardó el esclavo en desempeñar su mensaje, y volvió con la respuesta de que el Emperador le esperaba con impaciencia.

Entonces Aladino montó á caballo y se puso en marcha en el orden que queda indicado. Aunque jamás había montado á caballo, lo hizo con tanta gracia y gallardía como el jinete más *experimentado*. Las calles por donde pasó se llenaron de innumerable gentío, que hacía resonar el aire con aclamaciones, gritos de admiración y bendiciones, principalmente cada vez que los seis esclavos que llevaban las bolsas hacían volar puñados de monedas de oro por los aires. Estas aclamaciones no procedían sólo de los que se empujaban por bajarse á recoger las monedas de oro, sino también de aquellas personas de condición superior al pueblo, que no podían menos de admirar públicamente la liberalidad de Aladino.

No sólo no le reconocían sus antiguos conocidos, sino que costaba mucho trabajo reconocer sus facciones á los que hacía muy pocas horas que lo vieran. ¡Hasta tal punto se le había cambiado el rostro! Provenía esto de que la lámpara tenía la propiedad de procurar poco á poco, á los que la poseían, las perfecciones adecuadas al estado á que llegaban, por el buen uso que hacían de ella. Los inteligentes admiraron mucho el caballo, cuya hermosura supieron distinguir, sin deslumbrarse por la riqueza y brillantez de las piedras preciosas de que estaba cubierto. Como había corrido la noticia de que el Emperador le daba en matrimonio la princesa Badrulbudur, nadie miró con malos ojos su fortuna y elevación, pareciéndoles muy acreedor á ellas tan gallardo mancebo.

Aladino llegó al palacio, en donde todo estaba preparado para recibirle dignamente, y al acercarse á la segunda puerta quiso echar pie á tierra para conformarse con la costumbre observada por el primer ministro, por los generales de los ejércitos y por los gobernadores de provincias; pero el jefe de los ujieres, que le estaba esperando por or-

den del Emperador, se lo impidió y le acompañó hasta cerca de la sala del Consejo, en donde le ayudó á bajar, por más que Aladino no quiso permitirlo, pero no le fué dable evitarlo. Mientras tanto, los ujieres se habían formado en dos filas á la entrada de la sala; su jefe se puso á la izquierda de Aladino, y después de haberle hecho pasar por eu medio, le acompañó hasta el trono del Emperador.

Asombrado quedó el Emperador al ver á Aladino vestido más rica y magníficamente que lo había estado él mismo nunca, no menos que al observar su buena figura, su estatura gallarda y su aire de grandeza, muy distante del estado humilde en que se le había presentado su madre. Su agradable sorpresa, sin embargo, no le impidió levantarse y bajar dos ó tres gradas de su trono con bastante prontitud para salir al encuentro del joven é impedirle que se echase á sus pies, y para abrazarle con demostraciones afectuosas. Después de este acto de cortesía, quiso aun Aladino echarse á los pies del Emperador; mas éste le tomó la mano y le hizo subir y sentarse entre él y el primer ministro.

Entonces Aladino tomó la palabra y dijo:

—Señor, recibo con agradecimiento los honores que V. M. me dispensa; pero no he olvidado la modestia de mi nacimiento; conozco la grandeza de su poder, y no ignoro cuán inferiores son mis merecimientos al esplendor y brillo de la suprema jerarquía á que V. M. se halla elevado. Si he podido merecer una acogida tan favorable, no lo debo más que al atrevimiento, debido á una pura casualidad, de levantar mis ojos, mis pensamientos y mis deseos, hasta la hermosísima Princesa, que es el objeto de mis ansias. Pido perdón á V. M. de mi temeridad; pero no puedo disimular que moriría de pesar si perdiese la esperanza de ver realizado mi hermoso sueño.

—Hijo mío—respondió el Emperador, abrazándole de nuevo—me harías una ofensa si dudases un solo momento de la sinceridad de mi palabra. Estimo ya demasiado tu vida para no conservártela, ofreciéndote el remedio que está en mi mano el darte. Prefiero el placer de verte á mi

lado á todos mis tesoros juntos con los que tú puedas tener.

Dichas estas palabras, hizo el Monarca una señal, y al punto se oyó resonar una agradable orquesta, y al mismo tiempo condujo el Emperador á Aladino á un suntuoso salón, en que se les sirvió un magnífico banquete. El Emperador comió sólo con Aladino, acompañándolos durante la comida el primer ministro y los altos dignatarios de la corte, cada uno según su dignidad y jerarquía. El Monarca, que, encantado de la hermosa presencia de Aladino, no apartaba de él los ojos, hizo recaer la conversación sobre muchos objetos diferentes, y en todos ellos habló el joven con tanta discreción y sabiduría, que acabó de confirmar al Emperador en el brillante concepto que había formado de él desde que le vió.

Terminada la comida, hizo llamar el Emperador al notario de la corte, y le mandó extender y poner en limpio inmediatamente el contrato matrimonial de la princesa Badrulbudur, su hija, y Aladino. Mientras tanto, conversó con el joven acerca de muchas cosas indiferentes, en presencia del primer ministro y de los señores de la corte, que no pudieron menos de admirar la solidez de su juicio, la gran facilidad que tenía para expresarse y los pensamientos discretos y delicados con que adornaba sus discursos.

Una vez extendido el contrato, con todas las formalidades necesarias, preguntó el Emperador á Aladino si quería permanecer en el palacio para ultimar en el mismo día las ceremonias del casamiento.

—Señor—respondió Aladino—aunque es vivísimo mi anhelo por gozar completamente de las bondades de Vuestra Majestad, le suplico tenga á bien permitir que difiera la ceremonia hasta que haya hecho construir un palacio para recibir en él á la Princesa, como corresponde á su mérito y dignidad. Para ello suplico á V. M. me conceda un sitio conveniente junto á este palacio, á fin de que pueda estar más en disposición de acudir á su lado: nada omitiré para que todo termine con la mayor prontitud posible.

—Hijo mío—dijo el Emperador—toma todo el terreno

que creas necesario: hay mucho delante de mi palacio, y yo mismo había ya pensado en edificar algunas casas; pero no olvides que deseo vivamente verte unido cuanto antes con mi hija, para que mi júbilo sea completo.

Dicho esto abrazó otra vez á Aladino, quien se despidió de él con la misma distinción y cortesanía que si se hubiera educado y hubiera vivido siempre en la corte imperial.

Aladino montó á caballo y volvió á su casa por las mismas calles y con el mismo séquito que había ido, teniendo que atravesar la misma multitud, recibiendo las aclamaciones del pueblo, que le deseaba toda clase de dichas y prosperidades. Al llegar á su casa se apeó, entró en su cuarto, tomó la lámpara, y llamó al genio. Presentóse éste sin hacerse esperar y le ofreció sus servicios.

—Genio—le dijo—tengo motivos para alabarte por tu rapidez y exactitud en realizar cuanto he exigido de ti hasta el presente, en nombre de la lámpara, tu señora. Ahora se trata de que, en obsequio á ella, muestres más celo y diligencia, si es posible, del que has empleado hasta ahora. Deseo, pues, que en el menor tiempo posible me hagas construir un palacio espléndido, para recibir en él á la princesa Badrubudur, mi esposa, frente al del Emperador y á una distancia proporcionada. Quedan á tu elección los materiales, es decir, el pórfido, jaspe, ágata, lapizlázuli y el mármol más fino y de los más bellos y elegantes colores, y todo lo demás del edificio; pero deseo que en lo más elevado del palacio, bajo la cúpula, que ha de ser soberbia, hagas construir un salón en forma de media naranja, con cuatro fuentes iguales, cuyas basas sean de oro y plata macizos, puestas alternativamente, y con veinticuatro ventanas, seis á cada lado. Las celosías de las ventanas han de estar adornadas con arte y simetría de diamantes, rubies y esmeraldas, con tal profusión, que no se haya visto cosa parecida en el mundo. Deseo también que este palacio tenga un antepatio, un patio y un jardín, lleno de las más hermosas flores, y que en un sitio retirado, que tú me indicarás, exista un abundante tesoro de piedras preciosas y de

oro acuñado. Deseo asimismo tener en la casa cocinas, despensas, almacenes, guardamuebles, y que los haya preciosos y para todas las épocas del año y proporcionados á la magnificencia del palacio; cuabras con los más hermosos y arrogantes caballos, con sus escuderos y palafreneros, y á más toda suerte de pertrechos de caza. No olvides colocar también cocineros y reposteros, así como las esclavas necesarias para el servicio de la Princesa. Suple todo lo que omito; vete, y vuelve cuando esté terminada esa tarea.

Cuando Aladino encargó al genio la construcción del palacio que había imaginado estaba poniéndose el sol. Al amanecer del siguiente día, apenas se había levantado Aladino, á quien el amor de la Princesa apenas dejaba conciliar el sueño, se le presentó el genio y le dijo:

—Señor, ya está acabado vuestro palacio; venid á ver si os agrada.

Apenas hubo manifestado Aladino que iba á hacerlo así, cuando el genio lo trasportó á aquel mágico edificio, que le pareció tan superior á sus esperanzas, que no se podía cansar de admirarlo. Lo fué llevando el genio á todos los departamentos, y por todas partes no encontró sino riquezas, comodidades y magnificencia, hallando por do quiera dependientes y esclavos, vestidos todos con lujo, según su clase y con arreglo á los servicios á que eran destinados. Hizole ver el tesoro, cuya puerta abrió el tesorero, y Aladino vió allí inmensos montones de bolsas de diferentes tamaños, según las sumas que contenían, elevadas hasta las bóvedas, y de tal modo arregladas, que su aspecto alegraba la vista. Al salir le garantizó el genio la fidelidad del guardián del tesoro. En seguida lo llevó á las caballerizas y le hizo admirar los más hermosos caballos del mundo, con gran número de palafreneros, ocupados en limpiarlos; por último, le hizo pasar á los almacenes, que estaban colmados de todas las provisiones necesarias, tanto para el alimento de los caballos como para su adorno.

Una vez que Aladino hubo examinado rápidamente todo el palacio, habitación por habitación, pieza por pieza, desde

lo alto hasta lo bajo, y principalmente el salón de las veinticuatro ventanas, que era el colmo en riquezas y magnificencia, y pudo observar que las comodidades y los refinamientos del lujo eran muy superiores á lo que él podía soñar, dijo á su acompañante:

—Genio, nadie puede estar más satisfecho de lo que yo lo estoy contigo, y sería muy ingrato si me quejara. Sólo una cosa falta, que no me había ocurrido, y es que desde la puerta del palacio imperial hasta la de la habitación que destino aquí para la Princesa, debe haber extendida una alfombra del más hermoso terciopelo del mundo para que pise sobre ella al venir del palacio de su padre.

—Ahora mismo la pondré—dijo el genio.

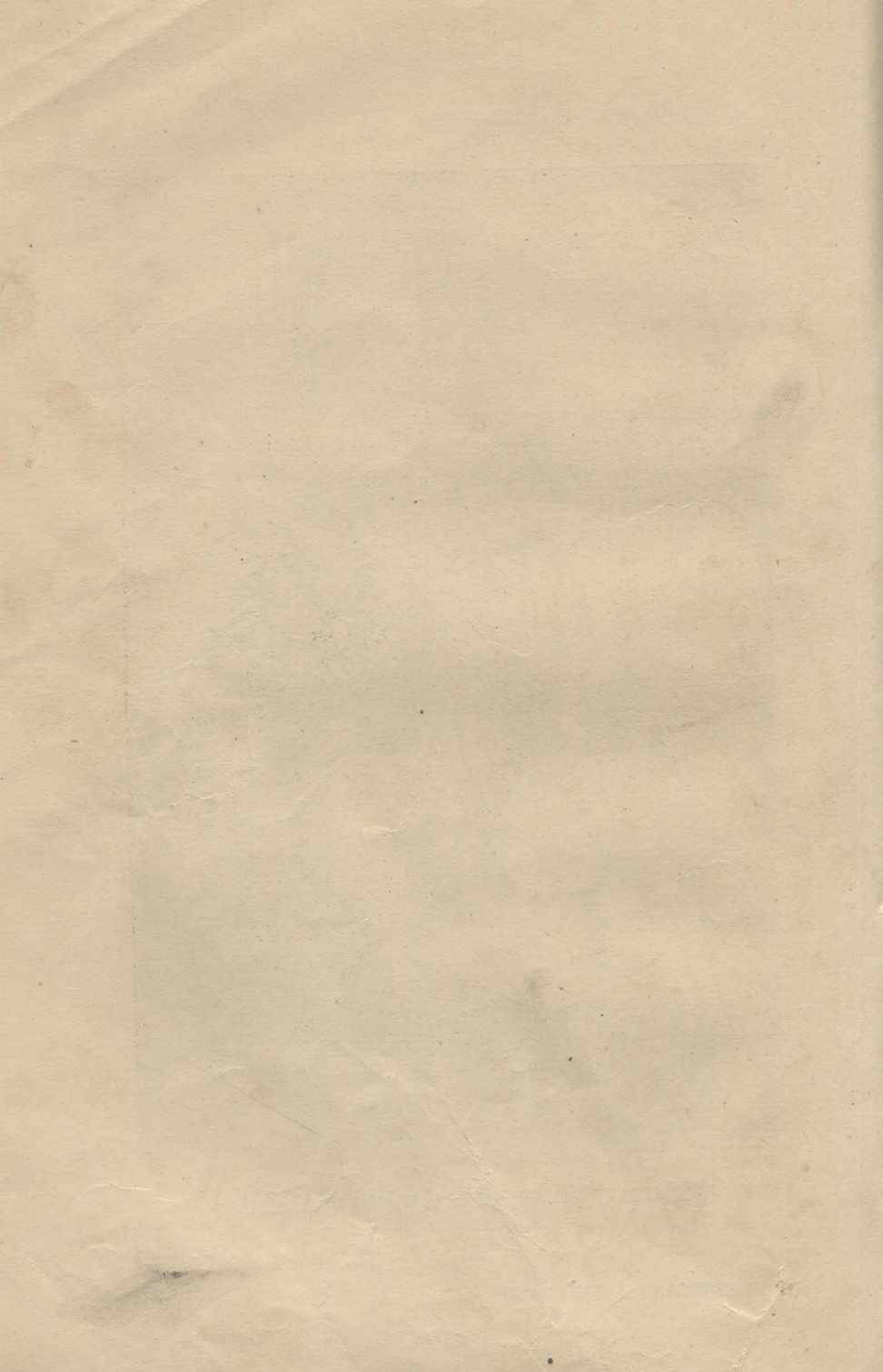
Y apenas había salido, cuando Aladino vió realizado lo que deseaba. Presentóse otra vez el genio y trasportó á Aladino á su casa, al tiempo que abrían las puertas del palacio del Emperador.

Grande fué la sorpresa de los criados del palacio que acababan de abrir la puerta, y que siempre habían visto un gran solar por el lado donde se elevaba entonces el palacio de Aladino, al tropezar con aquel maravilloso edificio y al ver una alfombra de terciopelo que se extendía desde allí hasta la puerta del palacio del Emperador. Al principio no comprendían lo que aquello era; pero llegó al colmo su estupor cuando vieron con claridad el magnífico palacio de Aladino. En pocos instantes se esparció por todo el palacio la noticia de tan extraña maravilla; y el primer ministro, que había llegado casi al mismo tiempo de abrirse la puerta del palacio, quedó tan atónito como los demás ante aquella novedad, de que fué inmediatamente á dar noticia al Emperador, creyendo que era cosa de hechicería.

—Ministro—contestó el Emperador—¿por qué pretendes que esto sea debido á la magia? Sabes muy bien que este es el palacio que Aladino ha hecho edificar con el permiso que le he dado en tu presencia, para recibir en él á la Princesa mi hija. Según la muestra que de sus riquezas nos ha dado. ¿podremos sorprendernos de que haya hecho construir ese palacio en tan pocas horas? Ha querido sin duda



Sabes muy bien que ese es el palacio de Aladino.



hacernos ver que con dinero abundante se pueden hacer prodigios. Confiesa que la hechicería de que has querido hablar procede de un poco de despecho.

El ministro inclinó la cabeza y no contestó.

Habiendo vuelto Aladino á su casa, vió que su madre se había levantado y empezado ya á vestirse con uno de los trajes que le había regalado. Poco después, cercana ya la hora en que el Emperador acostumbraba ir al Consejo, dispuso Aladino que su madre marchase al real palacio con las mismas esclavas que para su servicio la dió el genio, y la rogó que si veía al Soberano le indicase que iba para tener el honor de acompañar á la Princesa á la noche, cuando estuviese en disposición de pasar á su palacio. Marchó su madre; pero aunque tanto ella como las esclavas de su cortejo iban vestidas como si fuesen reinas, no se agolpó tanto la multitud á verlas pasar, porque iban con velo y llevaban elegantes mantos, que cubrían la riqueza y magnificencia de sus trajes. En cuanto á Aladino, montó á caballo; y después de haber salido de la casa en que nació para no volver á ella, y de haber guardado cuidadosamente la lámpara maravillosa, que le había servido para llegar al colmo de la dicha, dirigióse públicamente á su palacio con la misma pompa con que había ido á presentarse al Emperador el día antes.

Al observar los porteros de palacio que se acercaba la madre de Aladino, se lo indicaron al Emperador, y habiéndose comunicado al punto las órdenes á las diferentes orquestas que estaban situadas en diferentes sitios de las azoteas de palacio, en un momento se oyeron sonatas y conciertos, que fueron señal de júbilo en toda la ciudad. Los comerciantes empezaron á adornar sus tiendas con hermosos tapices, cojines, flores y ramaje, y á preparar vistosas iluminaciones para la noche. Los obreros dejaron su trabajo, y el pueblo se aglomeró en la gran plaza que mediaba entre el palacio de Aladino y el del Emperador.

Observaron todos con asombro que este palacio no podía sostener comparación con el de Aladino; pero lo que más les admiraba era el hecho de ver un edificio tan magnífico

en un sitio en que el día antes no había materiales, ni cimientos preparados para la construcción.

La madre de Aladino fué recibida con gran ceremonia en palacio, é introducida por el jefe de los eunucos en las habitaciones de la Princesa. En cuanto la vió la Princesa fué á abrazarla y la hizo sentar en su sofá; y mientras que sus doncellas la acababan de vestir y adornar con las más preciosas joyas que le había regalado Aladino, la obsequió con un magnífico almuerzo. El Emperador, que había venido por estar junto á su hija el más tiempo posible, antes que se separase de él para ir al palacio de Aladino la trató también con mucho cariño. La madre de Aladino había hablado al Emperador en público; pero jamás la había visto éste sin velo, como estaba entonces; y aunque tenía una edad algo avanzada, se observaban en ella aún algunos rasgos que daban á conocer que había sido hermosa en su juventud. El Emperador, que hasta entonces la había visto vestida con mucha sencillez, estaba admirado de verla tan suntuosamente vestida como la Princesa su hija, lo que le hizo pensar que Aladino era igualmente discreto y entendido en todo.

Llegada la noche, la Princesa se despidió de sus padres. La despedida fué tierna y acompañada de lágrimas; se abrazaron muchas veces, y al fin salió la Princesa de su aposento y se puso en marcha llevando á la madre de Aladino á su izquierda y seguida de cien esclavas vestidas con singular lujo. Todas las cuadrillas de músicos, que habían estado tocando incesantemente desde la llegada de la madre de Aladino, se habían reunido y abrían la marcha; iban en seguida cien escuderos é igual número de esclavos negros en dos filas, con sus jefes á la cabeza. Cuatrocientos pajes marchaban á los lados, llevando cada uno un hachón en la mano, de modo que esta iluminación, unida á la de los dos palacios, hacía que no se echase de menos la falta del sol.

De este modo y con tal comitiva marchó la Princesa sobre la alfombra extendida desde el palacio imperial hasta el de Aladino, y á medida que se iba adelantando, las or-

questas, que iban á la cabeza, mezclaban sus acordes con las que habia dispuestas sobre el terrado del palacio de Aladino, formando un concierto que, por extraordinario y confuso que pareciese, aumentaba el júbilo, no sólo en la plaza llena de gentío, sino también en los dos palacios y en toda la ciudad y sus alrededores.

Llegó la Princesa á su nuevo palacio, y Aladino acudió con todo el placer imaginable á recibirla á la entrada de la habitación que le habia destinado. La madre de Aladino habia tenido cuidado de hacer conocer á su hijo á la Princesa, en medio de los oficiales que lo rodeaban; y cuando lo vió la Princesa le pareció tan arrogante y agraciado, que quedó prendada de él.

—Adorable Princesa—le dijo Aladino al llegar á su presencia, y saludándola con mucho respeto;—si tuviese la desgracia de haberos desagradado por mi temeridad en aspirar á la posesión de tan amable Princesa, hija de mi Emperador, me atrevo á deciros que, más bien que á mí, deberíais culpar á vuestros hermosos ojos y á vuestros irresistibles encantos.

—Príncipe, á quien ya puedo desde ahora llamar así—respondió la joven—obedezco la voluntad del Emperador mi padre, y me basta haberos visto para deciros que le obedezco con verdadera satisfacción.

Embelesado Aladino al escuchar una respuesta tan discreta y tan satisfactoria para él, no dejó que la Princesa siguiera en pie después del camino que acababa de andar, á que no estaba acostumbrada; le tomó la mano, que besó respetuosamente, aunque con pasión, y la condujo á una hermosa sala iluminada con multitud de bujías, en la que por los cuidados del genio se encontró la mesa servida con un banquete espléndido. Los platos eran de oro macizo, y contenían los manjares más delicados. Los vasos, las fuentes y copas eran también de oro macizo y de un trabajo primoroso. Los demás adornos del salón correspondían perfectamente á tan grande opulencia. Asombrada la Princesa de ver tantas preciosidades reunidas en un mismo sitio, dijo á Aladino:



—Príncipe, creía que no podía hallarse en el mundo nada tan hermoso como el palacio de mi padre; pero al ver este salón conozco que me había engañado.

—Hermosa Princesa—respondió Aladino, haciéndola poner á la mesa en el sitio que le estaba destinado—agradezco como debo vuestra atención, pero vos os merecéis mucho más todavía.

Colocáronse á la mesa la princesa Badrulbudur, Aladino y su madre; y al punto comenzó un coro de armoniosos instrumentos, acompañados de dulces voces de mujeres muy bellas, que duró hasta el fin del banquete, quedando tan halagada la Princesa, que declaró que jamás había oído cosa semejante en el palacio de sus padres. Ignoraba que los cantantes eran hadas elegidas por el genio esclavo de la lámpara.

Terminada la cena y cuando alzaron la mesa, entraron cuadrillas de bailarines y bailarinas. Bailaron muchas especies de danzas figuradas, según las costumbres del país, y terminaron por una pareja que bailó con una singular agilidad, ostentando, tanto el bailarín como la bailarina, toda la gracia y destreza imaginables. Era cerca de media noche cuando, según costumbre en la China, se levantó Aladino y presentó la mano á la princesa Badrulbudur para bailar juntos y terminar así las ceremonias de las bodas, lo que hicieron con tanta gracia, que dejaron admirados á los concurrentes. Al terminar retuvo la mano de su esposa, y pasaron juntos á la habitación en que estaba preparado el lecho nupcial.

Las doncellas de la Princesa ayudaron á desnudarla, y la pusieron en la cama; hicieron otro tanto con Aladino sus ayudas de cámara, y todos se retiraron, terminando de este modo las ceremonias y regocijos de las bodas de Aladino y de la princesa Badrulbudur.

Al siguiente día, cuando se despertó Aladino, se presentaron sus ayudas de cámara para vestirle, y le pusieron un traje distinto del que llevaba el día de la boda, pero no menos rico y elegante. Hizo después que le llevasen uno de los caballos destinados á su persona; montó en él y se

fué al palacio del Emperador, en medio de una numerosa turba de esclavos, que caminaban delante, á sus costados y detrás. Recibiólo su suegro con los mismos honores que la primera vez, lo abrazó, y después de haberle hecho sentarse junto á él en su trono, mandó que sacasen de almorzar.

—Señor—le dijo Aladino—ruego á V. M. me dispense hoy de este honor, pues yo vengo á suplicarle me haga el de venir á tomar el desayuno al palacio de la Princesa, con su primer ministro y los señores de su corte.

El Emperador aceptó desde luego, se levantó, y como había poca distancia, quiso ir á pie. Salió, llevando á Aladino á su derecha, al ministro á la izquierda, á los señores de la corte detrás, y precedido por los escuderos y principales empleados del palacio.

Cuanto más se aproximaba el Emperador al palacio de Aladino, más admirado estaba de su belleza, y llegó al colmo su asombro cuando entró en él, no cesando sus aclamaciones de sorpresa á cada habitación que veía. Mas cuando llegaron al salón de las veinticuatro ventanas, á que Aladino le había invitado á subir, y vió sus adornos, y sobre todo cuando dirigió la vista á las persianas enriquecidas de diamantes, de rubíes y esmeraldas, piedras todas perfectas y de un tamaño enorme, y le hizo observar Aladino que era igual la riqueza por la parte exterior, fué tal su asombro, que quedó como inmóvil. Pasado que hubo algún tiempo:

—¿Es posible—dijo al ministro que estaba junto á él—que hubiese en mi reino y tan cerca de mi palacio, otro palacio tan magnífico, y que yo lo haya ignorado hasta ahora?

—Vuestra Majestad—respondió el ministro—debe recordar que anteayer concedió á Aladino, á quien acababa de reconocer por su yerno, el permiso para edificar un palacio frente al de V. M.; en el mismo día, al ponerse el sol, no había aún preparativo alguno en esta plaza, y ayer tuve el honor de anunciar, el primero á V. M., que el palacio estaba hecho y terminado.

—Lo recuerdo bien—contestó el Monarca;—pero jamás me hubiera imaginado que este palacio mereciera colocarse entre las maravillas del mundo. ¿Podría hallarse en todo el resto del universo un palacio construido con piedras sillares de oro y plata maciza, en lugar de piedra ó mármol, y cuyas ventanas tengan celosías sembradas de diamantes, rubíes y esmeraldas? ¡Jamás se ha visto en el mundo preciosidad semejante!

El Emperador quiso ver y admirar la hermosura de las veinticuatro celosías, y como al examinarlas sólo hallase veintitrés iguales en riqueza y adorno, le causó gran admiración el que una sola hubiese quedado imperfecta.

—Ministro—dijo á su acompañante—me admira mucho que un salón tan magnífico haya quedado imperfecto en este detalle.

—Señor—respondió el ministro—sin duda Aladino ha estado muy de prisa y le ha faltado el tiempo para hacer esta ventana semejante á las otras; pero debemos creer que tendrá las piedras necesarias, y que de un día á otro hará arreglar esa celosía como las demás.

Aladino, que había dejado por algunos momentos al Emperador á fin de dar órdenes para el almuerzo, se reunió otra vez con él en aquel intermedio.

—Hijo mío—le dijo el Emperador—sin duda este salón es de lo más admirable que hay en el mundo; pero me llama la atención una cosa, y es el ver que haya quedado imperfecta esta celosía. ¿Ha sido por olvido, por descuido, ó porque no han tenido tiempo los obreros de dar la última mano á tan soberbio trozo de arquitectura?

—Señor—contestó Aladino—por ninguna de estas razones ha quedado la celosía en el estado en que la está viendo V. M. La cosa se ha hecho de intento, y los obreros la han dejado así por orden mía: he querido reservar á V. M. la gloria de terminar este salón y el palacio al mismo tiempo. Suplico á V. M. se digne aceptar mi buen deseo, á fin de que pueda acordarme del favor y gracia que habré recibido de su afecto.

—Pues que lo has hecho con esa intención—repuso el

Emperador—te lo agradezco y voy en seguida á dar las órdenes oportunas.

En efecto, hizo llamar á los joyeros que tenían mayor número de piedras preciosas, y á los plateros más hábiles de la capital.

Aladino acompañó en seguida al Emperador al salón en que había obsequiado á la Princesa el día de su boda. La Princesa recibió al Emperador, su padre, con talante que le hizo conocer cuán feliz se sentía por su matrimonio. Presentáronse dos mesas provistas de los manjares más deliciosos y servidas en vajillas de oro; colocóse el Emperador en la primera, y comió con la Princesa, su hija, Aladino y el primer ministro. Todos los señores de la corte fueron obsequiados en la segunda mesa, que era muy larga. Halló el Emperador los manjares de tan exquisito gusto, que declaró que jamás había comido nada tan excelente, diciendo otro tanto del vino, que, en efecto, era muy delicioso. No le causaron menos asombro cuatro grandes aparadores llenos con profusión de frascos, bandejas, vasos y copas de oro macizo, adornado todo con piedras preciosas

Mucho le agradaron también los coros y las orquestas, que resonaban en el salón, mientras las sonatas de trompetas, acompañadas con timbales y tambores, se oían por la parte de afuera á una distancia proporcionada para producir todo el encanto posible.

Acababa el Emperador de levantarse de la mesa cuando le avisaron que habían llegado los joyeros y plateros llamados por su orden. Subió entonces al salón de las veinticuatro ventanas, mostrando á los joyeros y plateros, que lo habían seguido, la celosía que estaba por terminar.

—Os he llamado—les dijo—para que arregléis esta celosía y la pongáis en el estado que las otras; reconocedlas atentamente, y no perdáis tiempo en poner esta semejante á las demás.

Los joyeros y plateros examinaron las otras veintitrés celosías con mucho detenimiento, y después de haber consultado entre sí y haber convenido en lo que cada uno po

dia contribuir por su parte, fueron á presentarse al Emperador, y el joyero de palacio tomó en nombre de todos la palabra, diciéndole:

—Señor, estamos prontos á emplear todos nuestros cuidados y nuestra industria en servir á V. M.; pero entre todos juntos no tenemos piedras tan preciosas ni en bastante número para dar mano á semejante empresa.

—Yo tengo más piedras preciosas de las que pueden hacer falta—dijo el Emperador;—venid á mi palacio, yo os las presentaré y vosotros elegiréis entre ellas.

Cuando regresó el Emperador á su palacio, hizo que le presentasen todas sus piedras preciosas, y los joyeros tomaron de ellas una muy grande cantidad, fijándose principalmente en las que procedían de los regalos de Aladino; y habiéndolas empleado sin adelantar mucho en la obra, volvieron á por más en diferentes ocasiones, sin que al cabo de un mes hubiesen terminado aún la mitad de la obra. Emplearon todas las piedras preciosas del Emperador con todas las que el primer ministro le prestó de las suyas, y lo que pudieron hacer con todas fué acabar la mitad de la ventana.

Comprendiendo Aladino que el Emperador se esforzaba inútilmente en poner la celosía como estaban las otras, y que no podría quedar airoso en su propósito, llamó á los joyeros, y les mandó, no sólo cesar en el trabajo, sino deshacer todo lo que habían hecho, y llevar al Emperador todas sus piedras, con las que le había prestado el primer ministro.

En pocas horas fué destruída la obra, en que los joyeros y plateros habían empleado cerca de dos meses, después de lo cual se retiraron y dejaron á Aladino sólo en el salón. Sacó la lámpara que llevaba consigo, la estregó, y habiéndosele presentado el genio, le dijo:

—Genio, te mandé que dejases imperfecta una de las veinticuatro celosías de este salón, y tú ejecutaste mi orden; ahora te he hecho llamar para decirte que la termines como las demás.

Desapareció el genio, y Aladino bajó al salón; pero ha-

biendo vuelto á subir pocos momentos después, encontró la celosía como la deseaba, semejante en un todo á las otras veintitrés.

Mientras tanto habian ido al palacio imperial los joyeros y plateros, y habiendo sido introducidos y presentados al Emperador en su habitación, el primer joyero, presentándole las piedras que le llevaban, dijo al Emperador en nombre de todos:

—Señor, V. M. sabe cuánto tiempo hace que estábamos trabajando con el mayor esmero para acabar la obra que se había dignado encargarnos. Estaba ya muy avanzada, cuando Aladino nos ha obligado no solamente á cesar, sino también á deshacer todo lo que habíamos hecho, y á traerle á V. M. sus piedras preciosas y las del primer ministro.

El Emperador les preguntó si Aladino les había dicho el motivo; y como le respondiesen que nada les había manifestado, dió orden inmediatamente de que le preparasen su caballo. Se lo llevaron, montó y marchó sin otra comitiva que algunos criados, que lo acompañaron á pie. Al llegar al palacio de su yerno se apeó y subió la escalera que conducía al salón de las veinticuatro ventanas, sin hacer advertir á Aladino; pero éste, que lo había visto todo, bajó muy oportunamente y tuvo el tiempo preciso para recibir al Emperador en la puerta.

No dió tiempo el Emperador á Aladino de quejarse corréntemente de que no le hubiese hecho advertir de su llegada, y le dijo:

—Mi querido yerno; vengo á preguntaros qué razón tenéis para querer dejar sin concluir un salón tan magnífico y tan singular como el de vuestro palacio.

Disimuló Aladino el verdadero motivo, que consistía en que el Emperador no tenía bastantes piedras preciosas para hacer semejante gasto. Mas queriendo hacerle conocer cuánto sobrepujaba su palacio, tal como estaba, no sólo al imperial, sino á cualquiera otro del mundo, pues que no había podido acabarlo con todos sus tesoros en un detalle, le respondió:

—Señor, es cierto que V. M. ha visto este salón imper-

fecto; pero le ruego que vea ahora si tiene alguna imperfección.

Dirigióse el Emperador á la ventana, cuya celosía había visto sin concluir; y cuando vió que estaba como las otras, creyó estar soñando. Así es que examinó cuidadosamente no solamente las dos ventanas que estaban á sus lados, sino todas las demás una por una, y al convencerse de que la celosía en que había hecho emplear él tanto tiempo y había costado tantos días á los joyeros, se había acabado con tanta perfección en tan pocos instantes, abrazó á Aladino y le besó en la frente.

—Hijo mío—le dijo lleno de asombro—¿qué hombre sois, que podéis hacer cosas tan maravillosas en un abrir y cerrar de ojos? ¡No tenéis igual en el mundo: y cuanto más os conozco, más admirable me parece lo que hacéis!

Aladino acogió con modestia las alabanzas del Emperador, y le respondió:

—Señor, grande es mi dicha al ver que merezco la benevolencia y aprobación de V. M. Puedo asegurarle que nada omitiré por hacerme cada día más acreedor á su afecto.

El Emperador regresó á su palacio del mismo modo que había venido, sin permitir que Aladino, lo acompañase: y como al llegar viese al primer ministro, que lo estaba esperando, impresionado aún por el prodigio que acababa de presenciar, le contó lo ocurrido en términos que no permitieron dudar al ministro que hubiese sido la cosa como la oía; pero que le confirmaron en la creencia, que tenía ya, de que el palacio de Aladino era efecto de un encantamiento: creencia que había indicado al Emperador desde el momento que vió por vez primera el palacio. Quiso entonces insistir en lo mismo; pero interrumpiéndole el Emperador, le dijo:

—Ya me has dicho lo mismo otra vez; pero se conoce bien que no has olvidado aún la disolución del matrimonio de mi hija con tu hijo.

Comprendió el ministro que estaba prevenido en su contra el Monarca, y no queriendo entrar en discusiones con él, lo dejó en su opinión. Desde entonces, todas las maña-



Montó en un hermoso caballo berberisco.

activid.

él, lo dejó en su opinión. Desde entonces, ~~el~~ mana-

nas, apenas se levantaba el Emperador, acudía á su gabinete, desde donde se descubría todo el palacio de Aladino; y aun se asomaba muchas veces al día con el fin de contemplarlo y admirar tan airoso edificio.

No pasaba Aladino el tiempo encerrado en su palacio; tenía cuidado de hacerse ver por la ciudad más de una vez por semana, ya dirigiéndose á hacer oración tan pronto á un templo como á otro; ya visitando alguna que otra vez al primer ministro, quien por su parte cuidaba de ir á hacerle la corte con frecuencia; ya, por fin, dispensando el honor de ir á ver á sus casas á los principales señores, á quienes obsequiaba á menudo en su palacio. En todas sus excursiones hacía que dos de los esclavos que iban en su comitiva arrojasen monedas de oro á puñados por las calles y plazas por donde pasaba, y á donde las gentes concurrían siempre de tropel.

Además, no se presentaba un pobre en la puerta de su palacio que no se volviese contento de su liberalidad.

Como Aladino tenía distribuido su tiempo de modo que no había semana que no fuese á cazar á lo menos una vez, ya á los alrededores de la ciudad, ya más lejos, ejercitaba su generosidad por los caminos y los pueblos. Esta inclinación benéfica le granjeaba mil bendiciones por parte del pueblo, de modo que se había hecho costumbre de no jurar sino por su nombre. Por último, sin causar recelo alguno al Emperador, á quien hacía ordinariamente la corte, puede afirmarse que Aladino se había atraído con sus modales afables y su nobleza, todo el afecto del pueblo, y que, generalmente hablando, era más querido que el mismo Emperador. A todas estas cualidades supo añadir gran valor y celo por el bien del Estado, y dió muestras de sus condiciones excepcionales con motivo de una sublevación que estalló en los confines del Imperio. Apenas supo que levantaba el Monarca un ejército para combatirla, le suplicó le concediese el mando, que obtuvo en seguida. En cuanto se vió á la cabeza del ejército, le hizo marchar contra los sublevados; y se condujo en toda esta expedición con actividad.

de que los rebeldes habían sido deshechos, castigados y avasallados. Esta campaña, que hizo su nombre glorioso en toda la extensión del Imperio, no hizo desaparecer su modestia. Volvió vencedor, pero tan afable y sencillo como había sido siempre.

Más de diez años hacía que Aladino vivía en el colmo de la ventura, cuando el mago que le había proporcionado, sin saberlo, el medio de elevarse á tan excelsa posición, se acordó de él en Africa, á donde había vuelto. Aunque estaba persuadido hasta entonces de que Aladino había muerto de hambre y sed en la cueva en que lo había dejado, se le ocurrió un día averiguar con precisión cuál había sido su fin. Como era muy sabio en hechicería, sacó de un armario un cuadrado en forma de caja cubierta, de que se servía para hacer sus experimentos de geomancia. Reclinóse en un sofá, puso ante sí el cuadrado, lo descubrió, y después de haber preparado ó igualado la arena, con la intención de saber si Aladino había muerto en el subterráneo, tiró sus líneas y formó el horóscopo. Al estudiarlo para tomar su juicio, en lugar de conformarse en su creencia de que Aladino había muerto en la cueva, descubrió que había salido de ella, y que vivía en el mayor esplendor, poderoso, rico, feliz, casado con una princesa, y honrado y respetado por todos.

Apenas hubo sabido el Mago africano por las reglas de su arte diabólico que se hallaba Aladino en tan envidiable posición, cuando se le encendió el rostro de cólera, y en el acceso de su rabia dijo para sí:

—¡Cómo! ¡Ese miserable hijo de sastre ha descubierto el secreto y la virtud de la lámpara! ¡Yo tenía por cierta su muerte, y en lugar de eso, está gozando del fruto de mis trabajos y de mis desvelos! ¡No consentiré que lo disfrute por mucho tiempo; ó la lámpara será mía ó morirá!

El Mago tomó pronto su partido. Al día siguiente montó en un hermoso caballo berberisco que tenía en su cuadra, y se puso en camino. De ciudad en ciudad y de provincia en provincia, sin detenerse sino lo absolutamente indis-

China,



Le presentaron una taza de esa bebida.

y después á la capital del Emperador, con cuya hija estaba casado Aladino. Alojóse en una hospedería ó posada pública, alquiló un cuarto, y estuvo allí el resto del día y la noche siguiente para reponerse de la fatiga de aquel large viaje. Al día siguiente lo primero que hizo el Mágico africano fué enterarse de lo que se decía de Aladino. Paseándose por la ciudad entró en el casino más frecuentado por las personas de mayor distinción que se reunían allí á tomar té, bebida de que los chinos hacen prodigioso consumo. Apenas se había sentado, cuando le presentaron una taza de esa bebida, y mientras la tomaba, como prestaba atención á derecha é izquierda, oyó que hablaban acerca del palacio de Aladino. En cuanto acabó se acercó á uno de los que tenían parte en la conversación, y cuando le pareció ocasión oportuna le preguntó qué palacio era aquel de que contaban tantas maravillas.

—Es preciso que no conozca usted este país, para hacer tal pregunta—dijo su interlocutor;—pues no hay en la China quien no conozca el palacio del Príncipe.

No se llamaba de otro modo á Aladino desde su matrimonio con la princesa Badrulbudur.

—No sólo es ese palacio una de las maravillas del mundo, sino que es la mejor que hay en él—prosiguió el interpelado.—¡Jamás se ha visto nada tan suntuoso y magnífico! Véalo usted, y comprenderá que no es exagerado lo que he dicho.

—Se explica mi ignorancia—contestó el Mágico africano;—llegué ayer, y vengo de la extremidad del África, y cuando yo salí no había llegado aun allí la fama de este palacio. Además, me trae aquí un asunto de mucha urgencia, y no he tenido otra mira en todo mi viaje que la de llegar lo más pronto posible sin detenerme, ni entablar amistad con nadie, por lo que ignoraba lo que usted acaba de decirme; pero no dejaré de ver ese portentoso, y tal es ya mi impaciencia, que estoy pronto á satisfacer mi ansiedad desde ahora, si usted me hace el obsequio de indicarme el camino.

El sujeto con quien hablaba el Mago africano se ofreció

gustoso á enseñarle el camino por donde se iba en menos tiempo al palacio de Aladino; y el Mago se levantó y partió enseguida. Cuando llegó y examinó el palacio de cerca y en todos sentidos, no dudó un instante que Aladino se hubiese servido del poder de la lámpara para hacerlo edificar. Sin parar su atención en la persona de Aladino, hijo de un pobre sastre, sabía bien que solamente los genios esclavos de la lámpara, cuya posesión se le habia escapado de entre las manos, eran capaces de obrar semejantes prodigios. Volvióse, pues, á su posada apesadumbrado y envidioso de la dicha y grandeza de Aladino, á quien suponía más poderoso y feliz que el mismo Emperador.

Necesitaba el Mago saber dónde estaba la lámpara; si Aladino la llevaba consigo, ó en qué sitio la tenía oculta, y esto era lo que trataba descubrir mediante una operación de geomancia. En cuanto llegó á su alojamiento se encerró cuidadosamente, tomó su cuadrado y su reloj de arena, que llevaba en todos sus viajes, y después de varios cálculos, supo que la lámpara estaba en el palacio de Aladino, descubrimiento que le produjo un gozo inmenso.

—Mía será esa lámpara—se dijo—y desafío á Aladino á que me impida el arrebatársela y hacerle descender hasta el humilde sitio desde donde se ha elevado tanto.

Aladino habia salido á una partida de caza por ocho días, y no hacia más que tres que estaba fuera. Creyó entonces el Mago que era llegado el tiempo de realizar sus planes, y se dirigió á la tienda de un comerciante de lámparas.

—Maestro—le dijo—necesito una docena de lámparas de cobre bien nuevas; ¿puede usted proporcionármelas?

Respondió el mercader que le faltaban algunas, pero que si quería esperar hasta el día siguiente, le tendría dispuesta la docena á la hora que quisiera. Convino en ello el Mago, y recomendó que fuesen de elegante hechura y de mucho brillo, en cuyo caso se las pagaría bien.

Al siguiente día recibió el Mago la docena de lámparas, que pagó al precio que le pidieron, sin regatear en lo más mínimo. Las puso en una cesta, que habia comprado al



¿Quién quiere cambiar lámparas nuevas por viejas?

efecto, se fué con ella debajo del brazo hacia el palacio de Aladino, y cuando se vió cerca comenzó á gritar:

—¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por nuevas?

A medida que iba andando, y desde que los muchachos que jugaban en la plaza le oyeron desde lejos, se acercaron á él, y se reunieron á su alrededor, dando grandes risotadas y mirándole como á un loco. Los que pasaban se reían también de su necedad, pues no de otro modo podían explicarse aquel raro comercio.

—Este hombre debe haber perdido el juicio—decían—cuando ofrece cambiar lámparas nuevas por viejas.

No extrañó el Mago africano, ni la gritería y burla de los muchachos, ni todo lo que oía decir de él; y á fin de despachar su género, continuó gritando:

—¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por nuevas?

Tantas veces repitió lo mismo yendo y viniendo hacia el palacio de Aladino y á su alrededor, que la princesa Badrulbudur, que estaba entonces en el salón de las veinticuatro ventanas, oyó sus voces; pero como no podía entender lo que gritaba, á causa de los gritos de los chiquillos que le seguían, y cuyo número se aumentaba por momentos, envió á una de sus esclavas para que se enterase de qué escándalo era aquél.

No tardó en volver la esclava, y entró en la sala riéndose de tal manera, que al verla la Princesa no pudo dejar de reirse también:

—Vamos, loca—dijo la Princesa;—¿por qué te ríes así?

—Princesa y señora mía—respondió la esclava—¿quién puede dejar de reirse al ver á un hombre que está abajo con una cesta al brazo llena de hermosas lámparas nuevas, que propone cambiar por viejas? Los muchachos, que le rodean de manera que apenas puede dar un paso, son los que meten ese ruido, burlándose de él.

Al oír esta relación, dijo otra esclava:

—Ya que se habla de lámparas viejas, yo no sé si la Princesa ha reparado que hay una encima de esa cornisa; y de seguro el Príncipe no sentiría encontrar una nueva en lugar de ésta, que es lo único viejo que hay en la casa. Si la

Princesa no se opone, podemos enterarnos de si ese loco lo es hasta el extremo de dar una lámpara nueva en cambio de una vieja, sin pedir dinero alguno.

La lámpara de que hablaba la esclava era la lámpara maravillosa que había servido á Aladino para elevarse al grado de grandeza y esplendor en que se hallaba, y la había puesto él mismo sobre la cornisa antes de marchar á caza, por miedo de perderla, precaución que tomaba siempre que salía á sus expediciones de caza. Pero ni las esclavas, ni los eunucos, ni la Princesa misma habían reparado una sola vez en semejante lámpara hasta entonces; pues fuera del tiempo de la caza, siempre la llevaba Aladino en su pecho. Se dirá que no era mala la precaución de éste, pero que á lo menos debía haber encerrado la lámpara en un sitio oculto. Es cierto, pero en todos tiempos se han cometido descuidos semejantes, se cometen hoy y nunca dejarán de cometerse.

La princesa Badrulbudur, muy ajena de pensar que la lámpara fuese tan preciosa, y que Aladino, que no la había hablado de ella, tuviese un interés tan grande en conservarla, encontró muy oportuna la idea de su esclava, y mandó á un eunuco que cogiese la lámpara y fuese á hacer el cambio. Hízolo así el eunuco, bajó del salón, y apenas había salido de la puerta del palacio, cuando vió al Mago africano: lo llamó, y cuando estuvo cerca, le dijo, mostrándole la lámpara:

— Dame una lámpara nueva por ésta.

No dudó el Mago africano que fuese aquella la lámpara que buscaba; pues no era fácil que hubiese otra en el palacio de Aladino, en donde toda la vajilla era de oro ó plata: la tomó, pues, ansiosamente, y después de haberla metido bien adentró en su seno, presentó al eunuco su cesta, diciéndole que eligiese la que le más le gustara. Escogió una muy brillante el eunuco, y después de haber dejado al Mago, llevó la lámpara nueva á la princesa Badrulbudur, que se rió mucho del suceso; pero apenas se hubo verificado el cambio, cuando los muchachos hicieron

resonar la plaza con mayores carcajadas que antes, burlándose de lo que creían necedad del Mago.

Éste les dejó alborotar cuanto quisieron: y sin detenerse más tiempo en los alrededores del palacio de Aladino, se alejó de allí sin meter más ruido, esto es, sin gritar, y sin hablar más de cambiar lámparas nuevas por viejas. No deseaba ya más que la que llevaba; y su silencio por fin hizo que se fuesen retirando los muchachos y le dejaran en paz.

Al verse fuera de la plaza que había entre los dos palacios, se deslizó por las calles menos concurridas; y como ya no necesitaba las demás lámparas ni la cesta, lo dejó todo en medio de una plazoleta solitaria. Entonces tomó por otras calles, apresurando el paso hasta que llegó á una de las puertas de la ciudad, y siguiendo su camino por el arrabal, que era muy largo, compró algunas provisiones para el camino. Apenas se vió en el campo, se desvió del camino á un sitio retirado por donde no pasaba gente, y allí estuvo comiendo lo que había comprado hasta la hora que juzgó oportuna para acabar de realizar el designio que le había movido á emprender tan largo viaje. No echó de menos el caballo berberisco que dejaba en la posada en que se había hospedado, pues se juzgaba bien indemnizado con el inapreciable tesoro que acababa de adquirir.

Llegó la noche, que era por cierto muy encapotada y lóbrega. Entonces sacó la lámpara de su seno y la frotó, á cuyo llamamiento se le apareció el genio.

—*¿Qué me quieres?*—le preguntó el genio.—*Aquí me tienes pronto á obedecerte como tu esclavo, y de todos los que tienen la lámpara en la mano, yo y los demás esclavos de la lámpara.*

—Te mando—respondió el Mago africano—que en este mismo instante tú y los demás esclavos de la lámpara arrebateis el palacio que por orden de Aladino habéis construido en esta ciudad, tal como está, y lo trasladéis, de igual manera que á mí, al lugar que habito en Africa.

Sin hacerle observación alguna, el genio, ayudado por otros genios esclavos de la lámpara como él, transportó en muy pocos momentos al Mago y su palacio con cuanto

contenía, al mismo sitio del Africa que le había sido indicado. Dejemos por ahora al Mago africano y al palacio con la princesa Badrulbudur en Africa, y digamos algo del efecto que este cambio produjo en el Emperador.

Cuando éste se levantó, subió, según su costumbre, al gabinete abierto, para tener el gusto de contemplar y admirar el palacio de Aladino; mas al dirigir la vista hacia el lado donde había acostumbrado ver el palacio, no vió más que el espacio vacío, tal como estaba antes de edificarse aquél. Creyó que se engañaba y se frotó los ojos; mas no por eso vió más que la primera vez, aunque el tiempo estaba sereno, el cielo despejado y el sol, que había ya salido, dejaba ver los objetos con mucha claridad. Miró el Emperador por otras ventanas á derecha é izquierda, y por ningún lado tropezaron sus ojos con lo que estaban acostumbrados á ver. Fué tal su estupor, que permaneció largo rato en el mismo sitio, con los ojos vueltos hacia el lado en que había estado el palacio, y en donde ya no le veía, perdiéndose en conjeturas sobre lo que no podía comprender, á saber: cómo era posible que un palacio tan grande y tan suntuoso como el de Aladino, que había visto casi todos los días desde que se había edificado y en que había estado la víspera para ver á su hija, se hubiese desvanecido sin dejar rastro alguno.

—No me engaño—decía aturdido—estaba en ese sitio: si se hubiese venido á tierra, se verían los materiales amontonados; y si se lo hubiera tragado el suelo, quedara alguna señal. ¿Qué es lo que ha pasado aquí?

Aunque convencido de que el palacio no existía ya allí, no dejó el Emperador de esperar algún tiempo, para ver si en efecto no se engañaba; al fin se retiró turbado y afligido, y después de haber dirigido aun la última mirada antes de alejarse, volvió á su habitación; mandó que llamasen inmediatamente al primer ministro, y le esperó con el espíritu agitado por tantos pensamientos, que no sabía qué partido tomar.

No se hizo esperar el primer ministro, pues acudió con tanta precipitación, que ni él ni sus servidores repararon

al pasar en que el palacio no estaba ya en su sitio; verdad es que los porteros mismos al abrir la puerta del palacio no lo habían notado.

—Señor—dijo el ministro—el afán con que V. M. me ha llamado me ha hecho pensar que había sucedido alguna cosa muy extraordinaria, pues que no ignora V. M. que hoy es día de consejo y que no debía dejar de presentarme dentro de breves momentos á donde mi obligación me llamaba.

—Lo que ha sucedido—dijo el Emperador—es verdaderamente increíble, y vas á convenir en ello. Dime, ¿en dónde está el palacio de Aladino?

—¡El palacio de Aladino, señor!—respondió el primer ministro con señales de asombro.—Acabo de pasar por delante de él, y me parece que estaba en su lugar: edificios tan sólidos como ese no cambian fácilmente de situación.

—Vé á mirar desde el gabinete—respondió el Emperador—y vuelve á decirme si lo has visto.

Asomóse al mirador el ministro, y á pesar de que estaba ya advertido, no tuvo límite su asombro. Cuando se hubo convencido bien de que el palacio de Aladino no estaba ya en donde había estado, y que no se veía el menor resto de él, volvió á presentarse al Emperador.

—Y bien, ¿has visto el palacio de Aladino? —le preguntó.

—Señor—respondió el ministro—ya recordará V. M. que tuve el honor de decirle que este palacio, objeto de su admiración por sus riquezas inmensas, no era más que obra de magia y de un hechicero; pero V. M. no quiso hacer alto en mis apreciaciones.

El Emperador, que no podía dejar de estar conforme con lo que le decía su ministro, se sintió poseído de cólera, tanto mayor, cuanto que no podía menos de confesar su yerro.

—¿En dónde está—dijo—ese impostor, ese farsante, para que yo le haga cortar la cabeza?

—Señor—contestó el ministro—hace algunos días que vino á despedirse de V. M.; debemos enviar á preguntarle en dónde está su palacio; no podrá ignorarlo.

—No; eso sería tratar con demasiada bondad á quien de ese modo se ha burlado de mí—replicó el Monarca.—Vete á dar orden á treinta de mis guardias de á caballo, que me lo traigan cargado de cadenas.

El ministro fué á comunicar la orden á los guardias, é instruyó al oficial cómo debía conducirse para que no se les escapase. Marcharon, y habiendo encontrado á Aladino á cinco ó seis leguas de la ciudad, entretenido en la caza, le dijo el oficial que, impaciente el Emperador por volver á verlo, lo había enviado para que se lo manifestase y para que volviese en su compañía.

No concibió Aladino sospecha alguna acerca del verdadero objeto que llevaba aquel destacamento de la guardia imperial, y continuó su viaje cazando; pero cuando estuvo á cosa de media legua de la ciudad lo rodeó el destacamento, y tomando la palabra el oficial, le dijo:

—Príncipe Aladino, por muy sensible que me sea haberlo, debo comunicar á V. A. la orden que tengo del Emperador de prenderos y llevaros á él cómo reo de Estado; os suplico, pues, que me perdonéis si me veo precisado á cumplir un deber tan penoso.

Esta orden causó la mayor sorpresa á Aladino, que se sentía inocente; preguntó al oficial si sabía qué crimen se le imputaba, y éste respondió que ni él ni ninguno de los suyos sabían una palabra.

Viendo Aladino que sus servidores eran menos en número que los que componían el destacamento, y que aun aquéllos le abandonaban, echó pie á tierra.

—Aquí me tenéis—dijo;—ejecutad el mandato que tenéis. Aseguro, sin embargo, que no me siento culpable de falta alguna, ni contra el Emperador ni contra el Estado.

Entonces le echaron al cuello una cadena muy gruesa y larga, con la que lo ataron también por medio del cuerpo, de modo que no podía hacer uso de los brazos. El oficial se puso á la cabeza de su tropa, y uno de los guardias de á caballo tomó la punta de la cadena, y marchando junto al oficial, llevó á Aladino, que se vió precisado á seguir á pie, y en tan humillante situación fué conducido á la ciudad.

Al llegar la escolta á las afueras, los primeros que vieron que conducían á Aladino como reo de Estado no dudaron que fuese para decapitarle; y como era generalmente amado, unos cogieron un sable, otros otras armas, y los que ninguna tenían se armaron con piedras y siguieron al destacamento. Los soldados que iban á la cola hicieron cara, como para disipar á la muchedumbre; pero muy pronto se aumentó el gentío hasta tal punto, que los de la escolta tomaron el partido de seguir su marcha, dándose por felices si podían llegar al palacio imperial sin que les arrebatasen á Aladino. Para conseguirlo, tan pronto se extendían como se apretaban, conforme las calles eran más ó menos anchuras; y de este modo llegaron á la plaza del palacio, en donde se formaron en línea, haciendo cara al pueblo armado, hasta que el oficial y soldado que llevaban á Aladino entraron en palacio y cerraron las puertas para impedir que los amotinados invadiesen la regia morada.

El desventurado Aladino fué llevado á la presencia del Emperador, que lo esperaba en el balcón acompañado del primer ministro; y apenas lo vió, mandó al verdugo, que había mandado estuviese allí, que le cortase la cabeza, sin querer oírlo ni dar tiempo para que se explicase.

El verdugo se apoderó de Aladino; le quitó la cadena que tenía al cuello y alrededor del cuerpo, y después de haber extendido en el suelo un cuero manchado con la sangre de criminales que había ejecutado, le hizo poner de rodillas y le vendó los ojos. Entonces sacó su sable; se preparó para dar el golpe, ensayándose y haciendo brillar el sable en el aire por tres veces, y esperó á que el Emperador le diese la orden para cortarle la cabeza.

En aquel instante observó el ministro que el pueblo había forzado la escolta y llenado la plaza, y acababa de escalar los muros del palacio por muchos sitios. Ya empezaba á demolerlos para abrir brecha; de modo que antes que el Emperador hiciera la señal, dijo:

—Señor, suplico á V. M. que medite seriamente en lo que va á hacer; va á exponerse V. M. á que las turbas asal-

ten el palacio, y si llega á suceder tal desgracia, las consecuencias serán terribles.

—¡Asaltar mi palacio!—repuso el Emperador.—¿Quién puede tener semejante osadía?

—Señor—continuó el ministro—dirija la mirada Vuestra Majestad hacia las murallas de su palacio y hacia la plaza, y conocerá lo inminente del peligro.

Se asustó de tal manera el Emperador cuando vió el tumulto del pueblo, que en seguida mandó al verdugo que envainase su sable, quitase la venda de los ojos de Aladino y lo dejase libre. También dió orden á los ujieres de que gritasen que el Emperador lo perdonaba, y para que se retirase todo el mundo.

Entonces, en vista de lo que acababa de ocurrir, abandonaron su tentativa todos los que habían subido á lo alto de las murallas del palacio. Bajaron en pocos instantes, y llenos de alegría por haber salvado la vida de un hombre á quien amaban verdaderamente, difundieron esta noticia entre todos los que estaban á su alrededor; pasó al momento á todo el gentío que ocupaba la plaza del palacio; los gritos de los ujieres, que anunciaban lo mismo desde lo alto de las azoteas á donde habían subido, acabaron de hacerla pública. La justicia que el Emperador acababa de hacer á Aladino otorgándole el perdón, desarmó al pueblo, puso fin al tumulto y la gente se fué retirando.

Al verse libre Aladino, levantó la cabeza hacia el lado del balcón, y viendo al Emperador:

—Señor—le dijo con acento conmovido:—suplico á Vuestra Majestad añada una nueva gracia á la que acaba de concederme, y es la de dignarse hacerme conocer cuál es el crimen que he cometido.

—¿Ignoras, pérfido—respondió el Emperador—cuál es tu crimen? Sube hasta aquí—continuó;—yo te lo haré conocer.

Subió Aladino, y apenas se hubo presentado:

—Sígueme—le dijo el Monarca caminando delante de él sin mirarlo.

Llegaron así hasta el gabinete abierto; y ya en la puerta:

—Entra—le dijo el Emperador;—tú debes saber en dónde estaba tu palacio: mira por todos lados, y dime qué se ha hecho de él.

Grande fué el estupor de Aladino al no ver su palacio; pero como no podía adivinar de qué modo había podido desaparecer, este acontecimiento extraño le causó una confusión y un asombro tales, que no pudo responder al Emperador una sola palabra.

Impaciente el Emperador, volvió á preguntar:

—Contéstame, ¿en dónde está mi hija?

Rompiendo entonces el silencio, dijo Aladino:

—Demasiado veo, señor, que el palacio que hice edificar no ocupa ya el sitio en que estaba, y no puedo decir á Vuestra Majestad en qué consiste, en dónde puede estar; pero sí le aseguro que no tengo parte alguna en semejante acontecimiento.

—Me importa poco lo que ha podido hacerse de tu palacio; estimo á mi hija un millón de veces más. Te exijo que la traigas aquí en seguida, y de no hacerlo, te haré cortar la cabeza, sin que me lo impida el pueblo, ni poder alguno de la tierra.

—Señor—contestó Aladino—ruego á V. M. me conceda cuarenta días para hacer mis diligencias; y si en este término no logro lo que deseamos, le doy mi palabra que traeré mi cabeza al pie del trono, á fin de que Vuestra Majestad disponga de ella.

—Te doy los cuarenta días que me pides—le dijo el Emperador;—pero no creas que has de abusar de la gracia que te concedo, pensando escapar á mi venganza: en cualquiera sitio de la tierra que puedas esconderte, sabré encontrarte.

Aladino se retiró de la presencia del Emperador lleno de confusión y vergüenza y en un estado lastimoso; atravesó los patios de palacio con la cabeza baja, sin atreverse á levantar los ojos, por la humillación que sentía; y los principales empleados de la corte, á todos los cuales había dispensado grandes beneficios y que le habían hecho siempre demostraciones de adhesión, en vez de aproximarse á él

para consolarlo ó para ofrecerle un asilo en sus casas, le volvieron la espalda para que él no pudiese reconocerlos. Verdad es que aun cuando se hubiesen acercado á Aladino para decirle alguna frase de consuelo ó para ofrecerle sus servicios, no lo hubieran reconocido; pues él mismo no se reconocía, tan turbado tenía el espíritu. Bien lo demostró cuando se vió fuera del palacio; porque sin saber lo que se hacía, iba preguntando á todos los que encontraba en las calles si habían visto su palacio, ó si podían darle alguna noticia de él.

Hicieron creer á todo el mundo estas preguntas que Aladino estaba loco. Algunos se reían á carcajadas al oírlo; pero las personas razonables, y sobre todo los que tenían con Aladino algunas relaciones de amistad ó de trato, le miraron con verdadera compasión y le mostraron mucho interés. Permaneció tres días en la ciudad, yendo y viniendo de un lado á otro, no comiendo sino lo que le daban por caridad y en un estado deplorable.

Comprendiendo al fin en un momento de lucidez que ya no podía, en el triste estado en que se hallaba, seguir por más tiempo en una ciudad en que había hecho tan brillante papel, salió de Pekín y empezó á caminar por el campo. Apartóse de los caminos principales, y después de haber atravesado muchas campiñas, llegó por fin, cerrada la noche, á la orilla de un río, en donde se apoderó de él un acceso de desesperación.

—¿A dónde habrá ido á parar mi palacio?—dijo para sí.—¿En qué ciudad, en qué país, en qué parte del mundo lo encontraré, así como á mi madre y á mi querida esposa, por quien el Emperador me pregunta? Nunca podré conseguir hallarles; más vale, pues, que me libre de una vez de tantas angustias y de los agudos pesares que me hacen insoponible la vida.

Dicho esto iba á arrojarse al río, pero creyó que antes debía hacer su última oración al cielo. Para ello se arrojó á la margen del río; pero como aquel sitio estaba muy en declive, y mojado por el agua que lo azotaba, se resbaló y hubiera caído al río, si no hubiera hallado sostén en una

pequeña roca que salía unos dos pies del suelo. Por fortuna para él, llevaba todavía la sortija que el Mago africano le había colocado en el dedo anular de la mano derecha antes de bajar á la cueva para sacar la preciosa lámpara de que acababa de apoderarse. Al sostenerse en la piedra rozó la sortija con fuerza contra la misma: y al momento se le apareció el mismo genio que le sacó del subterráneo en que lo había encerrado el Mago años atrás.

—*¿Qué quieres?*—le dijo el genio.—*Aquí estoy pronto á servirte, como tu esclavo y de todos los que tienen el anillo en el dedo, yo y los demás esclavos del anillo.*

Sorprendido Aladino ante una aparición tan poco esperada en el estado de desaliento á que se veía reducido, respondió:

—Genio, sálvame la vida nuevamente mostrándome en dónde está el palacio que hice construir en Pekín ó haciendo que sea trasladado inmediatamente al sitio en que estaba.

—Lo que me pides—contestó el genio—no es de mi incumbencia; yo soy esclavo del anillo, y eso sólo puede hacerlo algún esclavo de la lámpara.

—En ese caso—dijo Aladino—te mando que en nombre del anillo me transportes hasta el sitio en que está mi palacio, en cualquiera sitio de la tierra en que se halle, y me pongas bajo las ventanas de la Princesa mi mujer.

Apenas acabó de hablar, cuando el genio lo transportó á Africa cerca de una risueña pradera, en que estaba el palacio, poco distante de una gran ciudad, y lo dejó precisamente bajo de las ventanas de la habitación de la Princesa. Todo esto fué obra de un instante.

A pesar de la obscuridad de la noche, reconoció Aladino su palacio y la habitación de la princesa Badrulbudur; pero como estaba muy avanzada la noche y en el palacio reinase la mayor tranquilidad, se retiró á un lugar un poco apartado, acomodándose al pie de un árbol. Allí, lleno de esperanza, reflexionando en su dicha, que debió á una pura casualidad, encontrábase mucho más tranquilo que se había visto desde que, después de haber sido preso y llevado á presencia de?

Emperador, y por milagro, le fué salvada la vida. Se entretuvo algún tiempo con estos pensamientos; pero, como hacía cinco ó seis días que no descansaba, no pudo menos que rendirse al cansancio que lo abrumaba, y se durmió al pie del árbol.

Tan luego como comenzó á amanecer el día siguiente fué Aladino despertado por el gorjeo de los pájaros que habían pasado la noche sobre el árbol bajo el cual había dormido y sobre los copudos árboles del jardín de su palacio. Dirigió desde luego la vista hacia aquel hermoso edificio, y sintió un placer inexplicable al considerar próximo el momento de poseerlo y de ser dueño de su querida Princesa. Se levantó, y acercándose hacia la habitación en que aquélla descansaba, se estuvo paseando algún tiempo bajo las ventanas del palacio, esperando á que éstas se abriesen. Discurría sin acertar á comprender cuál había sido la causa de su desgracia; y después de haberlo pensado bien, no dudó que su infortunio era efecto de haber perdido de vista su lámpara. Se acusó á sí mismo de negligencia y del poco cuidado que había tenido con ella. Lo que más le ponía en cuidado era no saber quién estaba celoso de su dicha. Lo hubiera comprendido todo si le hubiesen dicho que él y su palacio se hallaban en aquel momento en Africa; pero el genio esclavo del anillo no le había dicho nada de eso, ni él mismo se había informado. El sólo nombre de Africa le hubiera recordado al Mago africano, su declarado enemigo.

La Princesa se levantó más temprano de lo que había acostumbrado desde que fué trasladada al Africa por el artificio del Mago africano, cuya vista había tenido que soportar una vez al día, porque él era el dueño del palacio; pero lo había tratado siempre con dureza tal, que no se había atrevido á alojarse en él. Tan luego como se hubo vestido la Princesa, una de sus esclavas, mirando por una ventana, divisó á Aladino, y se lo advirtió á su ama, que no quería creer una noticia tan agradable; acudió muy ligera á la ventana, y vió en efecto á Aladino; abrió la celosía, y al ruido que hizo al abrirla levantó Aladino la cabeza, la re-

conoció, y saludándola con un aire que manifestaba el exceso de su gozo, se acercó precipitadamente.

—Para no perder tiempo—le dijo la Princesa—han ido á abrir la puerta secreta; sube por ella;—y cerró la celosía.

Encontró abierta la puerta á que se refirió su esposa, que estaba cabalmente bajo la habitación de la Princesa, y Aladino subió inmediatamente.

No cabe expresarse el júbilo que sintieron ambos esposos al verse después de haberse creído separados para siempre. Se abrazaron muchas veces, y se dieron todas las muestras de amor y de ternura que imaginarse puede después de una separación tan triste y tan inesperada como la suya. Cuando hubieron concluido estos abrazos que habían mezclado con lágrimas de gozo, se sentaron, y tomando Aladino la palabra, dijo:

—Antes que hablemos de ninguna otra cosa, te suplico en nombre de Dios, no ya sólo por tu propio interés y el del Emperador, tu padre, sino que también por el mío propio, que me digas qué se ha hecho de una lámpara vieja que había yo puesto por mi mano sobre la cornisa del salón de las veinticuatro ventanas antes de irme á caza.

—¡Ah, mi querido esposo!—replicó la Princesa;—ya había sospechado yo que esta nuestra desgracia provenía de esa lámpara: y lo que me aflige es que yo he sido la causa.

—No te atribuyas—repuso Aladino—una culpa que es toda mía; yo debía haber tenido más cuidado en conservar la lámpara; pero no pensemos ahora más que en reparar, si es posible, esta falta; y para ello, cuéntame lo sucedido, y quién la posee.

Contó entonces la Princesa lo que había ocurrido en el cambio de la lámpara vieja por la nueva, que hizo llevar para que la viese; y cómo á la noche siguiente, después de haber advertido que el palacio había sido trasladado aquella mañana á un país desconocido, en el cual se hallaba, había ella sabido por boca misma del traidor que la había hecho transportar por medio de su arte mágica, que este país era el de Africa.

—Con sólo indicarme que estamos en Africa—dijo Ala-

—me has dado á conocer al traidor, que es el más perverso de los hombres. Pero no es ahora lugar de hacerte una pintura extensa de sus maldades: solamente te ruego me digas qué ha hecho de la lámpara y dónde la ha puesto, si lo sabes.

—La oculta en su seno envuelta con el mayor cuidado—contestó la Princesa;—y esto lo sé porque la ha sacado y desenvuelto en mi presencia para ostentar su triunfo.

—No lloves á mal—dijo Aladino—que te importune con tantas preguntas, pues son necesarias para llegar á lo que más de cerca nos interesa. ¿Cómo te trata ese malvado?

—No se ha presentado ante mí más que una vez por día, y estoy persuadida de que le ha satisfecho poco el resultado de sus visitas, y esto ha sido causa de que no me importune con más frecuencia. Todos sus discursos se dirigían á persuadirme para que lo tomara por esposo, queriendo hacerme creer que no debía esperar volverte á ver nunca; que ya no vivías, y que el Emperador, mi padre, te había hecho cortar la cabeza. Agregaba, para justificar su conducta, que eres un ingrato, que toda tu fortuna se la debes á él, y otras mil cosas que le he dejado decir; y como no recibiera de mí otra respuesta que mis quejas y mis lágrimas, se veía precisado á retirarse tan poco satisfecho como cuando llegaba á verme. No dudo, sin embargo, que su intención sea dejar pasar mis dolores, con la esperanza de que he de mudar de parecer, y, por último, emplear la violencia si persisto en rehusarle. Pero tu presencia en este sitio ha disipado ya mis temores.

—Querida Princesa—interrumpió Aladino—confío en que he hallado el medio de librarte de nuestro común enemigo; pero para esto es necesario que vaya á la ciudad. Estaré de vuelta antes del medio día, y entonces podré decirte cuál es mi designio y lo que tendrás que hacer para contribuir á su logro. Pero á fin de que no te sorprendas, te aviso que volveré en otro traje, y da orden de que no se me haga esperar en la puerta secreta al primer golpe que dé.

Prometió la Princesa que lo estarían esperando en la misma puerta y que se abriría inmediatamente.

Bajó Aladino por la habitación de la Princesa, y apenas hubo salido por la misma puerta, miró á todos lados y vió á un aldeano que tomaba el camino del campo y estaba poco distante del palacio. Apresuró Aladino el paso, y cuando lo alcanzó, le propuso cambiar de vestido, lo que consiguió después de muchos ruegos. Verificóse el cambio, y luego que se separaron tomó Aladino el camino de la ciudad. Una vez en ella, tomó por la primera calle que iba á la puerta; é internándose por las más frecuentadas, llegó á la plaza en que cada clase de comerciantes y artistas tenía su tienda. Entró en la de un droguista y, dirigiéndose al comerciante, le preguntó si tenía ciertos polvos que le nombró.

Imaginóse el comerciante que Aladino era pobre, á juzgar por lo que indicaba su ropa, y creyendo que no tendría bastante dinero para pagarlos, respondióle que los tenía, pero que eran caros. Aladino penetró el pensamiento del comerciante, y sacando su bolsa, le hizo ver el oro que había en ella, rogándole luego le despachara medio dracma de aquellos polvos. El comerciante los pesó, los envolvió y pidió á Aladino por ellos una moneda de oro, que éste le entregó, y sin detenerse más que el tiempo preciso para tomar algún alimento, volvió á su palacio.

Apenas hubo llamado á la puerta secreta le abrieron, y subió al cuarto de la Princesa, su esposa, á la cual dijo:

—La aversión con que miras, Princesa, á nuestro común enemigo, hará que te cueste alguna repugnancia seguir el consejo que me veo obligado á darte. Pero permíteme que te diga que debes violentarte y disimular si quieres librarte de su persecución, y dar al Emperador, tu padre, la satisfacción de que te vuelva á ver. Si quieres seguir mi consejo—continuó Aladino—comenzarás por ponerte uno de tus más hermosos trajes, y cuando venga el Mago africano no tengas dificultad en recibirlo con agrado, sin afectación ni violencia, con semblante franco y de manera que si queda en él algún resto de aflicción, pueda echar de ver que se disipará con el tiempo. Dale á entender, con cierto arte, que harás esfuerzos por olvidarte de mí, y á

fin de que quede persuadido de tu sinceridad, convídale á cenar contigo. Una vez aceptado el convite, manifiéstale que te sería muy agradable beber del mejor de los vinos del país, en cuyo caso te dejará para ir á buscarlo. Mientras que vuelve, toma del armario un vaso parecido al en que acostumbra á beber; vierte en él estos polvos que te traigo, y dejándolo aparte, avisas á la esclava que te sirve que lo traiga lleno de vino á la señal que le hagas, y cuya señal acordarás con ella de antemano, previniéndole que ponga el mayor cuidado en no equivocarse. Cuando haya vuelto el Mágico y os hayáis sentado á la mesa, después de haber comido y bebido hasta hartarte y hartarlo, pide la copa en que estén los polvos, y cambiándolo por el suyo, tendrá por muy singular el favor que le haces y no lo rehusará; lo apurará hasta la última gota; y no bien lo haya desocupado, le verás caer desmayado. Si tienes repugnancia en beber en su copa, haz sólo el ademán y no temas, que será tan rápido el efecto de los polvos, que no podrá fijar su atención en si bebes ó no.

Cuando hubo acabado Aladino le dijo la Princesa:

—Me pesa el consentir en esto de agasajar al Mago, y, sin embargo, veo que es preciso; ¿qué resolución, por terrible que sea, no será necesaria y justa contra tan cruel enemigo? Haré, aunque con repugnancia, lo que me aconsejas, puesto que de eso depende nuestro común reposo.

Despidióse de la Princesa Aladino, y fué á pasar el resto del día á los alrededores del palacio, esperando á la noche para llamar á la puerta secreta.

La princesa Badrulbudur estaba inconsolable, no sólo por verse separada de Aladino, su esposo, á quien tanto amaba, más por inclinación que por deber, sino también del Emperador, su padre, á quien quería mucho, y de quien era tiernamente amada; y era tanta su aficción, que descuidó la compostura de su persona desde que comenzó aquella dolorosa separación. Había olvidado, por decirlo así, el aseo que tan bien sienta en las personas de su sexo, y muy particularmente desde que el Mago africano se presentó á ella por primera vez y supo por sus doncellas, que lo ha-

bían reconocido, que era él quien había tomado la lámpara vieja en cambio de la nueva; por cuyo engaño le miraba con horror. Ahora se le presentaba la ocasión de vengarse de él como merecía, y más pronto de lo que pensaba hizo que se resolviese á contentar á Aladino. Así que se hubo retirado éste, se puso al tocador, hizo que sus doncellas la peinasen del modo que mejor la sentaba, y se puso el vestido más rico y más á propósito para su designio. Cifóse diamantes engastados y acompañó el cinto con un collar de perlas, seis de las cuales de cada lado guardaban proporción; la del medio era la más gruesa y la más preciosa; y eran tales, que las mayores sultanas y reinas se hubieran contemplado felices en tener una del tamaño de las dos más pequeñas del collar de la Princesa. Los brazaletes, llenos de diamantes y rubíes, correspondían maravillosamente á la riqueza del cinto y del collar.

Una vez que estuvo vestida, la Princesa se miró al espejo y tomó parecer de sus doncellas acerca de su adorno; y después de haber visto que no le faltaba ninguna de aquellas prendas que podían lisonjear la pasión del Mago africano, se sentó á esperar que llegase.

Acudió el Mago africano á la hora acostumbrada, y cuando la Princesa lo vió entrar en el salón de las veinticuatro ventanas, en que lo estaba esperando, se levantó, mostrando todos sus encantos, y le mostró con la mano el sitio en que esperaba se pusiese para sentarse á su lado, señalada muestra de gratitud que jamás había usado con él.

Más deslumbrado el Mago por el brillo de los hermosos ojos de la Princesa, que por el resplandor de las piedras preciosas, no pudo disimular su sorpresa. El talante majestuoso y el aire cortesano con que le recibía, tan distinto á la acogida que le había hecho hasta entonces, lo confundieron. Al principio quería sentarse sobre el borde mismo del sofá; pero como vió que la Princesa no quería sentarse en el suyo en tanto que él no lo hubiese hecho en donde le había indicado, obedeció.

Tan luego como se hubo sentado el Mago, la Princesa,

para sacarlo del embarazo en que estaba, tomó la palabra, mirándolo de una manera capaz de hacerle creer que ya no le era odioso, y le dijo:

—Quizás os maravilléis de verme enteramente cambiada de lo que me habéis visto hasta ahora; pero he de deciros que soy de un temperamento tan opuesto á la tristeza, á los pesares é inquietudes, que procuro alejarlos de mí lo más pronto que puedo, cuando veo que no puede ponérseles remedio. He reflexionado acerca de lo que me habéis dicho de Aladino, y estoy persuadida, como vos, de que mi padre no habrá podido evitar el terrible efecto de su cólera. Así es que, aunque yo me obstinase en estar llorando á mi esposo toda la vida, mis lágrimas no lo harían resucitar. Por cuya razón, después de haberle tributado, aun hasta el sepulcro, las lágrimas que mi amor exigía le tributase, me ha parecido que debía consolarme. He aquí el motivo de mi mudanza. Para comenzar, pues, á alejar todo motivo de tristeza, resuelta á desterrarla enteramente, y persuadida que tendréis á bien hacerme compañía, he mandado que nos preparen á los dos de cenar. Pero como no tengo vino sino de la China, y estamos en Africa, deseo probar el que produce este país, y he creído que si le hay aquí, me buscaréis del mejor.

El Mago africano, que había creído imposible conseguir tan pronta y fácilmente esta dicha y el entrar en gracia de la Princesa, le hizo un discurso para demostrarle que no hallaba términos suficientes para manifestarle cuánto agradecía sus bondades; y para dar fin cuanto antes á una conversación que no hubiera acertado á poner término si se hubiera adelantado más en ella, dijo que entre las ventajas de que el Africa podía gloriarse, una de ellas era la de producir excelente vino, y muy especialmente en la parte en que se encontraban; que él tenía un tonel de siete años que no estaba aun comenzado, y que podía decir era un vino que sobrepujaba en bondad á los más excelentes del mundo.—Y si me lo permitís—añadió—iré á tomar dos botellas, y estaré de vuelta dentro de poco.

—Siento en el alma incomodaros—dijo la Princesa.—

Mejor sería que enviaseis por él á alguno de mis criados.

—Necesito ir yo mismo—replicó el Mago.—Nadie, sino yo, sabe en dónde está la llave del almacén, y nadie conoce tampoco el modo de abrirlo.

—Si es tan necesario—replicó la Princesa—id y volved pronto. Cuanto más tardéis, mayor será mi impaciencia por volveros á ver, y contad con que nos pondremos á la mesa tan luego como estéis *de* vuelta.

El Mago africano fué volando, más bien que corriendo, á buscar su vino de siete años, y en tanto la Princesa echó por sí misma los polvos que le había llevado Aladino en un cubilete que había puesto aparte, para que se sirviese á su tiempo. Se sentaron á la mesa uno frente al otro, de manera que el Mago tenía la espalda vuelta al armario, y presentándole lo mejor que había en ella, le dijo:

—Si gustáis, os proporcionaré el placer de la música; pero como estamos los dos solos, me parece que hallaremos más gusto hablando.

Cosa que el Mago miró como un nuevo favor.

Después de haber comido pidió de beber la Princesa; bebió á la salud del Mago, y le dijo:

—Razón teníais en elogiar vuestro vino; jamás lo había bebido tan delicioso.

—Princesa—respondió, teniendo en la mano el cubilete que acababan de presentarle —mi vino adquiere nueva bondad con vuestra inmerecida aprobación.

—¡A mi salud!—dijo la Princesa alargándole la copa;—veréis vos mismo que soy mujer que lo entiende.

Con efecto, bebió á la salud de la Princesa, y al volver la copa le dijo:

—Me tengo por feliz, Princesa, en haber reservado este tonel para esta ocasión, y confieso que en mi vida he bebido un vino tan excelente por todos títulos.

Continuaron comiendo y bebiendo; la Princesa, que había acabado de encantar al Mago con su cortesanía y maneras, hizo la seña á la esclava que la echaba de beber, diciendo que le diesen su cubilete lleno de vino, que llenasen también el del Mago y se lo presentaran. Cuando tuvo

cada uno su cubilete en la mano, la Princesa dijo al Mago:

—Yo no sé cuál es el estilo usado en este país entre los que se aman cuando beben juntos. En la China, el amante y la amada se presentan recíprocamente sus copas, y de este modo bebe cada uno á la salud del otro.

Y diciendo esto, le presentó su copa, adelantando la mano para recibir la del Mago, el cual se apresuró á hacer este cambio, con tanto más placer, cuanto que miraba esto como la señal más cierta de la completa conquista del corazón de la Princesa, cosa que puso colmo á su dicha. Antes de beber, dijo con el cubilete en la mano:

—Mucho nos falta, Princesa, á los africanos para estar tan adelantados en el arte de realzar el amor con todos sus refinamientos como los chinos, y al instruirme en una lección que ignoraba, aprendo también hasta qué punto debo agradecer el favor que recibo. Nunca lo olvidaré, Princesa; al beber en vuestra copa, vuelvo á encontrar una vida que vuestra crueldad me había hecho perder la esperanza de conservar.

La Princesa, que se fastidiaba del interminable discurso del Mago, le dijo interrumpiéndole:

—Bebamos; luego escucharé con placer las galanterías que queráis decirme.

Y al mismo tiempo se aproximó á los labios la copa, que apenas tocó, mientras que el Mago africano se apresuró de tal modo, que vació la suya sin dejar una gota. Al desocuparla había inclinado un poco la cabeza para mostrar su diligencia. Permaneció algunos momentos en aquel estado, hasta que la Princesa, que tenía siempre el borde de la copa en sus labios, vió que se le cerraban los ojos y que cayó de espaldas sin sentido.

La Princesa no necesitó mandar que fuesen á abrir la puerta secreta á Aladino, porque las esclavas que tenían ese encargo se habían colocado de trecho en trecho desde el salón hasta debajo de la escalera, de modo que apenas hubo caído hacia atrás el Mago africano, cuando se abrió la puerta.

Aladino subió precipitadamente, entró en el salón, y en

cuanto vió al Mago tendido en el sofá, detuvo á la Princesa, que se había adelantado para manifestarle su gozo abrazándolo.

—Esposa mía—le dijo—espérame en tu habitación y ordena que me dejen solo, mientras que yo voy á trabajar para que volvamos á Pekín con la misma diligencia que te han sacado de allí.

Efectivamente, apenas la Princesa hubo salido del salón con sus doncellas y eunucos, cerró la puerta Aladino, y acercándose al cuerpo del Mago africano, que había quedado exánime, registró sus vestidos y sacó de ellos la lámpara, envuelta de la manera que le indicó la Princesa. La desenvolvió, la frotó, y al punto se presentó el genio haciendo sus cumplimientos ordinarios.

—Te he llamado, genio—dijole Aladino—para mandarte de parte de esta lámpara, tu ama, que aquí estás viendo, que hagas que este palacio sea colocado en China, en el mismo lugar y sitio de donde fué arrancado para traerlo aquí.

Después de haber indicado el genio con una inclinación de cabeza que iba á obedecer, desapareció.

Se hizo, en efecto, la traslación, sin haberse sentido más que dos agitaciones, y éstas ligeras; la una cuando el palacio fué arrancado del sitio en que estaba en Africa, y la otra cuando fué colocado en la China, frente al palacio del Emperador, lo que sucedió en muy corto tiempo.

Aladino bajó á la habitación de la Princesa, y abrazándola entonces, le dijo:

—Esposa mía, puedo asegurarte que mañana por la mañana se completará nuestro gozo.

No había acabado aún la Princesa de cenar, y Aladino sentía necesidad de tomar alimento; así que éste hizo llevar del salón de las veinticuatro ventanas los manjares que se habían presentado en él y que casi habían quedado intactos. La Princesa y Aladino comieron juntos y bebieron del excelente vino del Mago africano; después de lo cual, sin hablar de sus coloquios, que no podían menos de ser satisfactorios, se retiraron á su habitación.

Después de la desaparición del palacio de Aladino y de la princesa Badrulbudur, el Emperador, padre de ésta, estaba inconsolable por haberla perdido.

No dormía un momento ni de día ni de noche, y en vez de evitar todo lo que fuese capaz de aumentar su aflicción, lo buscaba con el mayor anhelo. Así es que en lugar de ir, como antes, una sola vez por la mañana al gabinete abierto de su palacio, para satisfacerse con el recreo de aquella vista, entonces iba muchas veces al día á renovar sus lágrimas y sumergirse más y más en sus pesares, con la idea de no volver á ver más lo que formaba sus delicias y de haber perdido lo que más amaba en el mundo.

Amanecía cuando llegó el Emperador á aquel gabinete, la misma mañana que el palacio de Aladino había sido colocado en su sitio; y al entrar en él estaba tan embebecido y penetrado de su dolor, que dirigió una triste mirada por la parte del sitio en donde no creía ver más que el aire, sin divisar el palacio. Pero como percibió que se había llenado aquel vacío, al principio creyó que era un efecto de niebla.

Fijóse bien, y conoció, sin que le quedase la más leve duda, que era el palacio de Aladino.

Llenóse el Emperador de júbilo, y sustituyendo éste á los pesares, volvió aceleradamente á su habitación y mandó que le llevasen un caballo ensillado: llévanselo, monta, parte, y se le hace un siglo el corto rato que tarda en llegar al palacio de Aladino.

Había previsto éste lo que había de suceder, y apenas había amanecido, después de ponerse uno de los vestidos magníficos de su guardarropa, subió al salón de las veinticuatro ventanas, desde donde vió que venía el Emperador. Bajó y llegó á tiempo de recibirle al pie de la gran escalera y ayudarle á apearse.

—No puedo hablaros—dijo—hasta haber tenido el gusto de ver y abrazar á la Princesa.

Fué el Emperador á la habitación de la Princesa, la que, prevenida por su esposo, al levantarse, de que se acordase que ya no estaba en África, sino en la China y en la capital del Imperio de su padre, cerca de su palacio, acababa

de vestirse. El Emperador la abrazó tiernamente con el rostro bañado en lágrimas de gozo; y la Princesa, por su parte, le dió señales inequívocas del placer que experimentaba en verlo.

Mucho se enterneció el Emperador al volver á encontrar á su querida hija, después de haberla llorado sinceramente como perdida; y la Princesa, por su parte, vertió lágrimas de júbilo al volver á ver á su padre.

—Me persuado—dijo el Emperador—que el gozo que te produce el volverme á ver es, hija mía, causa de que me parezcas tan poco demudada, como si no te hubiese ocurrido ningún contratiempo; mas no por eso dejo de creer que habrás sufrido infinito. No puede uno ser transportado con todo un palacio, como tú lo has sido, sin grandes sustos y terribles angustias. Cuéntame todo lo que te ha sucedido, sin ocultarme el más leve detalle.

La Princesa tuvo un placer en dar á su padre la satisfacción que le pedía, y así le dijo:

—Considere, padre mío, que desde ayer muy temprano comencé á respirar con la presencia de Aladino, mi esposo y mi libertador, que había ya mirado como perdido y muerto para mí, y que la dicha que acabo de recibir en abrazarte me vuelve poco más ó menos al mismo estado que antes; así es que no estoy tan cambiada como parece debía estarlo. Toda mi pena, sin embargo, ha provenido de verme lejos de ti y de mi esposo, no sólo por la inclinación que le profeso, sino también por la zozobra en que estaba sobre los tristes efectos de tu cólera, á la que no dudaba podría estar expuesto á pesar de su inocencia. No me ha hecho sufrir tanto la insolencia del infame que me robó, como los discursos que me ha dirigido, pero que he podido contener con el ascendiente que he sabido tomar sobre él, y así es que estaba tan poco violentada como lo estoy ahora. Respecto á mi rapto, ninguna parte ha tenido en él Aladino, y sola he sido la causa, bien que muy inocente, de esta separación.

Hizo luego una relación circunstanciada del disfraz del Mágico africano en comerciante de lámparas nuevas á

cambiar por viejas, y de la humorada que había tenido de cambiar la lámpara de Aladino, cuyo secreto é importancia ignoraba; del transporte del palacio y secuestro de su persona, que había seguido á este cambio, y de la traslación de uno y otra á Africa con el Mago, á quien habían reconocido dos de sus doncellas y el eunuco que había hecho el cambio de la lámpara, cuando había tenido la osadía de ir á presentarse á ella después del buen resultado de su atrevida empresa, y de proponerle un nuevo enlace; en fin, de la persecución que había sufrido hasta la llegada de Aladino, de las medidas que de común acuerdo habían tomado para arrebatarse la lámpara que llevaba consigo; cómo lo habían conseguido, principalmente ella, tomando el partido de disimular con él y de convidarlo á cenar en su compañía, para hacerle beber en el cubilete misturado.

—Aladino, señor y padre mío, te dará cuenta de lo demás.

—Cuando me abrieron la puerta—dijo Aladino—subí al salón de las veinticuatro ventanas y vi al traidor tendido en el sofá y muerto por la violencia de la droga que había tomado; como no convenía que permaneciese allí la Princesa, le supliqué que bajase á su habitación con sus doncellas y eunucos. Me quedé solo, y después de haber sacado la lámpara del seno del Mago, valiéndome del mismo secreto de que él se había servido para arrebatarse este palacio y robar á la Princesa, he hecho de manera que el palacio se encuentre en su mismo sitio, y he tenido el placer de devolver la Princesa á V. M., como me lo había mandado. He hecho á V. M. una relación sucinta de lo ocurrido, y si quiere subir al salón, verá en él al Mago castigado como se merece.

Levántóse el Emperador y subió; y cuando vió muerto al Mágico africano, con el rostro amoratado por la violencia del veneno, abrazó á Aladino con la mayor ternura, diciéndole:

—No lloves á mal, hijo mío, mi proceder para contigo, estimulado por el amor paternal; esto me disculpa y merece que me perdones el exceso á que me ha conducido.

—Yo no tengo, señor, el menor motivo de queja contra la conducta de V. M., que no ha hecho más que lo que debía. Ese Mágico, el más vil de los hombres, es la causa de mi desgracia. Cuando V. M. tenga lugar para ello, le haré la relación de otra de las muchas picardías que me ha hecho, no menos infame que la de que me ha preservado Dios por un beneficio particular de su divina providencia.

—Antes de mucho te proporcionaré ocasión para ello— replicó el Emperador;—mas no pensemos sino en regocijarnos; haz quitar de la vista ese odioso objeto.

Ordenó Aladino que fuese levantado el cadáver del Mago africano, y que lo arrojasen á un muladar para que sirviese de pasto á los animales. El Emperador, en tanto, después de haber mandado que los tambores, timbales y trompetas anunciasen su regocijo, hizo proclamar una fiesta de diez días en celebridad de la vuelta de la princesa Badrulbudur y de Aladino con su palacio.

Así se libró Aladino por segunda vez del peligro de perder la vida; pero no fué el último: aun corrió un tercero, cuyas circunstancias vamos á referir.

Vivía aún un hermano menor del Mago, que no era menos hábil que él en la magia, y aun se puede decir que le excedía en la perversidad y artificios perniciosos. Como no siempre vivían juntos, ó en la misma ciudad, y con frecuencia se hallaba uno hacia Oriente cuando el otro estaba hacia Occidente, cada uno por su parte procuraba instruirse todos los años, por medio de la geomancia, por qué parte del mundo andaban, en qué estado se encontraban, y si necesitaban de sus recíprocos socorros.

Poco tiempo después que el Mago africano había sucumbido en su empresa contra Aladino, su hermano menor, que no había tenido noticias suyas hacía un año, y no estaba en Africa, sino en país muy distante, quiso saber en qué parte de la tierra se hallaba, cómo se encontraba y qué hacía. En donde quiera que estuviese, siempre llevaba consigo su cuadrado geomántico, lo mismo que su hermano. Tomó su cuadrado, acomodó la arena, echó sus puntos, sacó sus figuras y formó por fin el horóscopo; y

encontró que su hermano no existía, que había sido envenenado y muerto de repente, habiendo sido llevado su cadáver á la China, á una capital de aquel reino, y que el individuo por quien había sido envenenado era un hombre de bajo nacimiento, que se había casado con una Princesa, hija del Emperador.

Sabedor el mago de cuál había sido el triste destino de su hermano, no perdió el tiempo en estériles pesares, que no le hubieran vuelto la vida. Tomada la resolución de vengar su muerte, montó á caballo y se puso en camino, dirigiéndose hacia la China. Atravesó valles, ríos, montañas, desiertos, y después de un largo trecho, sin detenerse en ningún sitio, y pasando increíbles fatigas, llegó por fin á la China, y á poco tiempo á la capital que la geomancia le había indicado. Seguro de que no se había engañado tomando un reino por otro, se detuvo en la capital y se alojó en ella.

Al día siguiente de su llegada salió, y paseándose por la ciudad, no tanto para observar sus bellezas, que le eran indiferentes, como con la intención de tomar medidas para la ejecución de su pernicioso designio, entró en los parajes más concurridos, y procuró escuchar con la mayor atención lo que se decía. Al pasar por un sitio en que había muchos hombres jugando á muchas clases de juegos, y en donde mientras unos jugaban otros conversaban de noticias y negocios diversos, oyó que se contaban mil prodigios de la virtud y piedad de una mujer retirada del mundo, llamada Fátima, y de sus milagros. Pensando que la tal mujer podía serle de alguna utilidad para lo que meditaba, llamó aparte á uno de los de la compañía, y le suplicó que tuviese á bien el decirle quién era aquella santa mujer, y qué clase de milagros hacía.

—¡Pues qué!—le dijo aquel hombre—¡aún no ha visto usted á esa mujer ni oído hablar de ella? Tiene asombrada á toda la ciudad con sus ayunos, sus austeridades y el buen ejemplo que da. Á excepción de los lunes y viernes no sale de su ermitilla: y los días en que se deja ver por la ciudad prodiga los beneficios, y no hay persona que sufra de dolor

de cabeza que no se cure por la imposición de las manos de esa anciana.

Ya no necesitó el mago saber más sobre el particular, procurando únicamente enterarse del mismo sujeto en qué barrio de la ciudad se hallaba la ermita de aquella santa mujer. Dijoselo el hombre, y ya con esto, después de haber concebido el detestable designio de que vamos á hablar, y para obrar con más seguridad, observó todos los pasos de la beata el primer día que le tocó salir después de esta averiguación, sin perderla de vista hasta la noche, que la vió entrar en su ermita. Se fijó bien en el sitio, se retiró á una posada, y después de haber pagado el poco gasto que había hecho, salió hacia la media noche y se fué derecho á la ermita de Fátima, la santa mujer, nombre bajo el que se la conocía en toda la ciudad. Poco trabajo le costó el abrir la puerta, que sólo estaba cerrada con un pestillo: volvió á cerrarla apenas entró, y vió á Fátima, á la claridad de la luna, acostada al aire, y que estaba durmiendo sobre un sofá cubierto con una mala estera; acercóse á ella, y después de haber sacado un puñal, la despertó sacudiéndole un brazo.

Al abrir los ojos se quedó asombrada la pobre Fátima de ver á un hombre dispuesto á darle de puñaladas. Apoyando el puñal contra el corazón de la infeliz anciana, pronto á atravesárselo, le dijo:

—Si gritas ó haces el menor ruido, te mato; levántate, y haz lo que yo te diga.

Fátima, que se había acostado vestida, se levantó temblando de terror.

—No temas—le dijo el mago:—no quiero más que tu vestido; dámelo y toma el mío.

Cambiaron de ropa, y cuando el mago se hubo puesto las ropas de Fátima, le dijo:

—Píntame la cara como tú la tienes, de modo que me parezca á ti, y que el color no se marche.

Al ver que seguía temblando, á fin de tranquilizarla y que pudiese mejor hacer lo que él deseaba, le dijo:

—Te repito que no tengas miedo; te juro por el nombre de Dios que no te quitaré la vida.

Le hizo entrar Fátima en su celda; encendió su candil, y tomando un pincel de cierto líquido que tenía en un vaso, le frotó con él la cara, y le aseguró que no cambiaría el color, y que tenía el rostro lo mismo que ella, sin diferencia alguna.

Después le puso la misma cofia que solía llevar, con un velo, y le enseñó cómo debía cubrirse la cara al andar por la ciudad. Por último, después de haberle colgado al cuello un grueso rosario, que le llegaba por delante hasta el medio del cuerpo, le entregó el mismo bastón que solía ella llevar, y presentándole un espejo, le dijo:

—Mírese usted, y verá que no nos podemos parecer más.

Se encontró el mago como lo había deseado; pero no cumplió á la buena Fátima el solemne juramento que le había hecho. Para que no quedase rastro de sangre si le daba de puñaladas, la estranguló, y cuando vió que había muerto arrastró su cadáver por los pies hasta el pozo de la ermita, arrojándolo dentro.

Desfigurado de esta manera, el mago pasó el resto de la noche en la ermita, después de haber cometido tan horrible asesinato. Al otro día, á la una ó las dos de la tarde, aunque era día en que la santa mujer no acostumbraba á salir, no dejó él de hacerlo, bien persuadido de que no le preguntarian nada sobre ello, y dispuesto á responder en el caso que se la hiciesen. Como una de las primeras cosas que había hecho al llegar había sido ir á reconocer el palacio de Aladino, donde había proyectado representar su papel, dirigió sus pasos hacia aquel sitio.

Apenas las gentes vieron á la santa mujer, ó á la que tomaban por tal, la rodearon por todas partes. Los unos se encomendaban á sus oraciones; otros le besaban la mano; los más circunspectos sólo le besaban la falda del vestido; y otros, en fin, sea que efectivamente tuviesen dolor de cabeza, ó sólo con el fin de preservarse de él, se inclinaban en su presencia para que les impusiese las manos, lo que hacía murmurando algunas palabras en forma de oraciones: é imitaba tan bien á la santa mujer, que todo el mundo creyó que era ella.

Después de haberse detenido á cada paso para satisfacer á las gentes que no recibían ni bien ni mal de aquella clase de imposición de manos, llegó por fin á la plaza del palacio de Aladino, en donde, como era mayor también el empeño de aproximarse á él, los más fuertes y decididos, atravesaban la multitud para hacerse lugar, de lo que resultaron disputas. El ruido se oyó en el salón de las veinticuatro ventanas, en que estaba la princesa Badruldur, quien preguntó qué le originaba; y como nadie supo decirselo, mandó que fuesen á ver, y volviesen á darle cuenta. Sin salir del salón miró por una persiana una de las doncellas, y la informó de que el ruido procedía de la multitud de gente que rodeaba á la santa mujer, para que les curase el dolor de cabeza con la imposición de las manos.

La Princesa, que había oído decir muchas cosas buenas de Fátima, pero que no la había visto aun, sintió curiosidad por verla y hablar con ella, y habiéndolo dado á entender, le dijo el jefe de los eunucos, que estaba presente, que si lo deseaba, sería muy fácil hacerla venir, y que no tenía más que mandarlo. Consintió en ello la Princesa, y al momento envió cuatro eunucos con orden de conducir á la santa mujer.

Apenas salieron los eunucos del palacio de Aladino, y vieron que se dirigían hacia donde estaba el mago disfrazado, se disipó la multitud, y cuando se halló en libertad, y vió que, iban hacia él, se adelantó parte del camino con tanto más gusto, cuanto que veía que comenzaba con buen éxito su artimaña. El eunuco, que tomó la palabra, le dijo:

—Santa mujer, la Princesa quiere ver á usted; venga, y síganos.

—La Princesa me honra mucho—respondió la fingida Fátima;—estoy pronta á obedecerla: y siguió á los eunucos, que la llevaron al palacio.

Cuando el mago, que bajo el hábito de santidad ocultaba un corazón de demonio, penetró en el salón de las veinticuatro ventanas y vió en él á la Princesa, empezó á recitar una oración que contenía muchos votos y plegarias

por su salud, por su prosperidad y por el cumplimiento de todos sus deseos. Utilizó en seguida toda su retórica de impostor é hipócrita para ganar el ánimo de la Princesa, afectando una gran piedad; lo que logró con tanta más facilidad, cuanto que la Princesa, que era naturalmente buena, creía que todas las personas eran buenas como ella; sobre todo, los que hacían profesión de servir á Dios en el retiro.

Cuando la falsa Fátima concluyó su razonamiento, le dijo la Princesa.

—Mi buena madre, agradezco á usted mucho sus oraciones, en las que tengo gran confianza, y espero que Dios las oirá: acérquese usted y siéntese á mi lado.

La falsa Fátima se sentó fingiendo gran modestia, y entonces, volviendo á tomar la palabra, le dijo la Princesa:

—Buena mujer, le pido á usted una cosa que le agradeceré me conceda, y es que se quede usted á vivir conmigo para que yo aprenda con sus consejos y sus buenos ejemplos á servir á Dios.

—Princesa—contestó la fingida Fátima—suplico á usted que no me imponga una cosa en la que no puedo consentir sin distraerme de mis oraciones y de mis ejercicios de devoción.

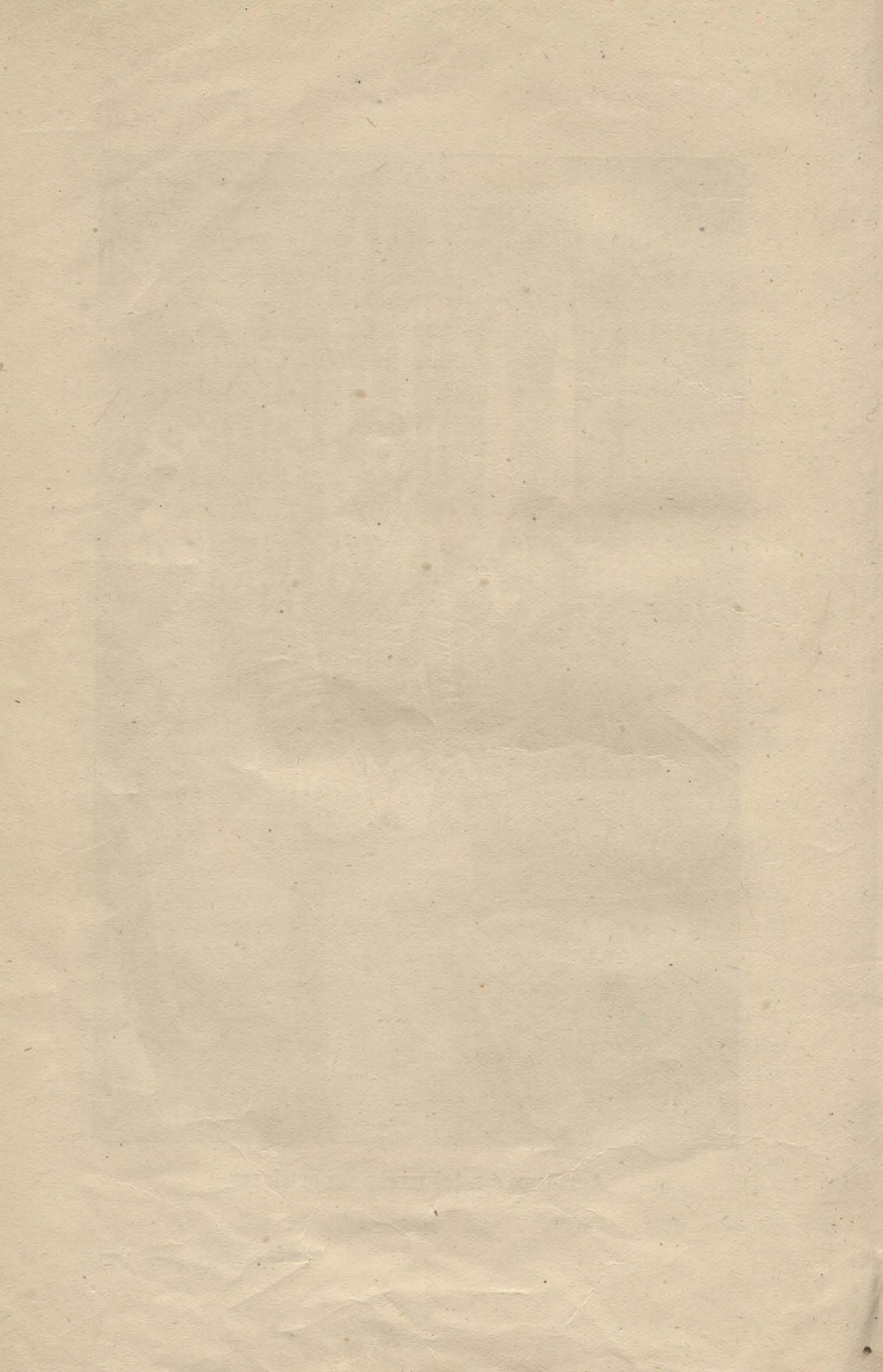
—No los abandonará usted por eso—replicó la Princesa;—tengo varias habitaciones desocupadas; escoja usted la que más le convenga, y en ella hará todos sus ejercicios con la misma libertad que en la ermita que ocupaba.

El mago, que aspiraba únicamente á introducirse en el palacio de Aladino, en donde le sería más fácil ejecutar el plan infernal que meditaba estando allí bajo los auspicios y protección de la Princesa, que si hubiera tenido necesidad de ir y venir del palacio á la ermita y de la ermita á palacio, no hizo, pues, muchos esfuerzos para excusarse de aceptar la obsequiosa oferta de la Princesa, y se dejó convencer pronto.

—Señora—dijo—aunque he tomado la firme resolución de renunciar al mundo, sus pompas y grandezas, no me atrevo á oponerme á la voluntad cariñosa y mandato de Princesa tan piadosa y caritativa como usted.



Agradezco á usted mucho sus oraciones



Al escuchar esta respuesta del mago experimentó gran alegría la Princesa.

—Levántese usted y sígame —dijo á la falsa beata— para que vea las habitaciones que hay desocupadas, á fin de que elija la más apropiada á su objeto.

El mago siguió á la princesa Badrulbudur; y de todas las habitaciones que ésta le hizo ver, á cuál más primorosa y bien alhajada, eligió la más modesta, diciendo hipócritamente que era demasiado buena para ella, y que no la elegía sino por complacer á la Princesa.

Quiso ésta llevar al malvado al salón de las veinticuatro ventanas, para hacerle comer con ella; mas como para eso hubiera sido preciso descubrirse el rostro, que hasta entonces había tenido siempre tapado con el velo, y temía que la Princesa conociese que no era la santa mujer que ella creía, la suplicó con tantas instancias que la dispensase de ello, haciéndole presente que sólo comía pan y algunas frutas secas, y que le permitiese tomar aquella pequeña colación en su cuarto, que la Princesa cedió, aunque contrariada.

—Mi buena madre—le dijo—usted es dueña de proceder como si estuviera en su ermita: yo voy á hacer que le lleven de comer; pero no olvide que la espero cuando haya concluido.

La Princesa comió sola, y la fingida Fátima fué puntual en ir junto á ella, en cuanto supo por un eunuco, á quien había suplicado se lo advirtiese, que había dejado la mesa.

—Mi buena madre—le dijo la Princesa—estoy sumamente gozosa de tener á mi lado una santa mujer como usted, que va á traer la bendición del cielo á este palacio. Y ya que hablo de este palacio, y antes de que se lo haga ver pieza por pieza, dígame usted primeramente lo que opina de este salón.

Al oír esta pregunta, la falsa Fátima, que, para representar mejor su papel, había afectado hasta entonces tener la cabeza baja, sin volverla para mirar á ningún sitio, la levantó por fin, recorrió el salón con la vista de un extremo á otro; y después que lo hubo observado bien, dijo:

—Este salón es verdaderamente admirable y de sin igual suntuosidad; sin embargo, en cuanto puede juzgar una solitaria que no entiende de las bellezas del mundo, opino que falta aquí una cosa.

—¿Y cuál es, mi buena madre?—replicó la princesa Badruldur;—la ruego encarecidamente que me lo diga, pues hasta ahora he creído, y así lo había oído decir, que era inmejorable.

—Nada es inmejorable, Princesa—replicó la falsa Fátima con gravedad;—perdóneme V. A. la libertad que me tomo: mi opinión es que si en lo alto y en medio de esta cúpula hubiese colgado un huevo de roc, este salón no tendría semejante, y el palacio de V. A. sería verdaderamente la primera de las maravillas.

—Mi venerada madre—dijo la Princesa—¿qué pájaro es ese, y cómo podría adquirirse un huevo suyo?

—Princesa—respondió la fingida Fátima—es una ave de un tamaño prodigioso, que habita en las cimas más elevadas de la cordillera del Cáucaso; y de fijo el arquitecto que ha construido este palacio podrá proporcionarnos el huevo de roc.

Después de dar las gracias á la falsa Fátima por lo que creía un buen consejo, siguió la princesa Badruldur hablando con ella sobre otros asuntos; pero sin olvidarse del huevo de roc, de que se propuso hablar á Aladino apenas volviese de caza, á la que había ido hacía seis días, y de cuya ausencia había querido el mago aprovecharse. Volvió Aladino aquel día por la noche cuando la falsa Fátima acababa de despedirse de la Princesa para retirarse á su cuarto. Al llegar Aladino, subió á la habitación de su esposa, la saludó y la abrazó; pero creyó observar que le recibía con cierta frialdad.

—Esposa mía—le dijo—no observo en ti la misma alegría que estoy acostumbrado á hallarte siempre. ¿Por ventura ha ocurrido algo durante mi ausencia que te haya disgustado ó producido alguna contrariedad? Te suplico que no me lo ocultes: nada hay en el mundo que no sea capaz de hacer por disipar tus penas, si está en mi mano hacerlo.

—Tengo, en efecto, una preocupación, mas sin importancia—respondió la Princesa—y no creí que me hubiera salido al rostro en términos que me lo hubieses podido notar. Pero ya que me preguntas sobre ello, no te ocultaré la causa. Yo creía lo mismo que tú—continuó la Princesa—que nuestro palacio era el más bello, magnífico y completo que había en el mundo; y, sin embargo, voy á decirte la idea que me ha ocurrido después de haber examinado una vez más el salón de las veinticuatro ventanas. ¿No piensas lo mismo que yo, que no tendríamos nada que desear si hubiese un huevo de roc colgado en medio del fondo de la cúpula?

—Esposa mía—contestó Aladino—basta que á ti te parezca que falta un huevo de roc para que yo piense lo mismo. Tú verás por la priesa con que me aplicaré á reparar este defecto, que no hay nada que no sea capaz de hacer por complacerte.

Despidióse cariñosamente Aladino de la princesa Badrubudur; subió al salón de las veinticuatro ventanas; y allí, después de haber sacado de su pecho la lámpara que llevaba consigo á todas partes desde el peligro que había corrido por haber descuidado esta precaución, la estregó. Inmediatamente se presentó el genio delante de él.

—Genio—le dijo Aladino—hace falta en esta cúpula un huevo de roc colgado en medio del fondo; te mando, pues, en nombre de la lámpara, que hagas de modo que se remedie este defecto.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras Aladino, cuando el genio dió un grito tan formidable y espantoso, que retembloó el salón, y Aladino vaciló y estuvo á punto de caer.

—¡Cómo, hombre desconsiderado!—le dijo el genio con una voz capaz de hacer temblar al hombre más valiente;—¿no te basta que mis compañeros y yo hayamos hecho tantas cosas para ti, sino que me mandas, con una ingratitud inconcebible, que te traiga á mi amo y lo cuelgue en medio de la bóveda en esta cúpula? Este atentado merecía que en el momento os hubiese reducido á cenizas, á ti, á tu es-

posa y á tu palacio. Pero tienes la fortuna de que la petición no procede directamente de ti, sino que te ha sido sugerida. Voy á decirte quién es su verdadero autor: es el hermano del Mago africano, tu implacable enemigo, á quien has dado muerte como merecía. Se halla en tu palacio, disfrazado con el vestido de Fátima, la santa mujer, á quien ha asesinado: él es el que ha sugerido á tu mujer que haga la pernicioso petición que tú me has hecho. Su designio es matarte: sírvate de gobierno; á ti te toca el precaverle;— y sin decir más desapareció.

No echó en olvido Aladino la más mínima palabra del genio: había oído hablar de Fátima la santa, y como sabía de qué modo curaba el dolor de cabeza, en opinión de las gentes, volvió á la habitación de la Princesa, y sin decirle una palabra de lo que acababa de ocurrirle, se sentó, diciendo que en aquel momento le había sobrevenido un gran dolor de cabeza; y para hacerlo creer mejor apoyaba su mano contra la frente. Mandó en seguida la Princesa que hiciesen venir la santa mujer, y mientras que fueron á llamarla, contó á Aladino la causa de que estuviese en palacio, en donde le había dado alojamiento.

Llegó la fingida Fátima, y apenas hubo entrado, le dijo Aladino:

—Venga usted, excelente señora; mucho celebro ver á usted y tener la dicha de que esté en mi palacio. Me hallo muy atormentado por un terrible dolor de cabeza, é imploro el auxilio de usted por la confianza que me inspiran sus fervorosas oraciones, esperando que no me negará la merced que dispensa á tantos otros.

Pronunciadas estas palabras se levantó, bajando la cabeza; y la falsa Fátima se adelantó por su parte, pero apoyando la mano en un puñal que tenía oculto bajo el vestido. Aladino no la perdía de vista, la cogió la mano antes que lo hubiese sacado, y atravesándole el corazón con el suyo, la hizo caer al suelo sin vida.

—¿Qué has hecho, esposo mío?—exclamó la Princesa llena de terror y sorpresa.—¡Has quitado la vida á esa santa mujer!

—No, esposa mía—respondió Aladino sin alterarse—no he muerto á Fátima, sino á un infame que me iba á asesinar, si yo no me hubiese adelantado. Este hombre perverso que estás viendo—añadió quitándole el velo—es el que ha ahogado á Fátima, cuya muerte lamentabas acusándome de ella, y se había disfrazado con las ropas de aquella infeliz para darme de puñaladas; y para que lo conozcas mejor, te diré que era hermano del Mago africano, el que te robó.

En seguida contó Aladino por qué medio había sabido estas circunstancias; después de lo cual hizo quitar de allí el cadáver.

De este modo se libró Aladino de la persecución de los dos hermanos magos. Pocos años después murió el Emperador de una edad muy avanzada, y como no dejó hijos varones, le sucedió su hija la princesa Badrulbudur, como legítima heredera, y comunicó el supremo poder á Aladino: reinaron juntos muchos años, hicieron felices á sus pueblos, y dejaron una posteridad ilustre y gloriosa.



FIN.

